



AMOR
Temporal



MARY SCHECHTEL



Amor temporal

Mary Schechtel



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Amor temporal

©Mary Schechtel

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: Isla Books

Imagen de la cubierta: ©Frédéric Prochasson / ©majdansky

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

[De reencuentros y «encuentros»](#)

[¿Cómo contratar un prostituto sin olvidar la opción 2?](#)

[De gansos y despedidas de solteras](#)

[¿Qué pasó ayer?](#)

[La boda](#)

[Después de la ceremonia, entre besos y copas, la fiesta continúa.](#)

[Onceavo mandamiento: NO dormirás con un prostituto.](#)

[No fue la cigüeña, culpen a Mortdecai.](#)

[La llamada](#)

[Reconciliación](#)

[Nada es lo que parece](#)

[Los hermanos sean unidos](#)

[Hasta que la cárcel nos separe](#)

[Cincuenta sombras de Jake](#)

[La rubia estirada](#)

[Maldito sueño](#)

[La vida es una rueda](#)

[Día agitado, ¿noche de paz?](#)

[El día «D»](#)

[Amor eterno](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A mi padre, quién inspiró gran parte de esta historia.

De reencuentros y «encuentros»

Ahí estaba yo, en otra fiesta del «Reencuentro» de la promoción 2003. ¿Con qué necesidad a mis ex compañeros se les daba por organizar cada tres o cuatro años una nueva reunión? El propósito carecía de buenas intenciones –al menos por parte de los organizadores-. Era una maquiavélica estrategia de los más exitosos del grupo para evaluar en qué categoría de «perdedores» estábamos el resto y así medir los riesgos para seguir asegurando su posición de privilegio. ¡Cómo si necesitara que otros me dijeran en qué puesto del ranking estaba ubicada!

Aunque también podría ser una conspiración por parte de aquellos compañeros que habían decidido seguir el camino de la medicina cosmética y estética, a fin de vender a las «Plásticas» los nuevos y más sofisticados senos falsos o alguna sesión de botox con algún veneno ultra potente y milagroso que aún no circulaba en el mercado.

Tales estratagemas las había visto antes y con ejemplos claros, después de que Alexander Wilson, que juraba haberse graduado de cirujano plástico - aunque sospecho que pagó por el título-, le insertara tres pechos a Margaret Jhonson, por «accidente». Supuestamente la prótesis importada vino con una pequeña tara y el líquido se filtró creando una protuberancia entre aquellos, situación por la cual Margaret se ganó el apodo «Magui Tres Senos», aunque también ganó un año de descuentos en cirugías plásticas en compensación por los daños y perjuicios ocasionados, en la renombrada clínica del padre de Alex.

Al menos la situación de ese año fue graciosa y desvió las miradas del grupo «pernicioso» hacia alguien más, pasando mi situación desapercibida. Ese era mi objetivo de todos los años en aquella fiesta: ser invisible ante sus despiadados ojos caníbales.

Pero, ¿por qué asistía si tanto me molestaba?

Es simple. Para empezar, la comida era gratis y bastante buena. Además la falta de concurrencia solo haría aumentar las falsas especulaciones sobre mi persona. Seguro dirían que soy demasiado borde. Por último, y evocando el auténtico fin de esas reuniones sociales, yo sí deseaba reencontrarme con algunos de mis compañeros con los que había formado un buen vínculo y esa

era la oportunidad propicia para verlos, así estuviera expuesta al resto.

Desde lejos, sentí las inquisidoras miradas de mis ex compañeras, las del grupo que, en su tiempo, eran llamadas las «Populares», aunque para mí siempre fueron las «Plásticas». Las sentí deslizándose como serpientes por mi cuerpo, envolviéndome lentamente, estrujándome. ¡Sí, así de intensas y poderosas eran sus miradas! Y como aquellas, también destilaban veneno. Y venían a mi encuentro.

¡Mierda! ¿Por qué yo no podía ser la Duff, en este caso? No entendía por qué la protagonista de esa película adolescente (que me contaron, claro) estaba disconforme con su situación. O sea, sí, era la amiga gorda y fea del grupo de las atractivas e interesantes, pero nadie se estaba fijando en ella. Pero no, no podía ser Hilary, no podía no llamar la atención; porque modestamente diré que soy la chica que *ellos* consideran «atractiva y fogosa» por culpa de mi cabello rojo y que *ellas* aseguran es «frígida» por pura envidia.

—¡Adelaida!—dijo «Magui Tres Senos» -ahora solo eran dos y mejorados- mientras yo replicaba que mi nombre es Adele, no «Adelaida». «¡Diez años pasaron y todavía no sabe mi nombre la muy...!» reflexioné—. Te ves encantadora—arguyó, esbozando una sonrisa igual de falsa que toda ella, mientras me recorría con la mirada sin sutilezas y fruncía una de sus rubias (teñidas) cejas—. ¿Perdiste peso?

Y ahí estaba la mordedura cargada de veneno. «Perdiste peso» ¿Eso quería decir que estaba flaca o que antes estaba *más* gorda? Dicho por la líder de las «Plásticas» quería decir esto último. Por fortuna, yo estaba preparada para salir bien librada de estas cuestiones. Tenía un repertorio de frases de defensa que venía preparando desde los últimos años.

—¡Pero si peso lo mismo que tú en la secundaria! En ese tiempo de indecisión en el que fluctuabas entre la bulimia y la anorexia, ¿recuerdas?— ironicé, con una sonrisa igual de afilada, mientras a Magui se le borraba la suya. Era probable que estuviera pensando. Seguro no había entendido mi sarcasmo. *Touché* bruja. El resto de las «Plásticas» -las otras dos que conformaban el séquito, eran más feas que Magui, aunque igual de plásticas y huecas- tenían una expresión igual de confusa—. Estan muy delgadas también—dije en un breve intento de compasión. Las sonrisas volvieron brevemente, antes de dar la siguiente mordida.

—¡Al fin podremos conocer a tu galán! ¿O has venido sola otra vez?

En este punto, diré en mi defensa, que aunque no me han faltado

pretendientes soy una mujer algo difícil para las relaciones. Es que tengo un minúsculo (ENORME) temor a los compromisos. No tiene nada que ver el hecho de que casi todas las mujeres de mi familia se han divorciado, es más bien el miedo de perder mi independencia y libertad. Así que mis relaciones se frustran cuando veo indicios de que el otro desea avanzar un poco más. Con Eric, mi último novio, pensé que sería diferente. Todo parecía indicar que esa vez había encontrado mi media naranja, un alma gemela igual de liberal que yo. Teníamos un fabuloso sexo casual, salidas ocasionales, nada de ataduras. Pero todo cambió cuando en un descuido deliberado le insinué la posibilidad de acompañarme a la fiesta del «Reencuentro». Para mí era algo insignificante, más que nada porque quería evitarme aquellos comentarios, pero para él fue diferente; como si le estuviera proponiendo matrimonio. Entonces me dijo: «Creí que nunca me lo pedirías» Eso hizo saltar todas mis alertas. Fue el fin de nuestra relación.

Otro día, encontré en MI baño un cepillo de dientes SUYO junto al MIO y el horror me embargó.

Me ahorraré los detalles, pero de más está decir que Eric y su espantoso cepillo ya no están en mi apartamento. Las últimas palabras que recuerdo de él son: «Pensé que me estabas insinuando que podríamos avanzar, que nuestra relación estaba lista para adquirir más seriedad»

¿¡Cómo pudo pensarlo!? Solo le invité a una reunión a la que jamás llevaba a ninguno de mis ex, porque yo nunca los involucraba en mis actividades. Aunque ahora que lo pienso, tal vez eso lo ilusionó, tal vez sí di un mensaje confuso y luego rompí su corazón esperanzado... En fin, pobre Eric, ya lo superará.

—Yo...bu...bueno...—empezaba a titubear. Entonces el vil y cruel destino pareció ponerse a mi favor (por primera vez en décadas) evitándome la embarazosa respuesta.

—¿Esa no es Emma Pozole? —preguntó Ariadne (la otra Plástica) en un tono, entre despectivo y sorprendido, arrugando su diminuta nariz falsa.

«Emma Pozole» no era el verdadero nombre de la recién llegada, sino Emma Jackson, pero aquel era el apodo que se había ganado en la secundaria porque en aquella etapa su cara estaba llena de granos. Después fue peor porque le quedaron horribles marcas, similares a los cráteres lunares. En parte me daba pena la pobre chica, pero por otra, era un alivio saber que si ella había llegado yo obtendría mi añorado puesto de invisibilidad, porque las «Plásticas» tendrían un nuevo entretenimiento. No solo porque Emma no era

muy agraciada y por ende, fácil víctima del bullying sino porque además se sabía, que nunca había tenido novio y aún vivía con su madre. #PerdedoraTotal.

Estiré mi cuello para ver a Emma, entrando al salón de fiestas, corriendo las cortinas azules de guirnalda que colgaban de la puerta. Parecía que se iba a enredar en ellas -seguramente la miopía le había avanzado- pero enseguida mi expresión quedó igual de estupefacta que el resto. Una mano masculina las descorrió por ella, permitiéndole el paso. Un millar de pensamientos se amalgamaron en mi mente entonces. Emma estaba radiante, hermosa. Tanto que dudé que fuera ella, de no ser porque los rasgos eran los mismos y soy muy observadora y minuciosa para confundirme. Pero las marcas de acné ya no estaban, tenía la piel lisa, blanca como porcelana y la sutileza del maquillaje, junto al peinado en alto que dejaba escapar algunos rizos castaños, (siempre había tenido bonitos rizos) en combinación con aquel vestido negro de satén entallado, le hacían parecer una diosa.

Yo estaba boquiabierta, tan prendada de su nuevo aspecto que aún no había reparado en el galán que la acompañaba, hasta que la otra Plástica, Brigitte, lo señaló como «su pareja».

—¿Estás segura que lo es? ¡No puedo creerlo! ¿Cómo es posible que ese bombón pueda estar con Emma?—era «Magui Tres Senos» quien hacía la observación.

Entonces reparé en el muchacho, tuve que admitir que era un bombón, más bueno que un Ferrero Rocher. En términos adolescentes diría que Edward, Patch y Peeta se le quedaban cortos en comparación. Pero no es que supiera mucho de ellos. ¡Ni que mi hobby secreto fuera leer cursis novelas adolescentes en mis ratos libres, qué va!

Volviendo al tema, su acompañante, ya era un hecho que lo era porque la estaba tomando del brazo y la guiaba hacia el interior del salón con el resto de los invitados, era tremendamente guapo a un nivel DIOS.

—Yiiuuu estás babeando—dijo Brigitte. Avergonzada, retiré rápidamente la mirada del encantador desconocido, volviéndola hacia ellas, aunque Brigitte le hablaba a Ariadne y en serio parecía fastidiada y asqueada. Luego de eso supe por qué.

Ambas se enfrascaron en una discusión acalorada, hasta que Ariadne dijo a viva voz que jamás podría sentir atracción por Emma, que solo tenía ojos para ella. ¡Y ahí tienen cómo se destapa una relación lésbica de la que nunca te diste cuenta, a pesar de ser tan detallista, por estar más concentrada en

cosas más superfluas! ¡Y pensar que al fin esas dos tenían sí sentimientos! Su corazón no era plástico después de todo. Casi me sentí conmovida por ellas, casi.

Después de su breve «momento» y ya reconciliadas -estaban cogidas de las manos- se acercaron de nuevo a nosotras. Magui, a todo esto, estaba ocupada en sus propias especulaciones sobre quién era el sujeto misterioso que acompañaba a Emma, y había tirado la bomba en nuestro reciente grupo de Whatsapp, creado en ocasión de la fiesta. ¿Y adivinen como se llama el grupo? Sí, «Chat del Reencuentro» ¡A veces me asombraba la creatividad de esa mujer!

Tan predecible era que bien sabía lo que hacía sin necesidad de leerla, porque sus frenéticos y huesudos dedos cargados de anillos, no paraban de moverse, al tiempo que mi móvil no me dejaba de vibrar. En esos momentos me reprimí por no silenciar el puto grupo.

Cuando todas las integrantes del séquito estuvieron reunidas de nuevo -parecía que mi castigo era soportarlas toda la noche- Brigitte me habló.

—Entonces ya que no has venido con nadie y eres la ÚNICA mujer soltera en esta noche—No me había dado cuenta de esa fatalidad hasta ahora, pero cuando pensaba que las cosas no me podían salir peor...—, ¿qué te parece si hacemos una subasta? Seguro que alguien te compra, porque muchos de los muchachos vinieron acompañados de sus hermanos o primos solteros...

—Es una gran idea—corroboró su radiante amante (mujerzuela).

Lo único que me faltaba era ser rifada como mercancía de descarte y caer en manos de un libidinoso adolescente. Ya me sentía ultrajada y estaba a punto de negarme, cuando me di cuenta que para Magui, lo dicho por Brigitte, no había sonado como una pregunta, era un hecho y ya se había subido ágilmente al escenario, tomado el micrófono y estaba anunciando la propuesta, mientras las luces me iluminaban y la gente me alentaba a subir, en abucheos apabullantes y silbidos denigrantes.

Lo siguiente fue confuso, vergonzoso e innecesario de relatar. Pero diré que ya era entrada la noche cuando me encontraba en el jardín exterior, circundante a la propiedad, junto a una fuente de agua y con la mano ardida, después de golpear a esa pequeña sabandija quinceañera que, luego de decirme lo guapa que estaba, intentó sin miramientos tocarme un seno. ¡O sea, en mis tiempos menos te besaban primero!

Si antes me sentía ofendida, ahora era peor. Estaba estresada, furiosa y con insondables deseos de irme a mi casa, cubrirme con mi viejo cobertor y

hundirme en mi cómodo sillón a comer helado y mirar Crepúsculo -la saga completa-. Me sentía tan miserable como Bella. Aunque a decir verdad ¿por qué diantres sufría esa mujer? ¿Hola? un vampiro sexy y un lobo cachondo la cortejaban y se disputaban su amor. No intentaba ligar con ella un adolescente con más erupciones que Venus.

Decidido: vería Crepúsculo pero esta vez no compadecería de Bella. Yo era la mártir esa noche.

Empecé a rebuscar en el diminuto bolso mi móvil. En esa oscuridad, con la luz incipiente de la única farola que ronroneaba amenazante de apagarse, ubicada a unos escasos pasos míos, no podía ver bien y el bolso por más minúsculo que fuera parecía no tener fondo. No sabía si encontraría el teléfono o alguno de los males de Pandora.

—¡La peste! La peste sería lo mejor que podría salir de este bolso e infectar a los cretinos que se burlaron de mí esta noche.

—Te ves muy ofuscada— una voz profunda a mis espaldas, me sobresaltó y sacó de mi ensimismamiento. La luz blanca iridiscente iluminó el rostro del sujeto dueño de aquella voz. Aunque no pude verlo bien, se estaba cubriendo la cara con una mano—. ¿Podrías bajarle el brillo un poco? Si buscabas espantar a alguien no es necesaria la peste, con el móvil ya tienes suficiente. ¡Y te juro si empieza a sonar «Baby» de Justin Bieber tienes la muerte de tu enemigo asegurada! Al menos de un enemigo con un buen oído musical.

Dos cosas: primero, el brillo de mi móvil estaba al máximo. Segundo, había dicho lo de la peste en voz alta. ¡Rayos! Tercero -eran tres cosas al final- ese joven era el acompañante de Emma.

Ahora que había retirado el móvil podía verlo a la perfección y ¡vaya que era más guapo de cerca! Esperaba no verme ruborizada y esperaba que no estuviera babeando como un sabueso en ese momento, pero por si acaso, pasé delicadamente mi mano por la contorno de mi boca.

—Lo siento...pensé que estaba sola—respondí como una estúpida.

—Eso es evidente—sonrió—. ¿En serio querías desatar la peste para que murieran los idiotas de dentro?—miró hacia el salón que se desdibujaba en su presencia. Noté entonces que el joven tenía los ojos claros, entre celestes o verdes, como los míos. No podía decirlo con certeza a la escasa luz, aunque si usaba mi móvil de nuevo probablemente acabaría ciego—. Vi lo de la subasta y tu renuencia a esta—hizo un gesto compasivo—. Se nota que no eres de esas chicas, pero si me permites decirlo, creo que ellos ni siquiera valen tu

esfuerzo—formuló una sonrisa ladeada mientras su mano pálida se extendía hacia mi—. Soy Jacob, por cierto, pero mis amigos me dicen Jake.

«Jacob» me encontré repitiendo su nombre en un suspiro mental. ¡Igual que el licántropo de Crepúsculo! Me pregunté si también su temperatura corporal estaba a cuarenta grados.

—Soy Adele. Encantada— estreché su mano. La mía estaba sudada. ¡Malditas hormonas! Seguro me las había pegado el adolescente de antes—. Creo que tienes razón, no lo valen. Además no es que todos sean unos cretinos, más bien hay un grupo: los que siempre se han creído superiores, por cuna o por apariencia física. Pero otros me agradan —en ese momento no se me ocurría nadie, porque no habían asistido—. Emma por ejemplo— ¡Qué falsa me sentía! Ni siquiera éramos amigas, de hecho a escondidas también la llamaba Emma Pozole—. Y bueno, a ti no te conozco como para etiquetarte, es demasiado pronto— ¡Más mentiras! Ya lo había etiquetado de «galán», «bombón», «Ferrero Rocher», «lobo cachondo», entre otros.

—Espero que si lo haces me pongas una buena etiqueta. Pareces una mujer de temer. No quisiera ganarme tu odio— sonrió ampliamente y juro que los astros se opacaron en comparación con sus perfectos dientes blancos. Pero debía concentrarme y no andar divagando ni haciéndome ilusiones, porque él era el acompañante, el novio, de Emma.

—No creo que eso pase... —suspiré—. ¿Entonces dónde está Emma?— pregunté demasiado directa.

«¡Maldita sea! Seguro que me ha notado el interés» pensé.

—Mmm, creo que sigue ahí adentro— repuso y se acomodó un mechón oscuro de cabello que le caía sobre la frente—. Fue el foco de atención esta noche.

—Sí, se veía muy bonita hoy— corroboré con sinceridad. Me hubiera gustado añadir: «Pero tú fuiste el foco de MI atención esta noche»

—Es una mujer guapa— admitió y de inmediato dijo—, pero tú la superas— «¡Qué demonios! ¿Y yo buscaba ser discreta? Eso no me lo esperaba» En ese momento empezaba a pensar que quizá lo de ellos no fuera tan serio. Las posibilidades se abrían ante mí—. En fin, debo irme. ¡Un placer Adele!— ¿¡Qué!? ¿¡Ya!? ¿¡Por qué tan pronto!? Si apenas me estaba ilusionando. ¡Eso no se le hace a una mujer ciclotímica! Podría agravar su estado. Además, estaba disfrutando la charla, el mal genio se me estaba pasando, él había recordado mi nombre y... ¡que hermoso se oía con su timbre de voz! O sea, ¿por qué arruinar tanta perfección?

—Es temprano y Emma quizá no quiera irse...se ve muy divertida — ¡Qué excusa tan pobre! Y ahí se esfumó entre mis dedos mi fallido intento de no parecer desesperada.

—No me iré con ella. Mi horario con Emma terminó—dijo. Eso sí me descolocó.

—Tu...¿horario? ¿A qué te refieres?

—Lo siento, no te mencioné mi profesión. Soy acompañante temporal—respondió.

Entonces no era novio de Emma, ella había pagado sus servicios y más importante...

—¡Eres prostituto! —aquello se me salió sin querer y al momento me maldije por decirlo tan abiertamente y de manera tan sorpresiva, pero a él no pareció molestarle. Sonrió despreocupado, mientras hablaba.

—En realidad preferimos el término «acompañante temporal» como dije, pero bueno, me pagan por compañía y en ocasiones sexo así que...—se encogió de hombros. ¡Y qué hombros! Anchos y fuertes cual leñador. ¡Pero basta! Ya no podía fantasear con él luego de saber su profesión, ¿o sí?—. Lamento si te decepcioné—añadió él, de pronto.

—No...no ¡Claro que NOO!—me apresuré a decir—. Todo lo contrario. Es decir, no juzgo ningún tipo de profesión, incluso la tuya si es ejercida por voluntad y en pleno uso de tus facultades. Porque nadie te obliga ¿no? No tienes un proxeneta que te maltrata o ¿sí?

—¡Por supuesto que no!— carcajeó—. Trabajo en una agencia—me entregó su tarjeta—. Pero es en buena ley, no soy esclavo sexual, ni nada de eso. Si es lo que te preocupa—sonrió y yo me ruboricé y acaloré aún más. Ya me sentía Katniss, (en llamas por él)—. Por cierto, te agradecería no mencionar a nadie que fui acompañante de Emma, por su reputación, no la mía. A mí me daría publicidad.

—Me alegra saber eso—dije en referencia a lo primero y guardé con rapidez su tarjeta—. No te preocupes, su secreto está a salvo conmigo— ¿A quién iba a decírselo? #FervienteDeseoDeTwittearTodo—. Entonces Jake, fue un verdadero un placer. Espero verte en alguna otra reunión, quizá en tres o cuatro años. Mis compañeros las hacen con esa frecuencia—el joven pareció un poco decepcionado ahora, o yo quería creer eso. Pero enseguida su sonrisa volvió y... «¿Acaso eso era un hoyuelo en su mejilla izquierda?» #MuriendoDeAmorPorUnProstituto.

—O tal vez antes—volvió a encogerse de hombros—. Uno nunca sabe

cuándo puede necesitar un acompañante temporal—me guiñó el ojo.

¡Era verde, esta vez estaba segura! Después desapareció entre las sombras; esbelto, sigiloso, y cargado de ese excitante misterio que solo acompañan a los galanes telenovelescos, y ahora lo sabía, también a los acompañantes temporales.

¿Cómo contratar un prostituto sin olvidar la opción 2?

—¿Cómo que estoy suspendida sin derecho a sueldo? ¡Jack maldita sea no me puedes hacer esto! Soy tu mejor escritora, la única que nunca exige aumento, la que te cubre cuando tu madre con Alzheimer te llama diez veces al día para preguntar cuándo era tu cumpleaños...Sí, sé que no te he entregado la historia que te prometí aún, pero es que he tenido graves problemas esta semana. Estuvo lo de la maldita fiesta de la que te hablé, donde una vez más fui víctima del *bullying* de mis despiadados compañeros, casi me viola un adolescente y creerías que Eric se atrevió a dejar su repulsivo cepillo en mi... ¿Hola? ¡Hola Jack! ¿me oyes?—solo se escuchó el «pit» de la línea del otro lado.

Arrojé el móvil con cuidado, no podía darme el lujo de romperlo, contra el sofá, totalmente frustrada.

¡Gracias karma por hacerme sentir tu innecesaria presencia una vez más!

Me dejé caer también en el sofá sintiendo que me hundía en mi propia miseria.

Mi semana había estado del asco desde lo de Eric. Pero si él sufría por nuestra separación, ¿por qué yo también tenía que sentirlo? No era mi culpa si él no tenía la misma capacidad de superación que yo, tampoco era mi culpa que no pudiera pagarse una buena terapeuta que escuchara sus problemas. Además soy una buena ex, que a pesar de todo lo ocurrido tenía la delicadeza de poner las notificaciones de lectura de Whats en invisible para que no sintiera cuando le clavaba «los vistos».

Pero eso el destino no lo tenía en cuenta y me jodía a mí también, y encima me castigaba volviéndome más pobre que antes. Por cierto, cabe mencionar a estas alturas mi profesión. Soy escritora de la sección de entretenimientos del New York Times y siempre he hecho aportes interesantes y curiosos al periódico, que me han otorgado cierto grado de popularidad y estima por parte de los lectores. ¡Hasta tengo seguidores en las redes para probarlo! Pero algunas veces estoy más inspirada que otras. La creatividad no es algo que se coseche en las ramas de un árbol. Ojalá lo fuera. ¡Ya quisiera adquirir frutos de creatividad a diario! Pero no, esta es en parte un don y en parte es una habilidad construida con esfuerzo y esmero. Es decir, básicamente

consumes toda la basura «cultural» circundante en el medio y cuando te topas con alguna posible novedad, la vuelves un producto llamativo con algunas palabritas cool que atrapen al lector común. La habilidad está en conocer al público, sus gustos, intereses y eso te da la pauta para la elección del tema.

En fin, estaba en medio de una gran noticia sobre «¿por qué J.K Rowling se niega a soltar a Harry Potter aún cuando ya tiene como ochenta años en la historia? ¿Se trata de algún amor platónicamente enfermizo con su personaje literario o es que su capacidad creativa se ha agotado y por eso la renuencia a dejarlo?» Misterios que estaba decidida a investigar, para salvar la buena reputación de J.K Rowling #PotterHeadNata. Pero todo esto se fue por un caño por los eventos acontecidos y me vi forzada a trabajar bajo presión y encima gratis.

A todo esto, mi teléfono había comenzado a vibrar eufóricamente de nuevo y antes de que el masaje se volviera más estimulante, lo retiré de abajo mío (es que me había sentado sobre aquel) y me dispuse a leer los mensajes con la esperanza de que a mi jefe le hubiera dado un sorpresivo brote de compasión. Pero para mi desgracia se trataba de mensajes del grupo de ex compañeros.

No iba a leerlos, pero me llamó la atención el cambio de nombre. Ahora era «Planificación de Boda» Entonces, motivada por un masoquista instinto de curiosidad, sentí el impulso de meterme a husmear entre los whats para saber quiénes eran los suicidas que iban a firmar su sentencia de muerte. Me sorprendí aún más al ver que se trataba de Ariadne y Brigitte. Al parecer la escena de celos en la fiesta había tenido severas repercusiones y ahora para alejar posibles dudas y como sello definitivo se posesión de una sobre la otra habían decidido casarse.

En fin, no es que fuera algo que me importaba, y claro que no estaba dispuesta a ir a la boda. Pero... «¡Mierda! ¿Por qué mi nombre figura en la lista de damas de honor?» Veía las sucias manos de «Magui Tres Senos» detrás de eso. Sobre todo porque habían escrito *Adelaida* y no Adele.

Me levanté de un salto del sofá y fui a la nevera en busca de una cerveza. Esta trágica noticia propiciaba la ingesta de alcohol y una llamada a mi mejor amiga.

Alice había decidido venir a mi apartamento después de la llamada. Era una buena chica y ambas habíamos sido amigas desde la Universidad (la mejor época de todas). También habíamos tenido nuestra breve aventura lésbica en su tiempo, pero no duró mucho. Después de algunos besos y arrumacos nos

dimos cuenta que salir con mujeres no era lo nuestro. Ella extrañaba el roce suave de la barba masculina en su mejilla y cuello, y yo no iba a dejarme el bigote por complacerla. Por otro lado, mi añoranza estaba en un roce un poco más conciso y menos suave concentrado de la cintura para abajo.

Como sea, después de aquello la amistad siguió igual que siempre y mejorada, porque teníamos claros nuestros gustos sexuales y éramos más confiadas entre nosotras, ya sin secretos, ni temores. Y la amistad se fue reforzando y agigantándose con los años. Alice era la única persona en esta vida con la que me sentía absolutamente libre.

—Creo que deberías exponer con delicadeza y sutileza las razones por las cuales tú no eres afín a las bodas Ely— «Ely» era su apodo cariñoso y «original», para mí (nótese la falta de correspondencia con mi nombre). También era a la única persona a quien le dejaba ponerme motes.

—«Delicadeza» y «sutileza» no son palabras que me definan, hermosa. Además, cualquier excusa que ofrezca quedará mal vista, lo sé. No quiero que me tomen como una persona de mente cerrada— «Como mi madre» pensé —. ¿Quieres una cerveza? —le ofrecí una lata recién sacada de la nevera, mientras ella hacía zapping en la tv, sin mucha ilusión.

—¿Te cortaron Netflix?—hizo una mueca y dejó el control remoto resignada. Tendría que conformarse solo con la charla. Luego, se acomodó en la banqueta frente a la barra de la cocina y me miró, asintiendo—. Sí, te acepto una, gracias. En cuanto a lo otro, no eres anti-pro, todo lo contrario, y a ambas nos consta eso—me guiñó uno de sus magníficos ojos castaños de manera sexy.

—¡Eres una idiota! —reí mientras le daba la fresca latita de cerveza y abría otra para mi—. Y sí, me cortaron Netflix y dentro de poco otros servicios. Soy una mujer pobre, más ahora que me acaban de sancionar en el trabajo— hice un mohín y me apoyé sobre la barra frente a ella con actitud de mártir. Observar las expresiones de Bella me ha otorgado su increíble habilidad para parecer una víctima desahuciada—. ¿Y si vas tú conmigo? Podríamos decir que eres mi pareja y así encajaría a la perfección en esa boda y me ahorraría de ir sola, de nuevo, a un encuentro con esa gente odiosa.

—¡Ajá! Por ahí venía la cosa. Entonces no es que no desees ir al evento. ¡Tú no quieres ir sola!—me miró con expresión inquisitiva.

—¡No es eso!—refuté—. Es decir, claro que me ofusca ir a la boda, pero como mencioné, tengo la obligación de ir, una reputación que cuidar y subsecuentemente esto me obliga a ir con pareja, porque ¿en qué cabeza cabe

ir a una boda sin acompañante? ¿Sabes dónde me sentarán acaso? Te lo diré: tengo todas las papeletas de ir a la mesa de abuelitas viudas o niños púberos precoces.

Alice soltó una carcajada y casi derrama su cerveza.

—¡Vamos mujer! ¿Aún estás traumatizada por lo del adolescente que te acosó la otra noche?

—Puede...—admití, horrorizada ante la posibilidad de que me pasara algo similar.

—No creo que te sienten allí Ely. Y lamento decirte que no puedo ser tu pareja falsa en la boda, porque ese finde Kevin y yo nos vamos a la casa veraniega de sus padres— se excusó.

Kevin era el novio hetero de Alice. Sería un sujeto maravilloso de no ser porque era un poco bajo de estatura, en comparación con el fabuloso metro setenta y cinco de Alice, y además odiaba su horripilante bigote de Mortdecai, cualidad que seguramente le había dado el mérito de conquista con mi amiga.

También me daba un poco de envidia el hecho de que desde que estaban juntos Alice y yo pasábamos menos tiempo en compañía. Y eso era grave porque no soy de esas personas que tienen un sinfín de amistades rodeándome. Sucede que soy «muy selectiva con la gente» #PerdedoraAsocial.

Pero en fin, todas mis esperanzas de que ese nuevo encuentro fuese exitoso se esfumaron con sus palabras.

—No pongas esa cara cariño, me rompes el corazón—dijo, pasando una de sus manos por mi cabello rojizo desordenado peinándolo—. Sabes que de no ser por esto yo iría como tu pareja gustosa, porque te quiero y haría todo por ti— puso sus ojos de gato con botas que tanto amaba y me conmovió. Cogí su mano y dejé un beso en su dorso.

—Lo sé Alice, no te preocupes ya conseguiré a alguien más...— susurré y sus ojos se iluminaron de pronto.

—Oye y ¿qué me dices de Jake, el gigoló?

—Ellos prefieren el término «acompañantes temporales»— aclaré—. Y no, también pensé en él en su momento pero...—empecé a enunciar las negativas— a- Fue pareja de Emma en la fiesta del «Reencuentro» y ¿cómo justificarías el hecho de que ahora sea mi pareja en la boda? Y b- y aún más importante, no tengo dinero para pagar sus servicios —dicho esto, Alice saltó de la banqueta y corrió hacia su bolso sacando su tarjeta dorada de emergencias.

—Esto solucionará el problema del dinero—anunció radiante (la culpa

la carcomía)

—¡Noo Alice! De ninguna manera. Yo no puedo aceptarla—de ser otra si podría, pero no me gustaba aprovecharme de mi mejor amiga—. Y además es tu tarjeta de emergencias—dije negándome rotundamente.

—Bueno, tú estás en una emergencia querida amiga y siempre puedes pagarme cuando te restituyan el salario—me guiñó. Ella me conocía y sabía que solo así yo aceptaría, aún cuando no quisiera luego la devolución. Estaba pensando seriamente en dejar de imitar a Bella, y aprender de las tácticas de manipulación de Alice.

—Vale, ¿y cómo soluciono lo de él y Emma?

—Puedes decir que ellos pelearon esa noche y tú ofreciste consuelo y luego una cosa llevó a la otra y ahora están juntos —lo simplificó—. Además, siendo sincera ¿tú crees que Emma este invitada a la boda, habiendo sido ella la causante de los celos de Brigitte? Al contrario, deben odiarla más que antes, ahora que se ve mejor—Alice sabía todos los pormenores de la fiesta como si la hubiera vivido en carne propia porque se la conté con detalles inéditos mientras me ahogaba en mi depresión—. ¡Creo que incluso te amarán por haberle quitado el novio a Emma! —añadió astutamente.

—Quizá tienes razón—Alice era buena convenciendo.

—¡Claro que la tengo! —aseguró, cogió el móvil y me lo entregó—. Ups...sin servicio— «¡Maldición me han cortado la línea! Lucrativas compañías de teléfono celular, que perciben la pobreza» exclamé mentalmente—. Anda toma el mío, cariño— me lo ofreció— Llama a Jake y luego usa la tarjeta para que te restablezcan el servicio.

—Te adoro ¿lo sabías?—dije cogiendo el móvil—. Sin embargo...—me frené. Me sentía aún dubitativa y debí repensarlo un momento.

Cinco segundos después...

—Okey, dame el maldito móvil, antes de que en serio lo considere.

Para hacer la llamada me había ido a mi cuarto, porque necesitaba espacio y privacidad. La contratación de un prostituto es algo trascendental en la vida de una mujer.

—*Buenos tardes, usted se ha comunicado con la agencia de Escorts masculinos «Soy todo tuyo» por favor escuche con atención las siguientes opciones:*

-Para contratar nuestros servicios temporales marque uno.

-Para quejas sobre el servicio marque dos.

-Para alquiler por tiempo prolongado marque tres.

-Para comunicarse directamente con un representante de la empresa marque cuatro.

Por favor seleccione...

Marqué el uno directamente. Mi corazón latía demasiado rápido, era la primera vez que hacía esto y no sabía si sentirme como una proxeneta o una clienta.

¿Estaba fomentando con mis acciones el negocio de la prostitución, tan vapuleado por las instituciones religiosas -aunque sus hipócritas principios morales no me importaban demasiado en realidad- y por abolicionistas de la trata y el esclavismo sexual que no hacían distinciones en la mayoría de sus slogan sobre la prostitución forzada y la que era por elección (eso sí me preocupaba) o era yo una generosa ciudadana que, al contratar su servicio, incrementaba la fuente de trabajo de estas personas y posibilitaba que pudieran llevar el pan a algún hogar necesitado?

Cuestiones que suscitaban una reflexión más minuciosa y profunda, aunque yo no tenía tiempo para ponerme tan juiciosa.

*—Por favor, ingrese el código del acompañante y del servicio que desea adquirir—*dijo el operador.

«¡Mierda! ¿Un código? ¿Por qué tengo que hablar con esa puta y confusa máquina a la cual no se le pueden hacer preguntas?» pensé. Busqué el código en el reverso de la tarjeta y... ¡Eureka!

Estaban los códigos de los distintos servicios, que incluían: «solo compañía», «compañía y sexo tradicional», «compañía y sexo no convencional con alquiler de juguetes eróticos»...

¡Era toda una empresa!

Me limité a marcar el código de «solo compañía» junto con el que identificaba a Jake y aguardé en línea.

—Por favor, seleccione la fecha del día y el mes y el horario en que desea contratar el servicio para completar la operación.

—¿Cuándo es el condenado evento?— empecé a hablar conmigo misma mientras buscaba en los chats de Whats—. ¡Ah, sí! El veintiuno de septiembre ¿Y la hora? Veintidós horas. Hasta las... Ni idea hasta qué hora sería conveniente quedarse... Ocho de la mañana estaría bien, por si quieren extenderse. Al fin que la moda ahora es servir desayuno en las fiestas, ¡Cómo si con comida te retuvieran más! Aunque de hecho...

—Por favor seleccione la fecha y el día...

—¡Ya va!

«¡Qué impaciente esta máquina que no lo deja pensar a uno!»

Pulsé los números con calma para no equivocarme.

—*Aguarde en línea para confirmar disponibilidad.*

Después de interminables minutos con una recurrente melodía monótona que ya había aprendido a tararear a la perfección (sospechaba que el ritmo no me abandonaría en todo el día, ni la noche) mientras rogaba a los dioses, en los que no creía, que en esa fecha él estuviera disponible (porque me negaba a ir con un prostituto desconocido a la fiesta) la operadora dijo:

—*Gracias por contratar nuestros servicios. El acompañante 007* —«Como James Bond» reí por dentro —, *ha sido asignado para el día sábado 21 de septiembre de 2016, desde las veintidós p.m hasta las ocho a.m...* —siguió con su bla bla bla— *Anote su número de confirmación*— eso sí es importante, así que tomé nota— *y aguarde en línea para acreditar sus datos básicos.*

Tras ingresar el resto de mis datos que me acreditaban como una persona real y confiable -como si fuera una asesina serial adicta a matar prostitutas- y después de pautar el sitio de encuentro, la transacción se concretó a la perfección. Y eso fue todo.

Alice ya se había ido para ese entonces porque «Mortdecai» la había llamado para terminar los preparativos de su fin de semana ultra-romántico en su paradisiaca casa de verano en el Caribe. #MuriendoDeEnvidia.

Me recosté en la cama, el efecto de la cerveza se hacía presente y sumado a toda mi experiencia adrenalínica de la contratación de un prostituto, cerré mis ojos quedándome casi adormecida. Aunque eso no me evito fantasear con él y suspirar por esa pronta posibilidad de volver a ver su hermosa y atrevida sonrisa.

«¡Mierda debí marcar la opción de sexo además de compañía!»

De gansos y despedidas de solteras

—¿Recuérdame por qué estoy aquí?— preguntó Florence, mi vecina de catorce años, mientras se dedicaba a husmear entre los preciados libros de mi biblioteca—. ¿En serio tienes la saga completa de Crónicas Vampíricas y la de Crepúsculo? ¡Guau no sabía que las chicas de tu edad leían esas novelas!— fruncí mi ceño al oír eso, y le quité uno de los Diarios de Stefan de sus manos, para volverlo a colocar cuidadosamente en el estante.

—Primero, estás aquí porque ninguna de mis MUCHAS (enfaticé esa palabra para darle credibilidad) amigas estaban disponibles este fin de semana para asesorarme respecto a mi vestuario. Y segundo, ¿cómo qué «las chicas de mi edad»?—hice un gesto de comillas con mis dedos—. Para que lo sepas no te llevo tantos años de diferencia. Además, las dos estamos en etapas de transición. Tú eres una pre-adolescente y yo una joven-adulta. Y estas novelas están catalogada para ese tipo de público—. Florence se encogió de hombros y se dirigió hacia el sofá donde estaban desperdigados algunos de mis vestidos, examinándolos con ojo crítico.

La fecha de la boda había llegado demasiado rápido. Sería al día siguiente. Aunque para empezar, tres semanas era muy poco tiempo para organizar una boda. Pero supongo que el tiempo no ejerce la misma presión sobre la gente adinerada que sobre los pobres. En veinte días y con cien mil dólares se logran maravillas. Y ese era el monto que había calculado -según los excéntricos lujos, que por mi rol de dama de honor tenía conocimiento- habían gastado las amantes Brigitte y Ariadne para tal evento. Su fortuna básicamente provenía de sus padres, más que de su profesión. Brigitte era diseñadora de modas y, debía reconocer a mi pesar, que sus diseños eran bastante buenos, si eras una adolescente por supuesto. En cuanto a Ariadne trabajaba en una de las muchas veterinarias que poseía su familia, mientras intentaba terminar esa carrera sin mucho éxito (llevaba años tratando de recibirse). Esa era la razón de alerta por la cual jamás había llevado a mi mascota a su veterinaria, para que ella la atendiera. Por esa razón y porque no tenía mascota.

—Vale, puedes decir lo que quieras pero estos vestidos se parecen a los que usa mi abuela—acercó uno de estos a su delgado pero curvilíneo cuerpo y

lo apoyó sobre su ya marcado busto.

«¿Cómo puede estar tan bien formada a los catorce?» me pregunté. Recuerdo que era una tabla rasa a su edad. ¡Qué injusticia! O era sexualmente activa o la ingesta excesiva de hormonas de alimentos transgénicos le habían otorgado su antinatural físico a esta chica.

—Pues tu abuela debe ser una mujer muy sofisticada y con gran sentido de la moda o quizá hasta tenga mi edad. ¿Cuándo te tuvo tu madre, a los trece? —le quité el vestido, ofuscada y arrepentida de haber recurrido al asesoramiento de esta adolescente odiosa. Estaba muy exasperada—. Florence me miró confusa mientras se frotaba la cascarilla en torno al pequeño arete de su nariz, un gesto común en ella -siempre estaba infectado-.

—No entendí eso...—se encogió de hombros—. Como sea, no sé aún por qué buscas entre tu ropa un vestido. ¿No dijiste que eras dama de honor? La novia te provee el vestido, aunque seguramente también sería horrible, porque las novias nunca quieren verse opacadas por sus damas y por eso las visten como coloridos espantapájaros.

Debía darle el punto a esa niña en ese aspecto, porque aunque no había asistido a demasiadas bodas en mi vida, cuando concurría podía identificar fácilmente a las damas de honor porque eran las típicas mujeres festivas – en general solteronas frustradas- que revoloteaban alrededor de la novia como llamativas mariposas multicolores cargadas de gibré.

Agradecía que al menos Brigitte se había portado bien en ese sentido al permitirnos usar algo de nuestra propia predilección, siempre y cuando cumpliera con las normas de «elegancia y sobriedad». Aunque había recalcado no opacarla ni a ella ni a la otra novia en «nuestro intento» de parecer sofisticadas.

—En este caso la novia de la cual seré dama me permitió usar lo que quisiera— expliqué, mientras tomaba un vestido largo de gasa en un suave tono azul añil y me lo probaba frente al espejo, sobre la ropa deportiva que llevaba puesta. No estaba tan mal, enmarcaba mi cintura y tenía un delicado y sutil encaje en el área del pecho. Aunque no sabía si me convencían los volados de las mangas del vestido—. ¿Qué me dices de este?

Florence bostezó mientras paseaba sus ojos café dorados desde el ventanal que daba al balcón -como si quisiera arrojar por aquel- de nuevo hacía mí y negó.

—No lo creo. Está bonito en general, pero las mangas son del asco.

—Sí, concuerdo contigo—admití, dejando el vestido—. Pero este es el

último que tengo.

Mi número de vestidos de fiesta ascendía a cuatro, que se iban alternando para ocasiones diversas. Lo bueno era que los eventos sociales a los que concurría eran escasos y a aquellos no asistían las mismas personas, porque mis grupos eran heterogéneos (trabajo, familia, grupo de zumba –más adelante modificado por grupo de pilatex- y grupo de excompañeros de secundaria). Lo malo era que de esos cuatro vestidos, uno había que descartarlo porque lo había usado para la fiesta del «Reencuentro».

Ya me estaba desanimando.

–Oye ¿y si vamos de compras? Ya que la novia te dio vía libre para escoger el vestido—insinuó, por primera vez con interés.

Debía reconocer que no era una mala idea. Hacía mucho que no iba de compras, aunque estaba el tema de mi falta de dinero. Pero, por otro lado, contaba con la tarjeta de emergencias de Alice, y esta también podía catalogarse como emergencia. «Se lo pagaré todo cuando se restituyan el salario» recité mentalmente y ese fue mi último pensamiento antes de salir con Florence de shopping.

Por la noche ya estaba de nuevo en mi departamento cargada de bolsas de compras. Porque quien dice un vestido de fiesta también dice zapatos, accesorios y un bolso que vaya con este. Y además paseando entre las tiendas me di cuenta que tampoco tenía ropa para asistir a la despedida de soltera que sería esa misma noche. Así que también adquirí algún vestido de coctel para la ocasión. A mí me parecía lencería erótica pero Florence insistió en que era lo que estaba a la moda. Además las chicas de la tienda dieron su completo apoyo y muchacho de limpieza se quedó prendado sacando lustre, al ya suficientemente limpio, vidrio de la tienda mientras me probaba el vestido. Esas circunstancias bastaron para tomar la decisión.

Florence también obtuvo un regalo ese día, por su excelente asesoría -era increíble como había terminado encariñándome con esa fastidiosa adolescente al final- Pasamos por una tienda de lencería donde escogió un bonito conjunto teen, develando que el secreto de sus perfectos senos era atribuible a los increíbles sostenes con *push up* de *Victoria's Secret* (me sentí mal por pensar en su promiscuidad)

A las nueve y cuarenta y cinco estaba lista, con mi vestido negro tubo, ligeramente fruncido en el área del escote y con una longitud aceptable que, si bien antecedió la rodilla, al menos cubría la totalidad del muslo. En cuanto a los zapatos había decidido llevar unos acharolados de taco aguja sin puntera.

El cabello lo tenía suelto, al estilo salvaje -si Alice hubiese estado presente seguramente me lo hubiera peinando- y el maquillaje era muy básico en general pero cargado en los ojos, lo cual me otorgaban ese aire de *femme fatale*.

Después de unas semanas tan agitadas y con las pesadas responsabilidades que conllevaba ser dama de honor bien merecía este momento de ocio. Aunque tenía que reconocer que mi experiencia no había sido tan odiosa como pensaba, porque Brigitte, para mi sorpresa, era una mujer organizada y supo distribuir muy bien las tareas de cada una, según lo que pensó eran sus áreas de experiencia. De esa manera, las damas no nos encontrábamos todas juntas apabullando a la novia con sus diferentes opiniones y consejos.

Fui asignada para acompañarla en la cita de degustación de pasteles. En principio, me sentí un poco categorizada #TildadaDeObesa, por asignarme a esa tarea, pero luego entendí que era la única capaz de soportar probar diez gustos de pasteles diferentes sin ir al baño a vomitar cada cinco minutos y por otro lado los pasteles estaban deliciosos. Me puse en mi rol de crítica culinaria y me decidí por el bizcocho de chocolate a la taza bañado en almíbar y relleno de *swiss merengue buttercream*, con fruta de estación caramelizada para el piso inferior. Seguido por el bizcocho de limón relleno de *swiss merengue buttercream* de *lemond curd* y *lemond curd* en el interior.

Brigitte pareció bastante complacida con mi elección y hasta se atrevió a dar una probada para confirmar su aprobación.

También compartí con las novias la salida conjunta a la granja para la elección de las glamorosas aves (pavos reales en su mayoría) que estarían deambulando por el magnífico parque que rodeaba la propiedad donde se haría la recepción. Ese día pude sentirme realmente satisfecha y plena, luego de que un grupo de gansos extraviados comenzaran a perseguir a Margaret -la dama principal de Ariadne- obligándola a salir disparada a base de intimidantes graznidos, secundados por su amenazante despliegue plumífero. Lo mejor fue cuando uno logró alcanzarla y se ensañó con ella amedrentándola con, en palabras de Magui, «mortíferos picotazos». Pero la diversión cesó cuando el dueño de la granja intercedió y puso orden entre los alborotados animales, y luego del GRAN escándalo que hizo Margaret sobre los riesgos de haber contraído «gripe aviar» a partir del picotazo del animal, el dueño dijo que iba a sacrificar al «ganso agresor» por los «daños y perjuicios» ocasionados a su persona. Y aunque todas nos opusimos con exclamaciones

de repudio tipo «¡Oh no!» «¡Qué horror!» «¡No haga tal cosa!», de no ser por Ariadne, que demostró un afecto genuino por los animales y que se convirtió en combativa abogada defensora del pobre ganso, al tiempo que intentaba calmar a su alterada amiga, esto hubiera pasado. Por suerte Magui se conformó con ver los documentos que comprobaban la vacunación de los animales y el certificado de salubridad de la granja y cuando estuvo segura de no haber contraído la gripe, todo quedó en paz.

También las novias obtuvieron descuento en la compra de los animales, cinco pavos reales, cuatro flamencos, y dos cisnes (nada de gansos) en total. Por lo que al menos algunos ese día habían resultado afortunados, en especial el pobre ganso. #ConsiderandoSeriamenteAdoptarUnGanso.

Finalmente salimos a eso de las diez y media de la noche porque una de las damas, Jennifer, no encontraba niñera para sus hijos, pero aquello fue solucionado con facilidad, ya que de inmediato le pasé el número de Florence. Si esa adolescente había logrado convencerme de usar lencería para la salida de esa noche, de seguro también podía arreglárselas para cuidar algún que otro mocoso.

Florence aceptó a la brevedad porque necesitaba el dinero para cambiarse el *piercing* por uno de calidad antes de que acabara con la nariz de un leproso.

El club adonde fuimos, luego de que Margaret finalmente confesara que no había podido conseguir los prometidos lugares en «Oak» -un Club de categoría conocido por recibir celebridades y considerado uno de los más top de la ciudad- fue Cielo «Let's dance» otro bastante popular, aunque menos glamoroso que el primero. Y así se desintegraba mi fantasía de conocer a Leo DiCaprio, que se enamorara perdidamente de mi por mi gran parecido con Rose y vivir juntos un amor épico como el de Titanic. Pero pese a eso, el club no estaba mal y hasta tenía trato vip. Lo que las chicas buscaban.

Por mi parte, con o sin trato vip, estaba decidida a disfrutar la noche sin importar cuánto gastara -iba a terminar exprimiendo esa tarjeta, pero me contentaba con la promesa de que devolvería cada centavo-.

Al llegar, nos ubicamos en un reservado a un lado de la pista principal y cerca de una de las barras de tragos -éramos mujeres precavidas- y al tiempo que pedimos la primera ronda empezó también la charla sobre algunas cuestiones de la boda: nervios prenupciales básicamente por parte de las novias y de Magui, que manifestó su indecisión sobre ir con su novio actual a la misma o con el que había llevado a la fiesta del «Reencuentro» (yo suponía

era aquel muchacho al cual básicamente ignoró toda la noche y solo usó por breves momentos para presumir frente a las demás chicas y dar celos a algunos de sus ex, porque según ella, aseguraba que su galán tenía título noble por línea directa de sangre con la monarquía Inglesa. Aunque mí el tal Kevin no me pareció inglés ni en el acento). Después de aquel momento de incertidumbre me preguntó a priori (la muy perra) si yo esta vez iría acompañada.

—Igual si no tienes pareja no te preocupes «AdelA», por eso insistí a las chicas que te pusieran de dana de honor, porque a mitad de la noche seguro ya empiezan a llover los solteros y las damas tienen ese magnetismo que tanto los atrae— esbozó su ladina sonrisa antes de beber de su Margarita.

—¿Lo dices por experiencia verdad?— repliqué y bebí de un sorbo el shock de tequila que me había pedido.

—He ocupado este preferencial puesto en muchas bodas, y claro que he recibido muchísimas propuestas de solteros, pero siempre he estado acompañada, por lo que tuve que rechazarlas con moderación.

Su discreción se resumía en hacerse la difícil como por cinco segundos alegando que tenía pareja, para luego terminar entregando su número telefónico, por si de pronto por cuestiones de la vida llegaba a separarse.

Como sea, su comentario me molestó demasiado. La muy maldita estaba restregándome una vez más que ella siempre tenía pareja mientras yo era vista como la eterna solterona. Pero esta vez tenía medios para salir bien librada de esto.

—No debes preocuparte de todas formas por mi «situación de soltería», iré acompañada—solté con actitud de superada y volví a tomar otro shock de tequila.

Después todas se abalanzaron sobre mí en un interrogatorio sin fin sobre el misterioso galán que llevaría a la boda. Aunque debí recalcar varias veces que no se trataba de ningún primo lejano y que estaba totalmente segura de su sexualidad, me defendí bastante bien inventándole una historia convincente a Jake que no incluyera prostitución, ni promiscuidad, hasta que al final a cosa se relajó y fueron perdiendo el interés porque ya mi punto débil estaba cubierto, así que seguimos hablando de trivialidades.

Es increíble cómo gente que te es repelente por naturaleza comienza a resultarte increíblemente empática luego de algunos cocteles. #ElAlcoholUne

A mitad de la noche entre el cegador flash de las luces, la ensordecedora música, y el estimulante efecto del alcohol ya me sentía lo suficientemente alucinada y aturdida como para bailar sensualmente junto a Margaret sobre el escenario, como si ambas fuéramos mejoras de toda la vida. Hasta le sostuve el cabello cuando fue a vomitar al baño una amalgamada mezcla multifrutal.

El resto de las chicas estaban igual de festivas bebiendo de sus propios tragos, de tragos ajenos o de la boca de algún ajeno. En esas me pareció ver a la única madre del grupo que hasta hacía unas tres horas atrás hablaba del gran amor que le inspiraba su esposo y la noble tarea de la maternidad. Quizá en parte esto último fuera cierto ya que se la veía con un cierto espíritu maternal, cuando acariciaba los cabellos de aquel púber -con el que había realizado testeos de papilas gustativas minutos antes- el cual descansaba la cabeza sobre su acogedor busto.

Las novias, por otra parte, no se habían soltado en toda la noche y se las veía más enamoradas que nunca. Yo sentí un extraño aguijón en el centro del vientre cuando Ariadne pidió al DJ que hiciera sonar la canción que las había unido y motivado a profesarse su amor y entonces la gente abrió un pequeño círculo en torno a ellas y ambas empezaron a bailar, cual lento americano -con las manos colocadas en torno a la cintura y cuello de la contraria- al son de «I kissed a girl» de Katy Perry.

No sabía si secundar los suspiros y abucheos del público o ir al baño a vomitar, porque esas muestras desmesuradas de afecto me provocaban un subidón de glucosa imposible de soportar. Y no es que no me conmoviera su amor, porque era muy lindo y tal, pero las demostraciones de amor en general eran las causantes de mi incomodidad, más en situaciones en las cuales me encontraba completamente sola y pasada de tragos. #TerriblementeCachonda

Iba a ir al baño a vomitar cuando Margaret me frenó para avisarme que las novias habían decidido regresar a su apartamento a descansar -hacer el amor de manera desenfrenada- porque querían estar distendidas y sin espantosas ojeras para la boda.

Así que nuestra noche estaba a punto de acabarse, lo cual me decepcionó un poco, porque yo aún no me sentía del todo alocada como para retirarme. A pesar de las propuestas que había tenido -el vestido había causado impacto- no había aprovechado ninguna. Era demasiado extraño. Tal vez no estaba lo suficientemente ebria.

En un momento, casi accedí al cachondeo con un muchacho que, aunque no se igualaba a ninguno de los galanes principales de mis novelas

predilectas, yo no le hacía asco a los personajes secundarios. Sin mencionar que tenía una sonrisa casi tan deslumbrante como Jake, pero eso fue hasta que me acerqué lo suficiente para notar que el brillo en su sonrisa era causado por el refractar de las luces en sus brackets y se me fue el interés.

—Jenny y yo pensábamos ir a otro club, ahora que las chicas se retiran. Uno que sea más a nuestro gusto. ¿Te unes?— dijo la rubia y me guiñó el ojo de manera cómplice. Era evidente que el efecto del alcohol aún no se le había pasado.

Media hora después Jennifer, Margaret y yo estábamos en un increíble club de stripers que otorgó significado a sus anteriores palabras.

Ver hombres desnudos, con perfectos abdominales aceitados, bailando sensualmente en un escenario, era igual de atractivo para las novias que un bistec para un vegetariano. Para mí en cambio, era la gloria. Empezaba a pensar que tenía una especie de perversa adicción por hombres de lascivas e impúdicas profesiones. Cosa que confirmé al día siguiente cuando desperté desnuda en la cama de mi apartamento con el stripers que se hacía llamar «zorro travieso».

No recordaba muy bien la secuencia de los hechos porque la horrible resaca lo camuflaba -parecía que tenía la banda sinfónica de la serie «Game Of Thrones» sonando en mi cabeza- pero sí recordaba haber subido al escenario alentada por las otras dos mujeres y el abucheo de la multitud y el posterior y sensual franeleo del muchacho contra zonas peligrosamente erógenas de mi cuerpo. También recuerdo haber colocado la tarjeta dorada de Alice dentro de su diminuto slip de piel de zorro y luego ya todo se pierde en un torbellino de orgásmicas imágenes y placenteras sensaciones imposibles de relatar por mi falta de juicio en ese momento.

Como sea, para finalizar el tema haré dos reflexiones sobre esa increíble noche. La primera: Magui resulta no ser tan perra después de unos cuantos cócteles encima y la segunda: una mujer no sabe lo que es el buen sexo hasta que no tiene a un vulpino juguetón bajo de sus sábanas.

¿Qué pasó ayer?

¿Recuerdas las dos reflexiones que mencioné antes? Pues olvídalas.

Primero, cuando «zorro travieso» se retiró de mi apartamento, después de un pasional beso de despedida y mi promesa de una pronta visita al club de stripers, y mi aturdimiento se disipó (después de beber como dos litros de agua) encontré en mi bolso la boleta con el pago de los honorarios por los servicios brindados y vaya si se cotizaba don zorro.

Eso ayudó a que dejara el agua y volviera a la ingesta de alcohol, para pasar la impresión.

Segundo, cuando encontré en la revuelta de ropa que estaba desperdigada por el suelo mi teléfono móvil vi cien notificaciones de Facebook; por un breve momento me alegré de ser tan popular y con ansias entré a mi muro para chequear cuál de mis increíblemente sexys fotos de perfil había recibido tantos «like» y comentarios, pero mi entusiasmo se desvaneció cuando noté que las notificaciones hacían referencia a otras fotos de las cuales yo no tenía conocimiento y en las que la muy maldita de «Magui Tres Senos» (volvía a ser merecedora de ese apodo) me había etiquetado.

Al respecto solo especificaré que las mismas mostraban mi peor rostro en las situaciones más embarazosas de mi existencia. ¡Y eso que he tenido situaciones embarazosas a lo largo de mi vida! Pero mis actos en dichas fotos las superaban. Y lo peor fue leer los comentarios de la gente conocida (los odiaba a todos) y sus «me divierte» y «me encanta» o el lamentable «me entristece» de mi madre.

En ese momento sentí que me estaba hundiendo en un abismo sin fin, como en la foto donde mi mano se sumergía hasta las profundidades del slip del striper.

¿En qué momento Margaret había tomado tantas fotos y con ángulos tan precisos? Me sentía tan confusa como los chavos de «¿Qué pasó ayer?»

Empecé a atar cabos y llegué a la conclusión de que Magui no estaba tan ebria como había pensado y mucho menos había sido honestamente gentil conmigo, solo actuaba para ganar mi confianza y que bajara la guardia.

Arrojé el móvil furiosamente sobre la cama y me fui directo a bañarme. Quizá hasta tenía suerte y me ahogaba en la ducha, porque ni bañera...

#MiseraVida

Tiempo después, un poco más calmada, (había encontrado mis viejas pastillas de Alprazolam en el baño, recetadas por mi antigua terapeuta en una ocasión en que me dio un ataque de ansiedad seguido de uno de depresión) pude salir del «modo Swan» y me dediqué a hacer la pertinente denuncia de las fotos a Mark Zuckerberg, esperando desaparecieran de red a la brevedad.

Llamé a mi madre, para explicarle lo acontecido.

—Lo sé madre, sé que las fotos fueron vistas también por mi jefe. Fue el que le puso «me encanta» a aquella del baile del caño...Por eso sé que no estoy despedida (pero la suspensión y la presión siguían. Lo supe cuando por privado escribió para decirme que espera que mi lado creativo/divertido también se reflejara en mi nueva historia para la sección de entretenimiento público, y no lo limitara solo al ámbito privado). Y tranquila que ya las denuncié para que las bajen de la red por contenido adultero, digo adulto... ¡Cálmate, ya no soy una niña, sé lo que hago!... No, tampoco necesito nuevas sesiones con Mónica -ese es el nombre de mi ex psicóloga- Eso fue cosa de una noche, y en ocasión de la despedida de solteras de una de mis ex compañeras de prepa que se está por casar (omití el hecho que se casaba con otra chica porque mi madre, como se notará, es algo conservadora.). Vale, te prometo que no volverás a verme hacer nada semejante en el futuro—. «Recordatorio: cambiar la configuración de privacidad de facebook para no ser etiquetada en más fotos escandalosas sin permiso»—. Sí, también te quiero madre. Adiós.

Cuando colgamos ya eran las dos de la tarde. Tenía suficiente tiempo para descansar, reprimir los recuerdos de aquellas fotos de mi mente, planear una pronta venganza contra «Magui Tres Senos» y embellecerme para la boda, porque aunque tenía menos deseos de ir que nunca, había gastado mucho dinero en vestuario y accesorios, tiempo en compañía de gente que detestaba, mientras ayudaba a la planeación del evento, y sobre todo y quizá lo único bueno, un increíblemente atractivo prostituto me pasaría a recoger en cuestión de horas para ser mi compañero esa noche.

La realidad era que terminé durmiendo todo el rato, hasta que, la bien puesta alarma del celular, me despertó.

Eran cerca de las ocho de la noche y tenía dos importantes cosas que hacer: grabar el capítulo de Grimm que me perdería, para eso estaba la alarma, y arreglarme para la boda. ¡Jake pasaría por mí en un rato!

Me empecé a sentir ansiosa de nuevo, pero no recurriría al Alprazolam otra vez, ya que quería disfrutar de esa sensación esta vez.

Era algo bueno, mis nervios eran por verlo a él, porque desde nuestro primer encuentro no había parado de soñar con su sonrisa, de imaginar sus ojos verde-celestes y de fantasear con su increíble y firme trasero. Y así seguí mientras me ponía mi vestido de dama, (Flo había elegido un vestido de color champaña satinado, con tirantas anchas, escote v, espalda descubierta y un tajo de lado desde la mitad del muslo superior hasta los tobillos) y mientras me hacía el peinado, (lo llevaría en un suelto con ondas laterales que enmarcaran mi rostro), y también lo pensé mientras me colocaba el maquillaje, (suave y sutil en tonos rosas y dorados.).

¡Justo a tiempo!

El timbre sonó ni bien terminé de colocarme el último tacón. Salí apresurada en dirección a la puerta, sonriendo de oreja a oreja. Pero la sonrisa se borró cuando el Jake que esperaba resultó tener el rostro de Eric.

—Estoy segura de que te devolví el cepillo de dientes la última vez que nos vimos— le dije, desde el otro lado de la puerta parcialmente abierta. — No entendía por qué otra razón estaba en mi casa.

—No vine por eso «Cerecita»—respondió en tono cariñoso. ¿¿Qué le pasaba!?

—¿Qué hablamos de los cursis apodos comestibles, Eric?—le miré ceñuda—. Mis padres se esforzaron mucho en escoger mi nombre (en realidad recibí la herencia del nombre por línea paterna, porque las primogénitas llevaban el nombre de su abuela) para que tú me lo cambies a tu antojo—finalicé. Eric pareció no escucharme.

—En realidad vine porque anoche recibí aquel mensaje— hizo una pequeña pausa, seguida de una sonrisa traviesa—, insinuante de tu parte— «¡Vale, esto se está poniendo serio! ¿Qué más he hecho la noche anterior que no recuerdo?» medité —. Por cierto te ves muy guapa ¿vas a salir?

—No sé a qué mensaje te refieres —dije convencida, ya que de hecho no me acordaba de nada—. Y gracias, sí, de hecho espero a alguien.

Quizá estaba pisoteando nuevamente el, ya muy desecho corazón de Eric, con mis palabras, pero ese muchacho tenía que entender que lo nuestro había finalizado, que se había acabado, disuelto, consumido, CONCLUÍDO. ¿Cómo se lo decía, con plastilina?

Su expresión se había ensombrecido. Sacó el móvil de su bolsillo y me mostró el mensaje, dejándome estupefacta. En efecto, había escrito las palabras -bastante mal por cierto- «*necesito valver a santirte dintro mioo*»

que traducido quería decir «*necesito volver a sentirte dentro mío*» Tragué saliva. Era evidente que el alcohol me había puesto tan miope como hot y que recurrí a medidas desesperadas.

—¿Lo escribiste tú o no? Porque este es tu número de teléfono —me indicó, señalando mi número agendado bajo el apodo «Pastelito de Fresa». ¡Y dale con los comestibles!

—Sí, es mi número pero ese mensaje fue un error—entonces en un momento de iluminación la excusa se me ocurrió—. No lo escribí yo. Anoche salí y me robaron el teléfono. He recibido inbox todo el día preguntándome sobre los extraños mensajes enviados desde mi móvil. Tal vez el ladrón, un hombre con el mal hábito de robar, pero con gran sentido del humor, se divirtió bastante mandando esos ridículos mensajes a mis contactos, hasta que me di cuenta de que no tenía el teléfono y llamé a la compañía para darle de baja...—expliqué de modo casual—. ¡Debiste haberte dado cuenta Eric! Yo no escribo tan mal. ¡Soy editora y escritora de novelas en Wattpad por Dios!

Estaba muy satisfecha con mi excusa. Y había sonado tan convincente que ya podía ver la desilusión asomando tras los apesadumbrados ojos azules de mi ex. Sentí un poco de pena por él en ese momento.

Todavía guardaba cierto afecto hacia su persona, aunque no sabía si mis sentimientos derivaban del recuerdo del cariño que había sentido por él en el pasado o lo que sentía era por mera costumbre. Como el apego que te genera aquella playera vieja llena de agujeros que sabes debes desechar, porque ya se ha desgastado, pero que a la vez te da cierta tristeza, porque siendo nueva te hizo sentir bonita, especial, y luego te acostumbraste tanto a tenerla que no puedes ver realmente lo que es: un trapo viejo que ya no debes conservar.

—Entonces... lamento haberme equivocado Adele...Es que sinceramente no he podido olvidarme...desarraigarme de ti— intentó tomar mi mano. ¡Alerta, alerta!

«¡Oh no, no por favor, no quiero seguir con esto un minuto más!» pensé.

Debía ser fría, despiadada, o esto jamás iba a terminar más. Entonces el tema Right Round empezó a sonar de fondo. Era la melodía que le había puesto al móvil -a propósito de los recientes hechos-.

—¿No está sonando un teléfono?—inquirió Eric, estirando su bronceado cuello -era adicto a la cama solar- hacia el interior de mi apartamento.

Ya estaba pensando en otra buena excusa para ofrecerle, cuando el milagro ocurrió. Jake llegó, móvil en mano, y se posicionó junto a Eric.

—¡Hola cariño!—su deslumbrante sonrisa detuvo mi corazón por un

momento y me había llamado «cariño»—. Te estaba llamando, para ver si estabas lista para nuestra cita, pero no respondías. Tu móvil daba apagado.

—Es que me robaron el celular anoche, querido—dije en un tono un poco bajo, sorprendida, pero siguiéndole el juego y manteniendo mi mentira.

—Lamento oír eso cariño. Pero me alegro que estés intacta—continuó, ignorando completamente a Eric y como si reparara en él dijo—. Oh, lo siento ¡qué modales los míos! Cuando veo a mi encantadora chica, el resto del mundo se me desdibuja. Soy Jake, el novio de Adele, un gusto—estiró la mano para saludarlo. Eric parecía totalmente atónito. Estaba mudo, descompuesto y como si en cámara lenta transcurrieran los hechos, podía ver en cada dolorosa expresión de su rostro, como sus ilusiones se hacían pedazos. Mientras, la mano de Jake seguía extendida frente a él.

—Soy...Eric, lo mismo digo—musitó cuando recuperó la compostura, y su rostro se transformó en una máscara de seriedad. Después me fulminó con la mirada —. Yo ya me iba. Los dejó para que puedan tener esa CITA, adiós Adele. Suerte en la vida.

Y se fue, cual princesa herida, con pemura por el pasillo. En ese momento supe que ya no volvería a saber de Eric. Me había ganado su desprecio eternamente. Pero ahora no podía sentirme mal por ello. No enfrente del galán que me había salvado la noche.

—¡Que te vaya bien hombre! ¡Y trata de no volver!—Jake cambió el saludo de *hola* por uno de *adiós* agitando su mano, para luego concentrarse totalmente en mí—. Espero no haberme pasado con mi actuación. Estaba esperándote en el pasillo—señaló el macetero con el enorme *ficus* que adornaba el lugar—, desde hacía un rato, y vi lo pesado que se estaba poniendo ese tipo contigo. Sé reconocer a un ex frustrado, incapaz de notar que ha perdido a su chica de forma definitiva, así que pensé en sacártelo de encima.

—Te lo agradezco mucho, en serio —dije con gran alivio—. Como dijiste, Eric estaba muy renuente a soltarme, a pesar de que fui muy clara al decirle que nuestra relación se había acabado. Pero esta vez estoy segura de que por fin entendió que ya no hay oportunidades—suspiré—. Por cierto, ¿quieres pasar un rato?—abrí por completo la puerta del apartamento para que entrara.

Jake se veía deslumbrante de etiqueta con aquel impecable frac negro, que resaltaba su nívea tez y el aguamarina de sus ojos.

—Claro. Y no fue nada. Me alegra que esta vez entendiera el mensaje—

me guiñó el ojo entrando al apartamento—. A propósito de claros mensajes te ves arrebatadoramente cautivadora con ese atuendo.

«Arrebatadoramente cautivadora» era por lejos mejor halago que el insulso «hermosa» de Eric. Sentía que mis piernas temblaban y como si después de una mala cirugía plástica hubiera adquirido una parálisis facial permanente mi expresión estaba congelada en modo «sonrisa»

—Gracias, tú te ves espectacular esta noche también— ¡espectacular, divino, sublime, como los mismos Dioses del Olimpo!

—¿Quieres beber algo? Tengo cerveza en la nevera... o vino—añadí con rapidez. Seguro le gustaba más el vino—. Ponte cómodo—me dirigí a la cocina, separada del resto de la sala por la barra transversal de granito, por lo cual no lo perdí de vista en ningún momento.

—Cerveza está bien—respondió y se acercó hacia la moderna chimenea a gas, que era la pieza más vistosa de mi sala, por su revestimiento de cuarzo. Noté que reparaba en los estantes ubicados sobre esta, mientras sacaba un chopp helado y le servía la cerveza.

—¿Estas esculturas las hiciste tú?, ¿eres también artista?—inquirió tomando una figurilla de cerámica del estante.

¡Mierda! Debía de haber desechado mis horrendas creaciones ni bien se me había pasado mi ridícula faceta artística.

En aquel momento estaba influenciada por la vena creativa de mi novio pintor y tenía la delirante ambición de convertirme en la Devi Moore de mi propia versión de Ghost.

Pero cuando rompí con él, me di cuenta de mi falta de talento. Aunque quizá debí de haberlo notado en las reiterativas negativas de Aaron (mi ex) de dar a conocer mis diseños en sus exposiciones. Siempre alegaba que eran demasiado exquisitos para sus presentaciones, mucho más simples, y que el público corriente que asistía a estas, no sabría apreciarlas. Mis tontos oídos se embelesaban con sus palabras, al igual que mi juicio y no podía discernir lo que en realidad pasaba. #FracasadaTotalSinTalentosArtisticos

—En realidad soy periodista, del New York Times—expliqué—. Escribo la columna de entretenimiento. Esa fue solo una etapa— le alcancé el vaso y rápidamente bebí del propio deseando que sus perfectas manos se alejaran de tanta imperfección.

—Eso lo sabía, debo admitirlo. Lo dijiste cuando dejaste tus datos en la agencia—dejó la escultura para tomar el chopp. La misma buscaba ser la imitación de la Venus de Milo en miniatura (aunque ciertamente tenía más en

común con el planeta que con la creación de Antioch, sobre todo porque busto se asimilaba a la Maxwell Montes) —. Es una pena que no continuaras esa etapa, eras buena.

—No tienes que mentir... sé que no tengo talento para el arte. Basta con mirar el busto de la Venus. Parece que tiene un solo seno.

—No tendría por qué mentirte—dijo sincero. «¡Claro que no, qué idiota soy! Él no busca seducirme. Está aquí por negocios» pensé en ese momento—. Además, no todo el arte busca perfección y simetría. Basta con ver a Picasso. En lo personal creo que los vanguardistas te amarían.

Quizá tuviera razón, el arte de vanguardia buscaba ser innovadora y creativa, fuera de lo común. Seguramente hasta Magui, con sus antiguos tres senos, hubiera encajado en dicho movimiento.

Me quedé prendada de él por un momento, absorta y en completo silencio, con una sonrisa boba, mientras mi mirada se ataba a la suya. Deseaba besarlo; abalanzarme sobre él y besarlo como una desquiciada. Pero mantuve mi compostura y mi distancia, porque esa noche estaba decidida a comportarme como una dama (por varios motivos convergentes)

—Te lo agradezco. Eso que dijiste fue muy lindo —miré la hora en mi teléfono, para no sucumbir ante sus ojos—. Creo que ya se nos hace tarde ¿no?

Y con eso la atmósfera romántica se rompía y con esta cualquier posible beso.

—Es cierto, tenemos una boda a la que asistir—bebió la cerveza de un solo sorbo y dejó su chopp vacío sobre la mesita. Entonces me ofreció su brazo cortésmente—¿Vamos milady?

En ese momento me sentí Buzz Lightyear: «Contigo hasta el infinito y más allá»

La boda

—¡Oh Dios Mío! ¿Ese es tu coche? —me quedé boquiabierta admirando el flamante Porsche color plata estacionado frente a mi apartamento.

—Me gustan los coches deportivos—fue su simple respuesta.

Entonces desactivó la alarma y me abrió la puerta del coche para que subiera.

Era evidente que a Jake le iba muy bien en el negocio. Yo apenas si ganaba para mantener mi Volkswagen Beetle, luego de ahorrar durante lo que parecieron décadas para cómpralo. #PensandoSeriamenteEnProstituirme

—¡Está increíble!—exclamé mientras me sumergía en el interior del vehículo acariciando su lujosa tapicería de piel negra.

—Y suena igual de increíble—una vez dentro del auto, hizo rugir el motor.

En ese punto Jake, no se diferenciaba del resto de los hombres: fervientes amantes de las máquinas. Pero tenía razón, sonaba estupendo, y cuando adquirimos velocidad, una vez en la vía rápida, el mundo pareció difuminarse a nuestro alrededor.

Colocó la dirección en el GPS, por lo que ni siquiera le tuve que dar indicaciones para llegar, permitiéndonos disfrutar más de la charla sin interrupciones.

—¿Qué música te gusta?—inquirió mientras encendía el súper estéreo del auto—. Puedes conectarlo con tu móvil y oímos tu selección personal si quieres.

—En realidad escucho variado—tener una amplitud de gustos musicales siempre resultaba oportuno cuando buscabas congeniar con el otro—. Pero te prometo que no tengo un repertorio de música adolescente en el móvil—admití recordando lo de Bieber.

—¿En serio? ¡Y yo que estaba considerando seriamente volverme un Directioners oficial esta semana!—enseguida, ante mi falta de palabras, soltó una carcajada—. ¡Estaba bromeando, tranquila!

—Uf qué alivio. ¡Casi me matas del susto! —dije, terminando de vincular el Bluetooth de mi celu con el del estéreo—. Bueno, ya está conectado—comenzó a sonar un mix -seleccionado con cuidado- con la

música más popular de la última temporada.

Luego de un rato ambos nos encontrábamos tarareando a viva voz «Firework» de Katy Perry. Fue nuestro segundo momento de conexión en lo que iba de la noche. Hasta podía ver mi propia luz interior incrementándose a su lado.

Y así, entre fuegos artificiales interiores y fugaces destellos de las luces exteriores distorsionadas por la velocidad del coche, llegamos a la mansión escogida por las novias para realizar la ceremonia.

Cuando Jake apagó el motor me sentí reticente a bajar del coche, me quería quedar allí junto a él, tenerlo solo para mí y no compartirlo con mi odioso grupo de prepa que posiblemente terminarían arruinando toda mi noche, como siempre lo hacían y como si él percibiera mi inseguridad me dijo:

—Si nos aburrimos mucho en la boda siempre podemos volver al coche a seguir haciendo karaoke —fue inevitable no sonreír ante aquella propuesta tan prometedora.

Otra vez me invadían unas enormes ganas de besarlo. Pero... ¿Podría? ¿La opción uno incluía besos o eso estaba dentro de la dosjunto con sexo? En fin, al menos sus palabras me dieron la confianza que necesitaba para bajar del vehículo.

—No te quepa duda de que lo haremos. Aún no has oído mi increíble interpretación de Like a Virgin que ensombrecería a Madonna. Pero antes, cumpliré algunas horas con mi papel de dama— anuncié.

Bajamos y Jake le entregó la llave al servicio de aparcacoches para que estacione el coche. No faltaban vehículos lujosos esa noche.

El acceso a la mansión era a través de un camino de piedra circundado por níveos rosales, aún más blanquecinos bajo los rayos lunares. Aquí y allí se podían vislumbrar algún pavo real picoteando el césped perfectamente cortado. Los querubines de las fuentes dispuestas por el jardín nos seguían con ojos ciegos el paso, a medida que avanzábamos hacia la propiedad, mientras los cisnes se bañaban en sus aguas bajo un lejano cielo índigo salpicado de astros. La noche era agradable, hasta la brisa que soplaba era suave y algo templada. Todavía se sentía un poco del sabor del verano en el aire.

La fastuosa mansión de estilo Victoriano se destacaba en estilizadas líneas góticas del oscuro firmamento, imponiéndose sobre el resto del paisaje.

Por un momento me sentí Clary entrando al Instituto de Nueva York acompañada de Jace. Hasta era igual de pelirroja, y Jake ciertamente tenía ese aire nephillim que me volvía loca.

—Tus amigas tienen buen gusto. La mansión es asombrosa— comentó paseando sus ojos por la construcción.

Coincidí con él en ese punto.

Ya estábamos en el porche, frente a la inmensa puerta de madera tallada con adornos de hierro, iluminados, más que por la antigua farola exterior que colgaba del techo, por el incandescente fragor de las modernas dicroicas luces interiores que se filtraba por la puerta abierta. La luz se derramaba sobre su rostro volviendo sus ojos aún más intensos.

Le entregué la invitación a la recepcionista que aguardaba, justo cuando los inquisitivos ojos verde venenoso de Margaret se posaban en mí y por supuesto en mi acompañante.

Aún quería volverla sushi por lo de las fotos de la mañana.

— ¡Al fin llegaste!—se acercó presurosa hacia nosotros, con un tono de voz inocente y gentil. Pero a mí ya no me volvería a engañar más—. Brigitte está como loca porque le faltaba una dama y sabes que es obsesiva con la simetría y perfección—entonces como si reparara recién en Jake, aunque sus vomitivos ojos no habían parado de contemplarlo mientras me hablaba a mí, dijo—. ¡Buenas noches! Tú eres Jacob, el ex de Emma ¿verdad?

—De hecho soy Jacob Grey... de nuevo, es un placer—dijo él con un amago de sonrisa, y yo no puede evitar pensar en el sentido del humor que tenía el destino—. Y tú eras Marjory ¿no?

Definitivamente estaba empezando a adorar a ese hombre.

—¡Igual que Christian de Cincuenta Sombras!—exclamó la rubia con entusiasmo— ¡Imagínate Adele, si te apedilladaras Steele en vez de Thomson, estarían predestinados!—La muy maldita «justo ahora» recordaba mi nombre completo correctamente. Y encima había hecho una analógica comparación con los personajes de, probablemente la única obra literaria, que había leído en su vida, solo para dejar establecido que lo nuestro no tenía posibilidad de éxito basándose en una disparidad de apellidos ficticios. ¿Era en serio? —Y mi nombre no es Marjory, es Margaret. Margaret Jhonson. Magui, para los amigos—añadió con su falsa sonrisa plástica.

«¡Tres Senos, para los enemigos!» pensé.

—Exacto Margaret, como Christian—corroboró él. Y me encantó lo de la omisión de su apodo. Eso dejaba en claro que no tenía intenciones de ser su

amigo. Esperaba que la rubia cabeza hueca captara el mensaje—. Aunque te aseguro que mis sombras superarían las tuyas—añadió luego.

Magui quedó fascinada con eso. Lo notaba en su rostro, pues lo miraba embelesada. Aquello comprobaba que no había entendido el mensaje y quizá hasta estaría pensando que Jake se le estaba insinuando de algún modo con ese comentario, invitándola a cumplir una fantasía sexual en algún clandestino cuartito rojo del dolor.

—Entonces... ¿Decías que Brigitte me buscaba?—interrumpí deliberadamente su fantasía erótica con mi acompañante—. Mejor nos vamos antes que la novia se impacienta más—volví la vista hacia Jake—. Cariño regreso pronto, ¿puedes encontrar la mesa solo o le pido a algún mozo?

—Puedo... lo que no podré es dejar de extrañarte amor—respondió, y con esas palabras, un suave beso en el dorso de mi mano y la nueva expresión recelosa de Magui, camuflada bajo un kilo de maquillaje, nos despedimos.

Mi novia asignada estaba un poco alterada #TremendamenteHistérica, no solo por mi retraso, sino porque la mala fortuna del destino, que es impiadoso con todos de vez en vez, había hecho que le brotara un enorme grano en el centro de la frente y Brigitte en su intento por apresurar su proceso natural de maduración, entre apretones y secativos ungüentos caseros, lo había empeorado.

Estaba por completo frustrada, enojada y con ganas de detener la ceremonia debido al grano. Ni siquiera Ariadne había logrado calmarla. Cuando intentó ayudar tratando de cubrirlo con maquillaje lo único que consiguió fue cambiar el grano por un chichón, porque si bien el enrojecimiento estaba disimulado, la inflamación seguía siendo notoria. Luego de su fracaso su novia la echó del cuarto.

Sobre eso, lo único que le quedaba intacto a Brigitte era el peinado, porque el maquillaje estaba deslucido por el llanto, y el vestido ni siquiera se lo había puesto. Aún estaba colocado a la perfección dentro de su funda, colgando de la percha en armario.

—¿Y si te haces un flequillo? Con eso ni siquiera se te va a notar la frente— insinué, desde un costado, algo retirada de la multitud de damas que agobiaba a la novia.

Brigitte me miró con interés y algo de duda entre los vaporosos vestidos dispares de sus damas.

—Pero ¿dónde voy a conseguir a una estilista a esta hora? Incluso la peinadora ya se retiró luego de atender a Ariadne—dijo ofuscada.

—Yo te lo corto—sugerí en mi intento de apresurar las cosas. Cuanto antes se resolviera el asunto, más rápido las novias se casarían y más rápido yo podría regresar con Jake—. Hice un curso de peluquería hace dos años—mentí.

Lo cierto era que me había bajado un par de tutoriales por Youtube. En ese tiempo, había incursionado un poco en el mundo de la estética femenina por obligación, debido a que la pequeña hija de mi jefe, a quien me tocó cuidar por ausencia de niñeras -la pequeña era una revoltosa- para que Jack y su esposa pudieran ir a festejar su último aniversario de casados -en la actualidad están divorciados-, estaba infectada con pediculosis. Por consiguiente, también resulté afectada y ni hablar de volver a pisar una peluquería hasta que pudiera exterminar a los malditos bichos que se resistían a abandonarme, como si mi cabeza fuera un hotel cinco estrellas en un paradisíaca isla caribeña con servicio *all inclusive* permanente.

Cuando al fin lo logré, mi cabello había quedado tan maltratado por los dañinos productos utilizados para su erradicación (una mezcla entre insecticida y combustible) que necesariamente debí seguir cortándolo por mi cuenta. Por lo que al menos había adquirido experiencia.

Al momento que la novia aceptó mi propuesta -este acto reflejaba exactamente su nivel de desesperación- me arrepentí, porque recordé lo minuciosa, controladora y obsesiva que era Brigitte.

¿Qué tal si el flequillo le quedaba torcido y tenía que seguir cortando para emparejar? No estaba segura de que ella simpatizara con el look Stone. Pero ya había hablado y no podía dar marcha atrás. Tomé las tijeras del cestillo de costura, porque profesionales de peluquería no tenía, y seleccioné cuidadosamente el mechón correspondiente al flequillo, tratando de seguir las imaginarias líneas guías que me permitieran coger la cantidad adecuada de cabello. Después dividí en tres aquel mechón y empecé a cortar a partir del mechón central, a la altura de las cejas. Aquel me sirvió de nueva guía para que los otros dos quedaran en la misma medida.

Juro que en ese momento estaba más concentrada que en una clase avanzada de cálculo y sudando como en un baño turco. O sea, imagina esa clase avanzada de cálculo dentro del baño turco. El flequillo me quedó perfecto, impecable. El rostro de Brigitte se iluminó cuando vio mi obra terminada y hasta me sonrió de manera esmerada.

—¡Quedó muy bien y el grano ya ni se ve! Gracias Adele—recibir esas palabras de parte de aquella mujer tan crítica en lo estético resultaba hasta halagador.

Pronto, otra de las damas le retocó el maquillaje y cambió su bata de seda por el radiante vestido blanco de corte sirena que hacía lucir cada curva de su cuerpo, lo mismo que el fino guipur que adornaba las áreas de su escote y espalda semi descubierta. Un precioso diseño de su creación. Lo mismo que el de su amada, según comentaron las otras chicas. Su talento una vez más se destacaba.

—¿Ya está todo listo?—la cabeza castaña clara de Ariadne se asomaba por la puerta de manera cuidadosa, hasta temerosa.

—Júzgalo tú mi amor. ¿Cómo me veo?—respondió su flamante novia.

—¡Te ves increíblemente preciosa mi vida! Y el flequillo te queda perfecto—dijo profiriendo una sonrisa amplia.

Sus delgados brazos se enredaron ligeramente alrededor del cuello de su compañera, pronto futura esposa, y sus labios se posaron de manera delicada y ágil como el aletear de un colibrí en los labios de la otra con cuidado de no descorrer el lápiz labial, mientras se susurraban mutuos elogios.

Aquella punzada que sentí en la despedida de solteras y otras situaciones cursis no la estaba sintiendo en ese momento, cosa que me extrañó realmente. Quizá había sido absorbida por la atmósfera romántica y era presa de esta. Mis pensamientos divagaron una vez más hacia Jake.

—¡Tenemos un problema!—anunció «Magui Tres Senos» irrumpiendo en el cuarto y convirtiéndose una vez más en #CruelaMaltratadoraDePerritos, al alterar el clímax romántico.

—¿Qué pasa ahora?—Brigitte frunció su entrecejo casi invisibilizado por el nuevo flequillo.

—¡Mi cita me plantó!

—Y eso es importante porque...—inquirió la otra novia.

Estaba sonriendo por dentro debido a la noticia, por un lado, pero por el otro, una Magui sin cita era un peligro latente para la mía.

—¡Porque era quien traería al juez que oficiaría la ceremonia!—señaló la escandalosa rubia.

Vale eso si era muy grave. Las novias estaban en pánico.

—¿Y por qué te plantó Margaret? ¡Llámallo y haz que venga!—exigió Brig.

—Ya lo hice... pero apagó el celular—se mordió el labio algo nerviosa

—. Es que mi cita era Jonathan Wilson—confesó.

—¿Te refieres al padre de Alex?—dije, con inesperado asombro. Al parecer tantas cirugías plásticas habían terminado en algo más.

—¿Pero el padre de Alex no está casado?—preguntó otra de las damas, llamada Anna.

—¡Y es por eso que apagó su móvil, imbécil! El muy cretino está con su esposa, de la cual dijo que se separaría y por eso estaría libre para venir conmigo hoy, ¡pero es evidente que no lo hará! ¡Es un miserable!— hasta una cabeza hueca como Margaret se daba cuenta (más vale tarde que nunca) de esa obviedad. Y en medio de su enojo casi sollozaba, casi.

Ver a Magui en dicho estado me causaba una gran satisfacción. Ya no tendría que ejecutar una venganza por medios propios, el karma se estaba encargando de cóbraselas.

—¿Y ahora qué se supone que haremos? —dijo Ariadne, secundada por Brigitte que ya estaba cruzada de brazos, mirando de manera asesina a Margaret, sin importarle su situación. Sus frustraciones eran más importantes.

Entonces en medio de aquel estado de éxtasis y exultante felicidad, que me generaba a mi la desgraciada situación de mi peor enemiga, resulté ser nuevamente la salvadora de la noche.

—Vamos a indagar entre los invitados. Quizá alguna persona de las trescientas presentes está capacitada para officiar la ceremonia—sugerí.

Mi propuesta fue muy bien recibida por Ariadne y Brigitte, el resto de las damas y hasta Magui, ya que en cierto aspecto estaba agradecida de no morir estrangulada por los lazos del vestido de las novias.

En efecto, uno de los trescientos invitados resultó ser juez matrimonial y además párroco heterodoxo por lo que las novias tuvieron dos ceremonias (civil y religiosa) en vez de una.

Los demás eventos transcurrieron de manera calma, ordenada, sin más exabruptos.

Llegué al altar, que consistía en un atril ubicado bajo una arcada decorada de forma magnífica con fragantes azahares, sin tropezar con mis propios pies, cosa que siempre temí luego de ver Crepúsculo y que Bella me infundiera sus miedos. Y las novias y resto de la comitiva también resultaron ilesas.

Tras la impecable entrada nupcial (donde ambas mujeres entraron al salón principal del brazo recorriendo el largo pasillo rojo salpicado de pétalos, al tiempo que descomunales pantallas led ubicadas en las paredes

laterales reproducían un vídeo con fotos individuales de cada una en sus diferentes etapas, convergiendo en la pantalla central, ubicada detrás del altar, que transmitía varias fotos de ambas ya estando juntas); fueron los votos. Aquellas palabras de devoción, gratitud y promesas de amor eterno, lograron ablandar mi coraza anti-bodas y hasta llegaron a conmoverme.

De nuevo me volvía a sentir rara. «¿Qué pasa conmigo esta noche?» reflexioné. «¿Mi estado de ánimo sigue alterado por la excesiva felicidad de ver a Margaret en su ruina o ha cambiado porque mientras las novias pronunciaban su amor mutuamente los ojos de Jake, quien estaba sentado en estratégica posición en la fila principal, no se despegaban de los míos, provocándome un intenso cosquilleo en fibras íntimas de mi cuerpo?»

Al fin, cuando llegó el momento del beso, que se dieron sin ningún cuidado, sellando su compromiso de forma definitiva, en medios de aplausos y vítores de la multitud que se aglomeraba en torno a las dos esposas para felicitarlas, ya totalmente liberada de mis tareas de dama logré llegar con éxito (esto es con todas las piezas de mi cuerpo intactas) hacia mi flamante acompañante, que me esperaba en un apartado del salón, junto a una de las puertas de cristal que daba al jardín trasero.

—¿Te parece si nos escabullimos o es demasiado pronto?—inquirió acercándose peligrosamente hacia mi oído, haciendo que los vellos de mi cuello se erizaran por su aliento.

—Esperaba escabullirme contigo desde que llegamos a decir verdad—mi comentario pareció agraderle demasiado. Capturó mi mano entre la suya y aprovechando la pronta salida seguimos el sendero hacia el parque.

No nos llevó mucho descubrir un pequeño estanque de nenúfares donde las aves, flamencos en su mayoría, sumergían intercaladamente su pie escarlata, haciendo ondular con cada movimiento la nacarada imagen de la media luna refractada en sus aguas. Allí había un banco perfectamente colocado cerca de un añejo sauce, que sollozaba sobre el agua algunas de sus hojas y que nos sirvió de asiento.

—Entonces...¿A ti tampoco te agradan mucho las bodas o es el exceso de gente lo que te molesta?—indagué mientras adoptaba una postura que me permitiera contemplarlo sin resultar tan intimidante. (Cuerpo en forma frontal, giro de cabeza lateral.) Él asumió una pose similar.

—Quizá sea la segunda opción, me siento más a gusto en lugares con menos gente y más íntimos—había algo en la manera de pronunciar esa palabra «íntimos» que intensificó mi cosquilleo interior—. A ti en cambio, es

evidente que no te gustan las bodas.

«¿Tan obvia resulto?» pensé.

—¡Rayos! Creí que mi actuación de la noche había resultado convincente. Tantos años de teatro para nada— bromeé.

—¡Y lo hiciste! Hasta casi pareció que se te estabas abanicando para evitar el llanto, pero luego noté que una abeja estaba volando peligrosamente cerca de tu rostro—¡Era cierto! ¡Malditos y fragantes azares atraedores de insectos!—. Tú actuaste bien, pero yo resulto muy observador cuando quiero.

—Bueno, no me malintérpretes, no es que esté en contra de las bodas en particular, sino que estas no van conmigo. Me parece una innecesaria y excesivamente costosa muestra de cariño, que manifiestan dos personas que saben que se aman, porque para eso decidieron estar juntas. A veces también pareciera que los amantes solo quieren demostrar con ese acto su pertenencia, su posesión sobre el otro frente al resto, sin notar que están sacrificando su libertad en ello. Y luego está ese tema del formalismo y la eternidad...parece tan definitivo pero hipócrita. Porque todos sabemos que el amor se acaba, se extingue, por eso existe el divorcio.

¡Sí que me había esmerado en mi argumento! Nunca lo había dicho en voz alta frente a otro, pero ahora que lo decía me preguntaba si sonaba muy cruda y fría y si pese a mi cuidada pose, había logrado intimidar a Jake con mis palabras. Pero él parecía bastante tranquilo.

—Coincido en algunos de esos aspectos, sin embargo, no creo que el «para siempre» sea hipócrita. Me gusta pensar que si existe el amor verdadero, este está diseñado para durar a lo largo del tiempo, sin que jamás se agote. En cuando a la libertad...en un amor sincero no hay dominio ni pérdida de esta, al contrario, es ese mismo amor el que otorga la plenitud para hacer lo que se quiera, siempre y cuando nuestras acciones individuales no transgredan o hieran al otro.

Reflexioné un momento. No esperaba oír esas palabras de un hombre con una profesión tan libre como la él. Especialmente que pensara en atarse a única persona de por vida cuando era compartido entre tantas otras. Pero bueno, una cosa era el sexo y otra el amor y como dijo, él creía en la fantasía de un amor distinto al común. Creía en el amor verdadero, como el expresado en las páginas de las novelas que yo misma leía, pero que relegaba a ese ámbito ficcional, sin asimilarlo del todo, por no creerlo posible en la realidad.

—Tal vez...En fin, supongo que cada quien puede tener el final feliz que desee, de la forma en que lo desee, y bajo sus propios riesgos—admití.

—¿Y qué es lo que tú deseas? ¿Cuál es tu final feliz Adele?—no sabía qué responder. Me había quedado atónita porque su pregunta me había tomado desprevenida.

Estaba bien segura lo que no quería, incluso lo que anhelaba a corto plazo, pero en cuanto a lo que deseaba a largo plazo, eso era algo más difícil de explicar. Quizá ni yo misma lo sabía con exactitud.

—Por ahora solo me puedo limitar al hoy y mi final feliz del día sería añadir a este momento filosófico y reflexivo una copa de champaña—sonreí esperando que la conversación se desviara hacia una menos embarazosa—. ¿Y cuál sería el tuyo?

—Si hablamos de este día, mi final feliz sería un beso tuyo.

Y acto seguido, sin aguardar respuesta -aunque tenía mi amplia y total aprobación- su mano se afirmó a mi cintura para atraerme hacia su cuerpo, mientras nuestros rostros lentamente y al unísono se iban acercando hasta el encuentro premeditado de nuestros labios.

No fue el beso que había pensado, cargado de esa deliberada pasión que solía derivar en lujurioso sexo, como aquel que había tenido con «zorro travieso», sino que fue uno tierno y cálido. Con sutiles caricias linguales y con las pausas justas, para que nuestro respectivo aliento quedaba entremezclado, fusionado, y donde los suspiros a veces resultaban atrapados, aprisionados por breves momentos, para luego ser completamente liberados.

Después de la ceremonia, entre besos y copas, la fiesta continúa.

¿Notaste esa sensación satisfactoria que produce el volver a respirar luego de estar bajo el agua sumergida? Así me sentía después del beso. Libre de la opresión, más plena, más viva.

Casi como Rose en la proa del Titanic, cuando desplegaba sus brazos al viento, como si intentara levantar vuelo, mientras Leo detrás hacía malabares para evitar que se caiga. Pobre Leo, siempre evitando que su amada muriera de hipotermia en las heladas aguas.

Hacía mucho que nadie me besaba de esa forma. Los besos de Eric eran demasiado empalagosos, lo del *stripper* demasiado apasionados, pero los de Jake tenían esa mezcla justa entre el amor y el deseo que los volvía únicos, incomparables, liberadores y a la vez adictivos.

No es que estuviera haciendo un usufructo de las circunstancias, pero luego de comprobar que la opción uno también incluía besos del acompañante temporal, no pude desaprovecharlos. Y así estuvimos largo rato besándonos, hasta que desde lejos nos llegó el sonido de la música y los aplausos provenientes del interior del salón. Después la voz del animador de la fiesta que anunciaba que las novias bailarían el vals nupcial.

Nos habíamos perdido el primer plato del banquete, aunque la verdad, me sentía totalmente satisfecha. Además sabía que teníamos como otros cincuenta platillos más por delante, entre los que figuraban platos fríos, calientes, salados, agridulces y dulces. Porque la comida en una fiesta y más de esa categoría no podía faltar. Y lo otro era la bebida y la música. Había que mantener a los invitados entretenidos hasta el siguiente día.

—¿Crees que deberíamos ir a ver el vals nupcial?—me preguntó Jake, mientras su mano se deslizaba por mi mejilla en un suave vaivén.

—Debe ser igual a todos los vals nupciales, solo que más lésbico—respondí con desinterés. Lo único que deseaba era estar allí pérdida del resto del mundo, en su singular compañía.

Jake dibujó esa sonrisa ladeada que tanto me gustaba, la que marcaba el

hoyuelo en su mejilla.

—Seguro... Sin embargo, sé que hago mal por retenerte aquí. Me contrataste para acompañarte a una fiesta que nos estamos perdiendo.

¿¡A quién demonios le importaba la fiesta!? Ya había dicho lo que pensaba de las bodas.

«¿Será que tal vez ya se ha aburrido del juego de *solo besos*? » reflexioné. Era probable. La cosa ya se estaba poniendo intensa y lo cierto es que la atmósfera se notaba más cálida. «¿Debo proponerle lo del sexo? Quizá aún puedo contratar esa opción. Le pagaré en efectivo de ser el caso. Una pasada fugaz por el banco, de camino a casa, para extraer los últimos fondos de la tarjeta y listo.»

—¿Adele estás bien?— inquirió Jake y yo parpadeé para salir de mis cavilaciones.

—Sí, sí lo estoy. Tienes razón, vamos adentro a hacernos notar un poco más en la fiesta -aunque pensaba que con el resto de los 298 invitados, la fuga de dos no sería evidente- me levanté a desgano del banco y miré con nostalgia hacia el estanque, hacia nuestros fortuitos testigos flamencos. Dos de ellos habían enredado sus largos y esbeltos cuellos en un particular abrazo, y hundían sus cóncavos picos en el rosado plumaje del compañero.

Al menos ellos podían seguir amándose el resto de la noche sin preocupaciones. #EstúpidosCompromisosSociales.

Llegamos justo para presenciar el baile, en el momento en que las demás parejas se sumaban a las enamoradas. Las novias se deslizaban sobre la pista, de un parqué perfectamente pulido, con tal gracia y estilo, que parecían flotar en el aire, como dos visiones fantasmagóricas de estilo clásico con sus largos y ligeros vestidos blancos.

—¿Quieres bailar?— Jake me ofrecía su brazo mientras hacía aquella pregunta.

¡Cuantos talentos tenía ese hombre! ¡Me mantenía cautivada por completo!

—Seguro— asentí con entusiasmo, mientras tomaba su brazo y avanzábamos hacia la pista.

No me consideraba una mala bailarina -toda una experta en perreo gracias a los muchos vídeos reggeatoneros que había visto- y tampoco me iba mal en bailes un tanto más lentos y sofisticados, porque mi madre me había obligado a tomar danzas clásicas variadas cuando era niña y algo se me había pegado. Además, Jake fue un magnífico compañero, que sabía dirigir sin

someter ni amedrentar (esto es, sin pisarme los pies) y daba espacio para que yo pudiera lucirme en espectaculares giros acompañados por el vuelo del vestido. Aquel tajo de lado me daba la soltura que necesitaba para moverme por la pista sin riesgo, por lo que me sentí de nuevo agradecida con Flo por su excelente elección.

Mientras bailábamos hubo momentos en los cuales sentí que el entorno se perdía y solo me parecía que estábamos los dos, porque mis ojos estaban enfocados en los suyos, en ese océano verde-celeste en el que me iba sumergiendo hasta perderme. Afortunadamente él sí estaba prestando atención al resto del mundo y había evitado varias veces mi abrupto impacto sobre algún que otro cuerpo humano.

La música cesó después de un rato y hubo estallidos de nuevos aplausos. También nos sumamos a estos.

—Bailas estupendo—me susurró cerca del oído dejando un beso sobre mi cuello.

—Y tú igual...—me faltaban palabras, porque las mismas estaban ahogadas por jadeos que intentaba contener en mi garganta, luego de aquel beso.

Después del baile, fuimos a la mesa asignada -que obviamente no era ni la de púbertos, solteronas amargadas, ni la de abuelitas viudas- sino una compuesta por otras damas y sus respectivas parejas -Margaret había sido reubicada hacia la de las solteras en vísperas del reciente plantón-. La mesa era una visión en blanco y oro, desde la mantelería y la bajilla, hasta las flores decorativas.

Comenzamos a degustar algunos de los deliciosos platos seleccionados por las novias, con aprobación de las damas, y que los mozos ya habían distribuido a la perfección sobre las mesas. Estaba demasiado entusiasmada con las cazuelas de codorniz acaramelada a la ciruela. No fue hasta la tercera vez que me serví que me di cuenta que debía controlarme porque, si bien yo no tenía trastornos alimenticios derivados de ridículas inseguridades sobre mi cuerpo, tampoco me gustaba la idea de que mi acompañante me considerara una muerta de hambre, en especial cuando él apenas había probado los alimentos. Dejé la cazuela antes de consumirla.

—Ya no tienes hambre...—aventuró Jake y sentí como enrojecían mis mejillas.

—Quiero dejar espacio para probar los otros platos—reconocí porque en parte era cierto—. Y tú, apenas si has comido, ¿no te gusta lo que

sirvieron?

—Sí, todo se ve exquisito, es solo que no hay mucho que pueda comer un vegetariano—eso explicaba tanto verde en su plato. Se la había pasado a base de ensalada.

—Puedes pedir el menú especial para vegetarianos al chef—le sugerí de inmediato.

De haber sabido sus preferencias gastronómicas de antemano yo misma me habría asegurado de que la mesa tuviera más vegetación que el Amazonas.

En medio de la charla apareció Margaret, quien había dejado su mesa de las solteras en compañía de una extravagante nueva amiga.

—La señora Kane está buscando a su sobrino nieto—comentó—. Es un «adorable niño» de cabello negro y ojos grises, como de esta estatura—hizo un gesto de medida con la mano, colocándola poco más arriba de su cintura. Magui es alta, y más con tacones, así que el niño rondaría el metro veinte—. Pasó corriendo por su mesa hace un rato, pero no ha regresado a la nuestra, ¿lo han visto?

Lo que me resultaba extraño era aquello de «adorable niño» porque Margaret tenía colgado en la frente un cartel de «anti-mocosos», en medio del de decía «soy una perra despiadada» y «me regalo después de tres copas» - yo al menos necesitaba estar más alcoholizada- y por eso desconfiaba de su repentina actitud caritativa. Pero prestando más atención a las finas joyas que lucía su acompañante y a su vestuario, que aunque demasiado brillante a mi gusto (muchos detalles en pedrería) era de alta costura, asumí que su interés no radicaba en encontrar al pequeño, sino en fingir que lo hacía, para pasar por buena persona, y así poder obtener de aquella mujer, algún nuevo beneficio, sea de índole material o publicitaria. A «Magui Tres Senos» le gustaba la fama tanto como a Miley Cyrus y como a ella, estaba dispuesta a cualquier cosa para conseguirla, aunque eso implicara hacerse pasar por Wendy para hallar al «niño perdido»

Las damas, al igual que yo, negamos haber visto al niño. Además eran trescientas personas. Y cerca de la mitad serían niños y adolescentes, sin mencionar que yo solo tenía ojos para Jake esa noche. Para Jake y para la cazuela de codorniz a la ciruela.

—Creo que lo vi saliendo hacia el jardín hace un rato, por esa puerta—era Jake quien hablaba, señalando la puerta cristalina por la que nos habíamos fugado. ¡Qué recuerdos!— Me pareció que estaba persiguiendo a uno de los pavos... o el pavo lo perseguía a él, no estoy seguro.

—¡Muchas gracias por el dato Jake! — «Wendy» ya lo trataba con una familiaridad no otorgada, y casi se lo devoraba con los ojos.

Quería volverla cazuela para devorarla yo a ella, aunque me indigestara.

—Jake...¿Jacob Grey?—la señora Kane había fijado sus desvaídos ojos gris acero también en mi acompañante. ¿Qué les pasaba a estas viejas? Pero más importante, ¿de dónde lo conocía?

Por la expresión de Jake, al notar el reconocimiento de la mujer, me di cuenta de dónde, y era evidente. De hecho quizá alguna otra fémica, entre la numerosa multitud presente, había contratado sus servicios o los de algún otro acompañante temporal en algún momento de su vida.

—Eloisa...—Jake intentó parecer encantador como siempre era, pero yo noté su incomodidad ante ese imprevisto encuentro.

—¿Se conocen?—indagó Magui con interés y antes de que la señora Kane hablara él dijo.

—La señora ha tomado alguna que otra clase de piano conmigo, cuando no estaba de viaje y visitaba su mansión en Nueva York. Fuimos compañeros —puntualizó, no dando lugar a la objeción, por lo que Eloisa asintió.

—Exacto. ¡Y qué clases! Absolutamente gratificantes—insinuó con una sonrisa lasciva—Pero era Jake, más que el profesor de piano, quien se preocupaba por mi aprendizaje. El verdadero maestro era él.

Yo ya me estaba ofuscando con aquella charla que no tenía nada que ver con lecciones reales de piano, sino con sexo, pero Magui, feliz en su ignorancia, seguía preguntando e incursionando en aquella nueva fase artística de Jake que se había descubierto. Y aunque reconocía que mi molestia era irracional porque Jake ni siquiera era mi pareja real, no podía evitar sentirla.

Después de lo que parecieron ser interminables minutos y harta de oír metáforas y frases de doble sentido, cargadas de intencionalidad, por parte de la señora Kane, que insistía con tomar clases nuevas, esta vez particulares, con Jake, dije:

—¿Qué no es ese el moc...niño que andan buscando?

En efecto el pequeño salvaje, porque no tenía nada de adorable, venía con su ropa de etiqueta maltratada y con manchas de barro y césped hasta la coronilla, y algunas plumas tornasoladas de pavo real adheridas aquí y allí en el vestuario. La lucha había sido dura pero el pavo había ganado finalmente, porque ahí estaba «pavoneándose» invicto, exhibiendo su adornado plumaje, por todo el jardín #SupervivenciaDelMásApto. En espasmódico llanto, el niño empezó a llamar a su tía abuela dejando huellas de fango por el parque del

salón.

—¡Oh por el amor de Dios!—ni Dios con su gran amor se iba a compadecer de la reprimenda que le daría la alterada mujer a ese niño—. ¡Arnold ven para acá en este instante! ¡Mira como te has puesto la ropa, joder!

La señora se retiró finalmente de la mesa, secundada por Magui, y un grupo de curiosos que no estaban dispuestos a perderse el nuevo espectáculo que ofrecía la boda.

Tiempo después la situación se calmó y yo no hice ninguna alusión al episodio de la señora Kane porque no quería poner el ambiente tenso de nuevo y porque al fin y al cabo, era su vida, y aquello estaba íntimamente ligado a su profesión.

Lo único que sí le pregunté a Jake era si deseaba irse del evento, pero ante su negativa, allí seguimos, entre cena, baile, y trago. Hasta que llegó el momento del brindis (cursis palabras alusivas incluidas) y el corte del pastel.

Las esposas ya saldrían de luna de miel, luego de algunas fotos más con los invitados, en aquel nuevo «momento inolvidable», que había que plasmar para la posteridad en diferentes dispositivos electrónicos: tablet, celulares, Iphone, cámaras digitales, etc, por si de algún modo se llegara a borrar de los recuerdos memoriales, porque hasta lo inolvidable se olvida, se vaporiza de la mente con el paso del tiempo, pero siempre permanece intacto y a salvo en la nube.

—¡Esto está delicioso!—comentó Jacob luego de su tercera rebanada de pastel.

Al menos me sentí un poco mejor al ver que su apetito igualaba al mío, en lo que a cosas dulces respectaba. También sentí un poco de inquietud de que tuviera un repentino coma diabético por el exceso de azúcar. Pero si las melosas palabras del brindis, de los invitados hacia las novias, no lo habían matado, podía tener una chance.

Por mi parte, cuando me tocó hablar en representación de la mesa de las damas, recurrí a las célebres frases de mis bienamadas novelas románticas para elaborar mi discurso cursi que fue más o menos así:

«Siempre pensé que el amor te volvía estúpido, que amar era destruir; porque el problema de la atracción entre humanos es que nunca sabes si será correspondida... y entonces, las conocí» (parafraseando a Jace Herondale-Cazadores de sombras- y Patch Cipriano-Hush Hush-) Y me di cuenta que estaba equivocada, que a veces hay que arriesgar para ganar, que no se puede tratar de entender el amor porque «el amor es irracional y cuanto más quieres

a alguien, menos lógica tiene todo» (citando a Bella Swan-Crepúsculo-) Pero aunque «cada corazón tiene su propia melodía» (Jem Carstairs, -Los orígenes-) Brigitte y a Ariadne supieron interpretar la de la otra y por eso están juntas dando el gran paso y predicando con su ejemplo que «el amor es lo único por lo que vale la pena luchar» (Daniel Grigori -Oscuros-) pues simboliza renacimiento y esperanza «como el diente de león de primavera » (Peeta Melark-Los juegos del hambre-) ¡Salud por ellas y su amor! «Y que la suerte este siempre de su lado» (Effie Trinket-Los juegos del hambre-)

Finalmente, las flamantes esposas se despidieron del descomunal grupo, con un saludo general, y subieron a la limusina que las llevaría al aeropuerto rumbo a Paris. Aunque no era el único destino que tenían. La luna de miel incluía un tour por diversos países de Europa, por lo cual no veríamos a esas dos por algún tiempo.

Al principio, esa idea me había entusiasmado más que en ese momento que me sentía influenciada por el alcohol, el azúcar y los adictivos besos de mi acompañante. Sin embargo, ni una lagrima había derramado, pues por más sensibilizada que pareciera no era mujer de llanto fácil. Al igual que un buen vino, reservaba mis lágrimas para ocasiones especiales.

—¿Quieres que vayamos a bailar de nuevo con el resto de los invitados hasta el amanecer o ya quieres largarte?—me interrogó Jake y la respuesta era tan obvia que de más está relatarla.

El camino de vuelta se me hizo demasiado corto, y aunque hubo música (un repertorio seleccionado por él esta vez, que no difería demasiado del mío) ambos estábamos cansados para el karaoke, y yo estaba especialmente ebria. Jacob por su parte no había bebido tanto, apenas un par de copas, entre la comida y el brindis, pues debía conducir y devolvernos a salvo.

Cuando llegamos a la puerta de mi departamento de inmediato le pregunté si gustaba pasar. No estaba tan ebria como para olvidar las normas de cortesía, pero sí para olvidar pasar por el cajero antes.

—¡Claro! Así de paso me aseguro de que llegues sana y salva a la cama—hasta ese momento noté que mi cuerpo estaba ligeramente apoyado en el suyo, que me servía de sostén.

—¡Estoy bien, no te preocupesss...soy una mujerrr adulta que sabe cuidarse bieeenmn!-respondí, arrastando un poco las letras.

Y entonces lo solté y me quité los tacones para mayor comodidad, mientras me dirigía a la cocina y él se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el sofá.

—¿Quieres un trago...o un café?—le pregunté, al tiempo que comenzaba el temprano proceso de desintoxicación y bebía un gran vaso con agua.

—¡Un café suena perfecto!—confirmó y luego añadió—. ¿Te la pasaste bien esta noche?

Quizá estaba haciendo su «encuesta de calidad del servicio» pero sonó con un interés demasiado real.

—La pasé de maravilla. Me divertí mucho en tu compañía...¿y tú?—indagué, mientras me enfocaba en la preparación del café, pero echaba miraditas furtivas hacia él (ventajas de que el depto pareciera un loff)

Observé que Jake me contemplaba con la sonrisa plasmada en su mirada y poco a poco fue acercándose, posicionándose del otro lado de la barra frente a mí.

—La noche fue sensacional, porque tú lo eres Adele—mi corazón se estaba derritiendo ante sus palabras. En tanto, ya no sabía la medida de café que había echado al interior de la cafetera—. Lo digo en serio, esto no es parte de mi trabajo, nada en esta noche lo fue. Cada gesto, acción, palabra que dije fue genuina—su tibio aliento con un leve gusto cítrico, efecto del pastel de bodas, me estaba envolviendo, y me sentía víctima de un fragante embrujo.

Además aquella revelación había causado estragos en mi musculo cardíaco. No estaba segura de que siguiera latiendo, parecía que estaba detenido, o quizá los latidos se habían incrementado a tal punto que ahora se oían como un zumbido y pasaban desapercibidos. En cualquier caso, me sentía en éxtasis, en transe temporario.

—Jake, me halagas en serio y más que eso...me encanta que digas esas cosas—respondí cuando recuperé el habla sintiéndome repentinamente acalorada —También fui absolutamente sincera contigo esta noche en todo lo que hice o dije.

—Eso lo sé, y por eso digo que eres sensacional. Hasta pasaste la pregunta del millón hoy—fruncí ligeramente el ceño sin entender de qué hablaba pero antes de que indagará prosiguió—. No preguntaste sobre por qué elegí esta profesión, cosa que han hecho el noventa por ciento de mis clientas.

—Oh ya veo—me encogí de hombros—. Creo que es algo demasiado personal para preguntar en la primera...—iba a decir «cita» y me retracté al momento—salida. Además, es obvio por qué escogiste esto: desenfrenado sexo sin compromiso y buen dinero. ¡Hasta yo he considerado cambiar de oficio!—bromeé, y él lo sabía pues rio conmigo.

—En parte lo hice por eso pero también...—sus ojos buscaron los míos,

tras sus espesas pestañas un tono más oscuras que su cabello—hay una historia algo triste y traumática detrás de esto, que involucra obviamente a mis padres (trauma era sinónimo de padres)— confesó con cierto pesar reflejado en su voz. Yo coloqué una mano sobre la suya envolviéndola.

—No tienes que hablar de esto sino quieres cariño, como dije es muy personal.

Él lo consideró un momento, hasta que la cafetera anunció con el típico «beep » que la infusión estaba lista para ser servida.

—Tienes razón, esperaré a la siguiente «cita »—me guiñó el ojo volviendo a formular su despreocupada sonrisa.

«¿¡Habrá otro encuentro entonces!?» pensé. Definitivamente esa era mi noche. La noche en la que ese sádico destino se había tomado vacaciones conmigo.

—Totalmente de acuerdo— confirmé y llevé su mano a mis labios dejando un corto beso en su dorso, aunque debí soltarlo para retirar las tazas de la alacena, y buscar el azúcar y la crema para preparar la infusión—. Entonces, ¿cómo te gusta?—pregunté con inocencia.

—De preferencia, en la cama...

Y esas palabras fueron el broche de oro de la noche y la última frase pronunciada.

Onceavo mandamiento: NO dormirás con un prostituto.

Si bien aquello de las clases de piano había sido una completa farsa, las manos de Jake tenían habilidades artísticas, sobre todo para quitarme de una pieza el vestido sin desarmar el peinado.

Debajo solo tenía unas diminutas bragas de encaje color carne, y aparte de eso ya estaba completamente desnuda. Él en cambio, aún conservaba mucha de su ropa puesta, aunque al menos había logrado quitarle la camisa, luego de un tiempo que pareció interminable, pero valió el esfuerzo, pues pude vislumbrar y recorrer aquel abdomen marcado y firme bajo mi tacto.

Nuestras bocas no tardaron en encontrarse de nuevo en besos más apasionados, aunque estos esta vez no se limitaban solo a nuestros labios. La mía comenzó a recorrer las curvas líneas de su cuello, primero en sutiles y ligeros besos, acompañados de otros más profundos y prolongados, mientras me iba empapando de su propio perfume, aquel que de su misma piel brotaba, dulce, fragante, intenso.

En tanto, sus expertas manos recorrían mi cuerpo en marcadas caricias que aumentaban mi propio deseo, arrancaban suspiros de mis labios y creaban pequeños espasmos en mi vientre, que en una suave fricción contra el suyo se sentía ardiente, cándido.

Mis manos, un poco más tímidas que las suyas, pero igual de anhelantes iniciaban trazos simétricos por su esbelta espalda, para luego bifurcarse hacia sus hombros y musculosos brazos.

Sentí el borde blando de la cama chocando contra mis piernas y ese fue aviso suficiente para tomar el impulso y recostarme. El cuerpo de Jake, no se había despegado del mío ni un instante y su peso ejercía presiones diferentes sobre distintas áreas erógenas de mi cuerpo. Llevó su mano hacia el broche de su pantalón para comenzar a desprenderlo y lo ayudé para que pudiera quitárselo.

Atiné a mirar su bóxer color negro azabache que le hacía perfecta justicia a su virilidad, lo cual aumentó más mi ya elevada temperatura corporal. Mordí

mi labio inferior en tensión pero ni eso puedo evitar que jadeara, cuando fue el turno de su boca de recorrer por mi cuerpo. Sus besos eran en definitiva más ávidos, vehementes en cada movimiento de succión que avivaba mi fuego interno, inútilmente atenuado por el húmedo paso de su lengua por mi cuello. Aquella fue abriendo senderos nuevos hacía mi oreja, donde jugueteó un poco, mientras sus dientes rasgaban finamente mi lóbulo y su tibio aliento me llenaba de murmullos placenteros.

Profundicé las caricias en su cuerpo, volviéndolas constantes, tempestuosas, al tiempo que mis piernas, ya ligeramente abiertas, comenzaban a flexionarse a ambos lados de su cintura, en una nueva pose que provocaba un roce de su erecto miembro contra mi humedecida intimidad, mucho más efusivo y enérgico. Y entonces su boca cambió su trayectoria hacia abajo, imprimiendo más besos por el viejo sendero que había diseñado, llegando hacia límites diversos. Primero, mis pechos, que bajo el esmerado masaje de su mano, se sentían firmes, duros, y cuando su boca se posó sobre estos, en continuas succiones, mis pezones se pusieron aún más erguidos, erectos y dispuestos. Volvía a inundar el cuarto con suspiros, gemidos y jadeos, lo cual aumentaba más su propio ímpetu y su deseo.

Dejó un mordisco delicada sobre uno de mis pechos, para pasar al otro e iniciar nuevamente el trabajo con el mismo cuidado, mientras mis uñas se hundían en su vientre plano de una manera volátil, frágil, que era generadora de intensas sensaciones pero que no hacía daño. Jake se mantuvo así largos minutos hasta decidió continuar descendiendo pasando por mi abdomen un poco más dócil y menos trabajado, regalándome de forma gentil besos más delicados. Hasta que llegó a la zona pélvica, y con igual destreza retiró de mi cuerpo mi última prenda, reemplazando el roce sedoso de la tela por el de sus labios tersos y su lengua. Sus manos dirigían mis piernas, para que mi intimidad quedaba más expuesta, al tiempo que su diestra boca la recorría entera, en rítmicos movimientos de vaivén de su lengua, que exploraba de manera entusiasta aquellos nuevos labios, y giraba en mi clítoris con ligereza. En su cíclico juego a veces comprimía y succionaba, aprisionando y reclamando primero, liberando y soltando luego, creando inofensivas corrientes eléctricas que se expandían por las terminales nerviosas de mi cuerpo y eran culpables del erizo de mis vellos y los audibles jadeos. Al tiempo, mis manos habían encontrado un acogedor sitio en su cabeza, donde mis ansiosos dedos se hundían en sus sedosos cabellos o tironeaban levemente de esos, acompañando la magnitud de sus movimientos linguales.

En un momento, antes de que el orgasmo se hiciera imposible de contenerlo, y en un muy esforzado intento de autocontrol, le pedí que parara y él con un último beso se despidió de aquella área, volviendo hacia mis labios, con sus ojos radiantes tan fijos en los míos, como barcos azules, anchados en un puerto.

Lo besé largo rato, llenándome de él y de mí al mismo tiempo, mientras mi mano propinaba un masaje a su miembro y comenzaba a bajar su slip, que para esas alturas era un impedimento. Lo aparté con cariño para poder retirar la prenda por completo y en un camino inverso al suyo, fui besando sus atléticas piernas, libres de vello, hasta llegar al punto convergente de su pelvis, comenzando a masturbar su rígido miembro. Poco a poco mi boca se fue uniendo a la maniobra, primero en besos tímidos y luego mucho más sueltos, dejándome llevar por la febril pasión dueña de mi ser en ese momento. Las succiones se intensificaron poco a poco y el detallado paso de mi lengua por su escarpada piel volvía más tenso y menos caprichoso ese terreno. Y cuando lo sentí ardiente de deseo, y palpitante dentro de los húmedos abismos de mi boca, a donde era arrastrado en ocasiones, lo liberé del todo, y fui subiendo hacia su tibio oído primero donde dejé algunas íntimas palabras seguidas de fugaces besos. Después volvimos a recuperar la cotidianidad del beso, sellando la conocida unión de nuestras bocas con la de nuestros cuerpos. Sentí en esa acción la gloria que implica unir dos piezas en apariencia desiguales, en aquel único punto del encastre que las conecta y vuelve parte de un mismo diseño, impecable, singular y perfecto.

Su cuerpo se movía contra el mío, a veces a la par, a veces en movimientos propios, desiguales, algunos concéntricos y otros oscilantes, con embestidas firmes y constantes, penetraciones hondas o fugaces. A veces cambiando de pose o de puesto, recorriendo la cama ya revuelta de lado a lado, de ancho a largo. Hasta que en un momento, él quedó sobre mí y mis manos se entrelazaron a la suyas en renuencia a soltarlas por un rato, mientras me dedicaba pacientemente a contemplarlo, reteniendo cada detalle de sus gestos y actos. Cerré mis ojos luego registrando el recuerdo, guardándolo, poniéndole candado, con la ferviente esperanza de que permaneciera inalterable en ocultos archivos memoriales. Y así, con mis ojos cerrados, sin la distracción de su sensual imagen me dediqué solo a las sensaciones, al impacto de su pelvis contra la mía, al rose de nuestros respectivos vientres, y al latir de nuestros agitados corazones, latiendo contra el pecho del otro.

Ese fue el éxtasis para mí, la cúspide máxima del placer que pude sentir,

donde las sensaciones físicas y mentales convergieron, para fusionarse y dejarse fluir.

 Mi orgasmo precipitó el suyo casi al mismo tiempo y sin reserva, puesto que era yo quien me cuidaba, y así ambos fluidos se alearon de manera libre y sin riesgos, en ese último paso, donde también se amalgamaban y se unían nuestras almas.

No fue la cigüeña, culpen a Mortdecai.

Dos semanas después...

—¡Adivina el notición que tengo para darte!—era Alice la que hablaba, luego de dejar su taza de café sobre la graffiteada mesa de la cafetería de la esquina, de la que éramos clientas frecuentes, por la tranquilidad que ofrecía el ambiente y su exclusividad. En realidad por fuera el lugar tenía fachada de antro, por lo cual no era muy frecuentado por la gente, pero el café que servían era como ambrosía de Dioses y a un precio bastante módico. Además tenían un servicio garantizado de rapidez y excelencia, también derivado de la escases de clientela.

Mi cobriza amiga ya había vuelto de su viaje, más «*bronceada*» que una estatua, y con nuevo corte de cabello. Su estadía de fin de semana se había prolongado bastante más que eso, casi a una semana. Después ambas habíamos estado tan ocupadas en nuestros asuntos que casi ni nos habíamos hablado, mucho menos visto. Pero en los escasos mensajes nos habíamos contado casi todo lo importante, así que calculaba que este «notición» al que hacía referencia era bastante reciente.

—A ver déjame pensar...¡Ya sé! Por efecto de algún poder sobrenatural que afectó la página web, todas las obras de los escritores con talento desaparecieron de Wattpad y aumentó considerablemente mi número de lectores.

—¿Qué? ¡No! No es eso—Alice reía—. Se trata de una noticia que afecta a mí directamente.

—En ese caso...Tu novio ha adquirido sentido de buen gusto y decidió afeitarse su ridículo bigote Mortdecai.

Ella frunció visiblemente su entrecejo.

—¡Deja en paz a su bigote!—negó al tiempo, relajándose un poco—. Tampoco es eso, pero digamos que lo que tengo que contarte también lo involucra a él.

Ya me estaba alterando por el tono que adoptaba la conversación. Y ella tenía cara de póker, no dejaba ver nada.

—¡Ay Alice, por favor! Dime que no contrajiste alguna rara enfermedad del trópico y que no estas convaleciente. Sabes la impresión que me da donar sangre y lo apegada que soy a todos mis órganos, pero si necesitas compañía en tu lecho, seré más que incondicional contigo hasta que la muerte te reclame.

—Lo sé cariño, y no es eso, la noticia no involucra muerte sino todo lo opuesto—y sin más miramientos dijo—. ¡Estoy embarazada!

Vale, eso sí me descolocaba y me dejaba confusa. «¿Está emocionada o conmovida por la noticia?» me pregunté.

A Alice se la veía entusiasmada, porque una vez dicha la noticia, esbozaba una radiante y maternal sonrisa. Esto es: sonreía bobamente como toda madre primeriza que no tiene ni idea de todos los inconvenientes que traía el embarazo y la maternidad en los primeros meses.

Pero, ¿por qué iba a destruir su felicidad yo? No quería convertirme en su Grinch personal anti-maternidad y ganarme su odio.

La dejaría que viviera su ilusoria experiencia lo más que pueda para que luego descubra por sí sola el pesar que esta experiencia conlleva. El cambio de su cuerpo, las estrías, los vómitos, mareos, kilos de más durante el embarazo; los indescriptibles dolores de parto; la cuarentena, el entuerto y flatulencias del posparto y por supuesto la dejaría que viva en carne propia los desvelos de madrugada por el escandaloso llanto de su hijo, causa que adornaría su rostro con ojeras, los constantes cambios de olorosos pañales y las nuevas manchas junto, al «fragante aroma» de leche cuajada que pasarían a formar parte de su vestuario.

Cuando la terrible realidad le cayera encima por sí sola, yo estaría ahí también para apoyarla, como ahora para disfrutar con ella la noticia.

Y esto no era falsedad de mi parte, no le decía mentiras, solo hacía omisión de información que pudiera alterarla o angustiarla y que además no sería bien recibida, y sobre todo como buena amiga la protegía lo máximo posible de estas cuestiones.

Cuando llegara el momento inevitable de la verdad podría culpar a las circunstancias, a los precarios métodos anticonceptivos, incluso a su pareja, por dejarla embarazada y someterla a tal suplicio y no a mi, testigo casual de los eventos del destino.

—¡Te felicito!—dije casi de inmediato y la abracé fuertemente rodeando la mesa.

—¡Te juro que esto me toma por sorpresa tanto como a ti Ely! Pasó seguramente en aquel fin de semana romántico (era un hecho, culparía a Mortdecai por esto) Tal vez antes... Hubieron demasiadas noches de pasión, algunas sin mucho recaudo, en las que nos dejamos llevar por el climax del momento... tú me entiendes.

Claro que la entendía, pero por qué impiadosa necesidad Alice se sentía con derecho de hacerme representar las imágenes de ella y su pareja (horrible bigote en medio) teniendo sexo. Es decir, yo le conté también lo mío y lo de Jake, a grandes rasgos, pero al menos ahí tenía material pornográfico de calidad con un experto en la materia que encima era guapo.

—Entiendo, claro... Ahora que ya es un hecho concreto lo de tu maternidad a vivir al máximo los buenos (escasos) momentos que tienes por delante hermosa.

—¡Claro que sí! Hay tantas cosas nuevas, cambios en mi estilo de vida, en mi cuerpo -al menos se daba cuenta de eso. No estaba tan ciega como pensaba- pero bueno, todas las mujeres que son madres dicen que no hay nada más lindo que esta experiencia y que la mirada enternecedora de tu hijo, o el hecho de que te llame «mami» con su voz de infante, no tiene precio. Supongo que eso compensa todo lo negativo del embarazo.

El punto al que Alice deseaba aferrarse era ficticio pero necesario para transitar esta situación en la que inevitablemente se veía envuelta -pues ella no estaba a favor del aborto, lo opuesto que yo, que soy una feminista defensora de los derechos de la mujer sobre su cuerpo y eso incluye decidir el momento en el que embarazarse-. Y de nuevo yo me ahorraría mi opinión de que las mujeres que veían esos puntos positivos estaban frustradas, pero complementemente resignadas.

—¡Entonces aferrarte a lo bueno cariño! Yo estaré aquí para apoyarte pase lo que pase— eso era totalmente honesto.

La llevaría al gimnasio para que recupere su peso, le invitaría un trago (cuando ya no estuviera amamantando claro) para ayudar a que se relajara de su nuevo y extenuante trabajo de tiempo completo, incluso sería la instigadora del divorcio y posible abogada defensora (aunque tuviera que estudiar leyes para eso) en caso de que a su novio se le ocurriera no colaborar con la crianza del niño y su cuidado, amparado por absurdos y retrógradas fundamentos derivados del patriarcado. Cuando tuviera que dejar la casa y su familia y empezar de cero, incluso pagar una cuota alimenticia exuberante, les aseguro que aquellos principios machistas ya no le estarían sonando tan geniales. Y

haría muchas cosas más por mi amiga, incluso...

—¡Quiero que seas la madrina!—soltó ella de pronto.

¡Y seguían las excelentes noticias! Aquello no estaba en mis planes, pero vale.

—Claro que sí. ¡Acepto!—algo en mi interior me decía que no estaba entendiendo muy bien el concepto de ser madrina. Pero no deseaba ponerme a reflexionar sobre eso ahora, pues ya había meditado bastante. Además cuando más lo pensara, más obligada me sentiría a aceptar el cargo. Prefería mostrarme bien dispuesta ahora. #FelizConMiIgnorancia—. Me honras guapa.

—Me alegro tanto de oír eso Ely, porque no podría hacer esto sin ti y sin mi novio claro—reconoció la futura madre.

—Entonces, ¿sigue teniendo ese cargo? El de «solo novio». Pensé que después de esto se casarían o se irían a vivir juntos...

—Bueno, lo de casarme no creo, en ese punto nos parecemos tú y yo—era cierto, ambas opinábamos muy similar respecto al matrimonio—. Pero tal vez sí vivamos juntos. Otro de los motivos de irnos a esa escapada romántica, era probar la convivencia.

¡Y qué bien les había funcionado! Aquel experimento vino con tremendo regalo. En fin, esperaba que el hecho de vivir juntos no llenara de hijos a mi amiga. Al menos por nueve esos estaría a salvo y yo procuraría regalarle una buena dotación de anticonceptivos eficaces para el Babyshower. Los regalos no solo debían ser para el futuro retoño, también había que pensar en la madre.

—Me parece muy bien—me limité a responder.

Los padres deben estar juntos por el bien de sus hijos, mientras el amor dure, y la convivencia les funcione. Pero cuando descubres que aparte del niño, ya no te queda nada en común con tu querido, cada cual debe tomar caminos separados, por el bien de la criatura, pero sobre todo por el propio.

—En fin, ahora cuéntame tú, ¿cómo vas con Jake?—bebí el resto de café ya frío, solo para no atragantarme.

Lo que tenía para decir al respecto no era para nada gratificante.

Todo había sido fantástico aquella noche, incluso compartir un momento sexual-romántico con ese hombre había dado impulso a mi vida y nuevas perspectivas, además de ánimo. Pude terminar la noticia que estaba escribiendo, salvando así la reputación de J.K Rowling y de paso realicé dos más, para compensar el atraso, cosa que me ganó el favor de Jack de nuevo, y ni hablar de la incorporación al trabajo y la restitución del salario. Con eso le pagaría a Alice, aunque me quedara en cero.

Lo malo es que todas las cosas fantásticas tienen un breve tiempo de caducidad para ser consumidas y menos mal que aproveché los aspectos positivos mientras duraron porque después todo empezó a decaer de nuevo.

Cuando nos despedimos con Jake, a la mañana siguiente todo parecía estar de lo mejor entre nosotros. La habíamos pasado muy bien en la boda, habíamos tenido verdaderos «momentos de conexión», aparte del momento íntimo e incluso estaba la promesa de una próxima «cita» Eso había sido lo que me mantuvo activa, optimista, pero conforme pasaron los días, no supe más nada de él, no recibí ni una llamada, ni una visita y como no tenía sus datos, a parte de los contenidos en la tarjeta de presentación, que me derivaban a la agencia, tampoco hice contacto. Por eso y porque no quería convertirme en la típica fémica desesperada y acosadora.

Entonces comencé a reflexionar sobre los eventos de aquel día y pensé que quizá sus palabras habían sido ciertas parcialmente. Podría haber sido sincero en lo que dijo, o hizo, pero también estaba cumpliendo un trabajo y lo del sexo gratis, había sido mera publicidad. Por eso se había mostrado tan encantador hasta la despedida y luego de eso ya no quedaba nada, tan solo los recuerdos de lo vivido y quizá la esperanza de un nuevo encuentro, pero a partir de otra contratación del servicio, donde sí debería pagar por el sexo.

Me empecé a sentir mal por los rumbos hacia donde me llevaban mis pensamientos. #TristementeUsadaPorUnProstituto. Así que los empecé a suprimir y decidí ya no pensar en eso, ya no pensar en Jake y continuar con la rutina de mi vida como siempre lo había hecho. No dejaría entrar a la desidia de nuevo.

—No quiero hablar de Jake, Alice—mi amiga puso cara de preocupación.

—¡Oh no!...¿quieres que abandonemos la cafetería y nos larguemos a un bar?—sugirió al momento.

—No es necesario, estoy bien, pero no quiero hablar de él, es todo. Además, tú no puedes beber—señalé y ante la próxima venida de la mesera, aproveché la ocasión para pedir la carta de postres—. Te acepto algo dulce, sin embargo. Mis niveles de azúcar están más bajos de lo usual.

—Está bien, escoge lo que quieras—respondió, al tiempo que también miraba con ansiedad y entusiasmo la lista de postres. (Y ahí estaban aflorando los benditos antojos. Quizá era una de las exiguas ventajas del embarazo: podías comer desafortadamente echándole la culpa de tus excesos a tu estado) —. Pero, aunque no quieras hablar de Jake, de su persona en particular,

podrías decirme ¿cuál fue el detonante para tu cambio? La última vez que hablamos, estabas muy feliz de haberlo conocido.

Alice me estaba preguntando lo mismo con distintas palabras, algo que siempre hacía para sonsacarme información de todas formas, por más mínima que fuera.

—Vale...—dije resignada—. Lo que pasó fue que él desapareció de mi vida con la misma rapidez en la que llegó. Pero no lo culpo, tampoco es que en serio hubiéramos tenido una cita, por obvias razones...—miré alrededor bajando la voz—que involucran su profesión prostibularia.

La mesera, una chica de unos veinticinco años a la que nunca antes había visto, aunque nunca veía más de dos meses la mismas empleadas (probablemente no duraban por la mínima paga) había retornado para anotar la orden.

—Quiero un trozo de pastel de limón, por favor.

Necesitaba algo dulce, pero tampoco la exageración y el limón aportaba el toque ácido de equidad.

—Tarta de queso para mí, gracias— añadió Alice y cuando la mesera se retiró, prosiguió la charla.

—Pero él te dijo que había sido una cita y además te habló de su interés por ti...Incluso estuvo lo del sexo gratis—murmuró.

—Gracias por hacerme notar de nuevo lo que no quiero ver, ni admitir en voz alta: que todo fue veinte por ciento interés y ochenta por ciento manipulación publicitaria.

—¡Vamos Ely! ¿En serio deseas pensar eso?

—¿Con qué otro pensamiento justificarías el hecho de que no me ha buscado más luego de ese día, teniendo todos los medios para hacerlo? —mi tono de voz sonaba ofuscado.

Por suerte, la mesera estaba volviendo (ya había hecho un surco en el suelo con tantas idas y vueltas) con nuestros pedidos, otorgándome tiempo a que me calme.

—Que lo disfruten— dijo la morena sonriendo y me guiñó un ojo de sus rasgados ojos negros especialmente a mi, aunque mi amiga se dió cuenta. Me sentí un poco ruborizada por su acción, pero sonreí igualmente, sobre todo cuando me entregó una enorme rebanada de pay con crema extra.

—Hay muchas razones que podrían justificar su ausencia, hermosa; una enfermedad, una imprevista salida al exterior, un accidente, Dios no lo quiera, incluso una semana intensiva de trabajo. A nosotras nos pasó, apenas tuvimos

tiempo para intercambiar unos pocos mensajes en Whats, Facebook, Twitter y comentarios en Instagram —intentó consolarme—Lo que trato de decir es que no lo relaciones directamente contigo. Sabes que a pesar de su profesión, él podría haberse enamorado de ti, o al menos resultar atraído. Tienes un gran encanto, hasta la mesera lo notó y eso que solo vio tu exterior. Ni hablar de tener la dicha de conocerte, como yo, o incluso como él lo hizo brevemente. Es seguro que acabaría amándote de verdad.

Vale, ni el ácido cítrico del pastel de limón podría cortar la melosidad del momento. Pero no me disgustaban las cursis palabras de mi amiga, sino todo lo contrario, era agradable cuando las pronunciaba. Me hacían sentir especial, elevaban mi auto estima y provocaban que amara a Alice aún más. Estiré mi mano para tomar la suya, antes de que pudiera llevar otro último trozo de pastel de queso a su boca, (se lo estaba acabando muy rápido) y la acaricié suavemente, con una sonrisa y una visión algo más optimista.

—Gracias por eso. De nuevo, sobra decir lo mucho que te quiero y que tu amistad es una de las pocas cosas que aportan alegría a mi vida

Cuando ella se disponía, probablemente para aportar nuevas palabras cursis, pues ya tenía las lágrimas cristalizadas en sus ojos, su teléfono comenzó a vibrar sonoramente, interrumpiendo el momento.

—Acaba de llegar mi resumen de cuenta de la tarjeta dorada—musitó, «limpiándose» las contenidas lágrimas, que finalmente no saldrían. Y yo estaba agradecida por ello (tenía un serio problema, que implicaba parálisis y mudismo, con la gente que lloraba frente a mi)

—Te pagaré a la brevedad Alice, ya me han restituido el salario—me apresuré a decir. El pago de la tarjeta era algo que me inquietaba y preocupaba mucho—. Y no me molesta vivir a base de leche de soja o tofu todo el mes, no viene mal desintoxicarse de carbohidratos y grasas, de vez en cuando.

Ella entre tanto ojeaba el detalle de los gastos en su móvil, sin prestar cuidado a lo que decía.

—¿Qué dices? Tranquila... no te excediste tanto. Ropa y accesorios para la fiesta, lo cual había previsto, algunos cócteles en la despedida de soltera, que también había previsto...¿pago por un stripers?...¡Eso tendrás que explicarlo! Y nada más. Queda bastante saldo disponible.

—¿Cómo qué nada más? El pago de los servicios de Jake tiene que estar.

—Pues no, no está —corroboró ella, enseñándome la pantalla para que pudiera verlo con mis propios ojos incrédulos.

—Estoy confusa...¿te llegará en el próximo resumen?

—No creo que la agencia espere tanto para efectuar el cobro—siguió ojeando la pantalla, deslizando su dedo hacia abajo—¡Oh mira! aquí está. La transacción se realizó, pero luego me reembolsaron el dinero.

—Y eso lo hicieron porque....

—Es como si el usuario hubiera contratado un servicio y cancelado antes de su uso, por lo cual el saldo se reintegra a la tarjeta de inmediato, como si el negocio jamás se hubiera efectuado, ¿comprendes?—explicó y enseguida dio un ejemplo más claro que me hizo ver la estupidez de mis razonamientos anteriores.

En resumen, me hizo dar cuenta que Jake no mentía en nada. Lo nuestro sí había sido una cita real, no un trabajo y yo me había comportado terriblemente al juzgarlo.

La llamada

—*Usted se ha comunicado con la agencia de Escorts masculinos «Soy todo tuyo» Por favor escuche con atención las siguientes opciones:*

Marqué la número cuatro «comunicarse con un representante de la empresa», sin esperar a la que operadora continuara. Ya había adquirido experiencia en este asunto.

Después de la charla con Alice y a la luz de las nuevas evidencias había decido ser yo quien contactara con Jake y como el único medio de contacto que tenía era el número de la agencia donde trabajaba, ahí me estaba comunicando, después de que mi búsqueda por las redes de Jacob Grey, resultara infructuosa y agotadora (aún personalizándola había más de dos mil personas con ese nombre en la ciudad de Nueva York, así que por cansancio decidí abandonarla, no sin antes dar un pequeño stalkeo en los muros de los Grey casados con mujeres que no llevaban el apellido Steele, para comprobar su estado de felicidad.)

Aguardé en línea, procurando no concentrarme en la recurrente melodía pegadiza, mientras me dedicaba a pasar el nivel cincuenta del Candy Crush Saga. Aunque eso no ayudaba a apaciguar mi ansiedad pues estaba en estado de evidente alteración ya que había agotado mis vidas y premios y esta era mi última chance de ganar a menos que algún buen ciudadano se compadeciera de mí y me ayudara.

Había aprovechado el tiempo libre del almuerzo para realizar dicha llamada desde mi trabajo, para no gastar crédito del móvil y también había escogido esa hora porque era la más tranquila, ya que el lugar estaba menos transitado.

—Buenas días, mi nombre es Richard ¿en qué puedo ayudarle? — preguntó finalmente una voz humana al otro lado de la línea.

—Buenos días, quería saber cómo contactar directamente con uno de los escorts que trabajan en la empresa. Su nombre es Jacob Grey.

—¿Ha tenido usted algún inconveniente con su servicio? Si es así puede realizar la queja correspondiente marcando la opción dos.

—No, no es eso, todo lo contrario, estoy muy conforme con el servicio - satisfecha por completo- Es solo que deseaba comunicarme directamente con

él por otro tipo de asuntos.

—En tal caso, lamento comunicarle que la empresa no puede facilitar datos del personal. Es parte de nuestra política de privacidad.

Ya temía que me dijeran eso, así que tenía un as bajo la manga.

—Entiendo eso...pero verás, soy periodista del New York Times, columnista en la... «Sección cultural» y estoy trabajando en la realización de un artículo que apunta a desmitificar la mala reputación que gira en torno este tipo de agencias, siendo la suya seleccionada como ejemplo de buen nombre por la calidad del servicio ofrecido y la categoría de sus profesionales- eso era cierto, incluso se aseguraba que el estado de salud de los acompañantes fuera óptimo- Como recientemente he tenido el agrado de comprobar, gracias a la impecable labor desempeñada por el señor Grey. Es por eso que me urge contactarlo en persona y de manera inmediata, debido a que se comprometió a darme una entrevista exclusiva, que narre en detalle su trabajo y los propósitos y metas sobre las cuales se ha construido tan «distinguida empresa», testimonio fundamental para la realización de dicho artículo.

El representante oía atentamente mis argumentos, seguramente evaluando mis palabras.

—Mmm siendo sincero señorita, es la primera vez que alguien llama para algo así...Pero suena importante lo que dice, así que la voy a comunicar con uno de los dueños y a ver si se entiende con él. ¿Podría darme su nombre y algún número identificatorio que corrobore su identidad laboral? Y luego sea tan amable de aguardar en línea, por favor.

Le proporcioné los datos que figuraban en mi credencial de periodista y aguardé, mientras el representante hablaba con alguno de sus superiores, para explicarle el asunto, al tiempo que corroboraban que la información que les había otorgado sobre mi identidad fueran datos fehacientes. ¡¿Quién sabe cuántas desquiciadas acosadoras llamaban a diario?!

Mis nervios me estaban consumiendo y por sobre estaba perdiendo otra vez en el Candy, pero mantenía la esperanza de que al menos mi plan funcionara. Y si no me vería forzada a recurrir al plan b, el cual consistía en acampar día y noche frente a la agencia para ver si en algún momento me topaba con Jake.

La contratación ya no era una opción, no disponía del suficiente dinero para realizar la operación y no tenía tanta cara para volver a pedirle la tarjeta de crédito a Alice ahora que el saldo pendiente estaba cubierto.

En resumidas cuentas, un mes a tofu y leche de soja lo soportaba, pero ya

dos, era demasiado.

—Muy buenos días señorita Thomson—dijo una nueva voz mucho más grave y rasposa que la primera—. Mi nombre es Michael Duncan (nada que ver con el actor) Presidente y Fundador de la Agencia de Acompañantes Temporales «Soy todo tuyo». Mi empleado me ha comunicado sobre su interés en nuestra organización y realmente debo decir que me siento halagado en que hubiera reparado en nosotros para la realización de dicho artículo. Como sabrá la publicidad y el marketing es fundamental para nosotros y lo cierto es que, a pesar de la «modernidad» de nuestros días, la mala información circundante en torno a nuestros servicios y las falaces versiones surgidas de la ignorancia de algunos grupos e instituciones que nos ligan a la prostitución vulgar y al esclavismo, nos han restado varios clientes potenciales...

—Lo entiendo a la perfección, señor Duncan—lo interrumpí. Al parecer la entrevista me la estaba dando él vía telefónica—. Y es mi propósito desmitificar con el mencionado artículo esas versiones circulantes para que el público tenga una visión clara de la situación; y si logro aumentar su clientela dando un «fresco y renovado panorama» a cerca de su empresa mucho mejor. Pero para iniciar con la tarea es imperativo entrevistar a uno de sus escorts, el señor Grey —insistí.

—Pero, ¿es eso necesario? ¿No preferiría una exclusiva del Presidente Fundador? Podría narrarle la historia de cómo inició esta agencia, darle detalles sobre nuestra misión y propósitos...

Volví a cortarlo. No podía perder mucho tiempo en esto o la oficina se llenaría con mis curiosos compañeros y mis planes quedarían truncados. Odiaba desperdiciar mentiras.

—Estoy segura de que su visión sería de gran valor señor Duncan, pero verá, los artículos de esta sección son consumidos por un lector común, que apreciaría, por cercanía, mucho más la palabra de un trabajador que de un empresario, por así decirlo. Además es mejor si los detalles provienen de una fuente primaria, en este caso, el señor Grey...

¡Qué impaciencia! Ya comenzaba a sentirme frustrada, sobre todo luego de que finalmente perdiera el juego. No podía darme el lujo de perder esto también.

El dueño de la agencia hizo una pausa que me pareció eterna.

—Está bien... creo que tiene razón en ese punto. Queremos romper con el mito y darnos publicidad es cierto, pero mejor que no se note. Lo sensato es que uno de nuestros empleados explique cómo funciona la agencia, nuestro

buen trato hacia el personal, que hasta tiene un seguro médico de excelencia, y nuestras sólidas bases, las cuales nos otorgan...¿cómo lo llamo antes? «nuestra distinción» por sobre el resto.

—¡Exacto! Distinción y categoría—añadí con énfasis—. Y de más está decir que a pesar de que la voz textual sea la del entrevistado, su nombre figurará en los créditos.

Había comenzado a garabatear el bloc de notas que yacía sobre mi escritorio del aburrimiento que me proporcionaba la charla y aún no me había pasado los datos de Jake. Comenzaba a pensar que lo del campamento hubiera sido menos extenuante. Por fin el hombre dijo:

—Señorita Thomson, sea tan amable de anotar los datos personales del señor Jacob Grey.

¡Enhorabuena! Y con eso y algún que otro «bla bla bla» sin importancia, concluyó nuestra charla, justo a tiempo. Cuando colgué el teléfono, un grupo de mis compañeros empezaba a llegar y entre ellos mi propio Jefe, quien me mando a llamar, tiempo después, para hablar en privado en su oficina.

Esperaba que ese llamado no implicara otra suspensión, porque llevaba una ventaja importante en la entrega de mis artículos y pronto se sumaría uno nuevo. Si bien aquello del artículo sobre las agencias escorts había sido una completa farsa, ahora estaba considerando escribir realmente sobre el tema y borrar el viejo mito que recaía sobre estas. Además, el señor Duncan, aunque hablador por demás, me había parecido un buen hombre, sin aires de proxeneta.

Por otro lado, creía poco probable que Jack me soltara una reprimenda por haberme comido el resto del cerdo *mu shu* que había quedado en la pequeña nevera de su despacho pues eran sobrantes de su fiesta de cumpleaños del pasado viernes -ese día viernes de nuevo- nada para extrañar. En cambio, algo tenía que comer e imposibilitada para ir hasta el restaurante más cercano por el escaso tiempo del cual disponía, el cerdo me pareció una excelente opción, a pesar de que estaba un poco desabrido.

—Tú dirás para qué querías verme Jack—me encontraba de pie frente a la puerta de su oficina, intentando disimuladamente introducir mi mano en la cintura de la falda para rascarme. El lycra me había comenzado a dar una comezón insoportable.

—Siéntate Adele, por favor—dijo mi jefe secamente.

Era un hombre atractivo, de unos cincuenta años, tez blanca y ojos y cabellos castaños, aunque bastante encanecido este último -del castaño solo

quedaban resabios- lo que le otorgaba ese sensual estilo a lo George Clooney.

Hasta lo noté igual de concentrado que aquel, en plena formulación del plan para el robo de los casinos.

No me gustaba la forma en la que iniciaba la conversación, ni la circunspecta expresión en su rostro, y además no deseaba sentarme, deseaba frotarme contra los irregulares relieves del revestimiento de granito, de una las paredes del despacho, para ver si así se me quitaba un poco la comezón.

—Estoy bien así—dije, pero él insistió y yo al final accedí, mirando con añoranza la pared—. ¿De qué querías hablarme?

—Se trata de tu padre Adele...—mi corazón dio un vuelco y mi expresión se ensombreció.

Eso no podía significar nada bueno.

—¿Qué pasa con él?—dije con voz trémula.

Era definitivo, no me estaba gustando esa conversación. El trato con mi padre no era el mejor, porque de hecho hacía años que no teníamos trato.

Durante mi infancia siempre demostré una notable preferencia hacia él que hacía mi madre, porque aunque los padres aseguren que no se puede tener un hijo favorito, yo sí tenía un progenitor predilecto, con el que mantenía un fuerte lazo de apego y cariño.

Pero eso cambió cuando crecí y en plena adolescencia, durante esa agitada etapa de cambios y absoluta tragedia, donde un simple grano mal ubicado podía significar la muerte de tu vida social y el fin tu reputación, mis padres decidieron divorciarse. Así sin más, sin importarles en lo más mínimo mis sufrimientos, ganándose mi padre mi odio y mi desprecio, porque era quien se estaba yendo, era él el que me abandonaba cuando más lo necesitaba.

¿Recuerdas esa etapa de ansiedad seguida de aquella de depresión? Pues ocurrió en ese momento. Y allí conocí a mi maravillosa terapeuta y los mágicos beneficios de los psicofármacos.

Tiempo después, gracias a las reiteradas sesiones de terapia, hecho que implicó una maduración forzosa de mi parte, pude entender los motivos que los habían llevado a divorciarse y relegué mis fantasías solo al ámbito literario y televisivo, porque para eso es ficcional, aceptando la cruda verdad de que en la realidad el amor no es eterno y las relaciones se consumen, se desgastan, se apagan y acaban y así mi odio se fue aminorando hasta desaparecer *casi* por completo.

Aunque nunca le perdoné que a pesar de que hubiera formado una nueva familia, su vínculo conmigo también se viera desgastado y su nueva mujer

pasara a ocupar todo su centro de atención, quedando yo, su única hija, invisibilizada casi por completo. Así que resolví, en mi última visita, hacía tres años, dejar de verlo de forma definitiva. Total, si yo no le importaba, él a mi tampoco.

—Lamento ser yo quien te dé esta noticia, pero tu medio hermano llamó al periódico hace un rato, para preguntar si seguías trabajando aquí y me pidió que te dijera lo que pasaba.

Antes que nada, diré que mi «medio hermano» en realidad no es tal cosa. Como había adelantado, soy hija única, Sebastián es solo mi hermanastro, hijo de la pareja de mi padre, y aunque no me caía mal el chavo, (su madre sí me caía fatal) que ronda casi mi edad, y he tenido algún que otro momento con él, cuando todavía me relacionaba con mi padre, tampoco es que fuéramos unidos. Fumar algo de hierba de madrugada en la terraza de la casa del lago de mi padre, luego de una noche de fiesta, no se considera precisamente amistad, tampoco el haber compartido algún que otro beso y franeleo previo para comprobar a ciencia cierta qué tan gay era (noventa y nueve por ciento gay con uno por ciento de margen de error)

Como sea, la cuestión es que después de que decidiera cortar lazos definitivos con mi padre, también los corté con él. Y eso explicaba el hecho de que no tuviera mi número telefónico y dudaba que me encontrara en las redes donde figuraba con otros nombres (en general seudónimos o usaba el apellido de mi madre) Que llamara al trabajo, me pareció bastante razonable.

—¿Y qué es lo que pasó? ¡Jack, si es una tragedia ya suéltalo!

No quería pronunciar la palabra «muerte» eso se lo dejaba al comunicador, a mi provocaba malestar. De solo pensar en esa posibilidad ya me estaban dando nauseas.

Pero sabía que ese momento llegaría tarde o temprano y me estaba preparando interiormente para eso. Yo creía que ya hasta tenía la situación dominada y que no entraría en shock, porque los años de distanciamiento servirían de ayuda para minimizar el impacto. Pero al parecer no...

—Tu padre está muy enfermo Adele, tiene cáncer terminal. Lo lamento muchísimo.

Vale no había muerto aún, pero sí implicaba una muerte próxima. En ese momento empecé a sentir que los oídos me zumbaban, tenía vértigo y una sensación nudosa en la garganta y el estómago revuelto.

—Si necesitas un momento a solas para procesarlo...—murmuró Jack—. De más está decir que te tomes todo el tiempo de licencia que necesites para

acompañarlo, lo más que puedas...

No debía terminar la frase, «antes de que fallezca» No sabía aún cuánto tiempo le quedaba pero seguro era muy poco. Semanas, con suerte un par de meses. Respiré hondo e intenté con todas mis fuerzas recuperar la compostura y el habla.

—Te lo agradezco—musité y recibí de su mano los datos que me entregaba escritos en una tarjeta.

Se trataba del número de Sebastián.

Todo lo demás aconteció en cámara lenta y dado mi aturdimiento y mal estar solo recuerdo partes. Me acuerdo de la imagen de un técnico del área de mantenimiento ingresando a la oficina para reparar la nevera rota. Al parecer llevaba días sin funcionar bien. Un problema de falta de gas. Después recuerdo unas enormes ganas de vomitar al momento que mi mente, ya confusa, terminó de procesar que aquel moho verduzco que cubría la mayoría del cerdo *mu shu* no era precisamente salsa de roquefort. Y yo que pensaba que los chinos estaban innovando añadiendo nuevos ingredientes a sus tradicionales recetas.

Después de eso tengo la sensación de que Jack decía que tendría que llamar a los encargados de la sección de limpieza para quitar las manchas de la alfombra y al médico laboral para que me atendiera.

Tiempo más tarde estaba en casa, con un parte médico que determinaba que mi estado se debía a una fuerte intoxicación por la ingesta de alimentos en mal estado, un variopinto grupo de medicamentos que debía tomar rigurosamente, cada ocho horas, junto con abundante líquido y una dieta estricta que ayudara al proceso de mejoría.

Todo aquello explicaba claramente mis síntomas físicos, pero no justificaba el hecho de que sintiera aún una opresión en el pecho luego de haber recibido la noticia.

No sabía qué hacer, o a quién llamar primero: ¿a Sebastián, a Alice, a mi madre, o... a Jake? El por qué este último entraba en la categoría de personas a quien llamar, no lo sabía. Pero si ese hombre, que aún seguía siendo un extraño, estaba siendo incluido dentro de mi grupo selecto algo ocurría.

Finalmente llamé a todas las personas en el orden en que habían sido mencionadas.

Sebastián me confirmó lo que ya Jack me había dicho y añadió que los médicos le habían augurado dos meses de vida.

El cáncer era de colon y había hecho metástasis en órganos adyacentes

afectado gran parte del hígado. Ante la gravedad de la enfermedad ya muy avanzada, los profesionales habían sugerido que era inútil someterlo a cirugías o a la severidad de una quimioterapia, y que lo mejor en estos casos era que el paciente pasara sus últimos días en un ambiente tranquilo y hogareño, rodeado de sus seres queridos.

Entonces mi hermanastro me comunicó el interés de mi padre en verme. Por lo cual, era un hecho que iría lo más rápido que pudiera a cumplir su último deseo. Porque este no era momento de reproches ni de odios, sino de perdones y de estar unidos.

Alice, por su parte, me dio sus condolencias anticipadas y lloró, lloró y lloró tanto por teléfono, culpa de la sensibilidad hormonal del embarazo, que luego empecé a pensar que quizá yo debiera de consolarla a ella.

Cuando finalmente se calmó dijo que vendría a verme lo antes posible. Aquello ocurrió una hora más tarde, el tiempo que le llevó colgar, enjuagar sus lágrimas y manejar hasta mi departamento. Es la mejor amiga que alguien pudiera desear.

Mi madre, en cambio, se mostró fría y algo apática al principio «Todo se paga en esta vida» dijo, después de que le diera la noticia, pues aún albergaba cierto desdén por haber sido abandonada ella también por su marido y cambiada por otra mujer, pero luego se rectificó y como buena cristiana que era, me dio su pésame y en su papel de madre abnegada, que también era, me dijo que siempre podría contar con ella para lo que quisiera y que me estaría acompañando en cada momento, pero que no esperara su presencia en el evento funesto porque ese lugar ya le correspondía también a otra.

Hablar con Jake fue lo más complicado, porque ¿qué se supone que le diría primero y de qué manera?

«¿Estás bien?» «¿Por qué no me has llamado?» «Tu número me lo dio el dueño de la empresa donde trabajas después de una desesperada mentira que tuve que inventarme para poder saber de ti» o finalmente: «Mi padre, al cual no veo hace tiempo, está muriendo de cáncer terminal y de alguna forma extraña y surrealista te necesito aquí conmigo para que me consueles»

Cuando me comuniqué con él, logré decirle varias de estas cosas, de forma desordenada pero en calma. Me estaba asombrando mi autocontrol.

Lo de la nota periodística no fue necesario comunicárselo porque el señor Duncan ya se me había anticipado y otorgado algunos «consejos» sobre lo que podría llegar a decir en dicha entrevista, en el caso de que lo considerara conveniente, sobre la magnificencia de la agencia donde trabajaba

y por qué se destacaba de la competencia.

Al final, él me dijo que pensaba llamarme, no solo ese día, sino que lo quería desde hacía varios días, pero que no deseaba que me viera abrumada (muy inteligente de su parte) y además lo cierto era que había tenido una extenuante semana laboral, pero que se encontraba bien, y que había pensado mucho en mí todo el tiempo. También me dio sus condolencias y más. Me dijo que al día siguiente cancelaría toda actividad para venir a verme.

Ese día culminó sin lágrimas de mi parte, pero sí con una mezcla de sentimientos viejos y nuevos encontrados, producto de los recientes eventos y de los vividos recuerdos de mi infancia con mi padre, que comenzaban a apelmazarse en mi memoria, deseando emerger todos juntos a la vez, por todo el tiempo que llevaban reprimidos, acompañados estos, por un gusto amargo en la garganta, que no tenía mucho que ver con los horribles medicamentos, matizados por la dulce sensación que emanaba de aquellas palabras de apoyo y cariño de mis seres queridos y la esperanza de que en la mañana, a la luz de un nuevo día todo se viera, sino menos angustiante, mucho más claro.

Reconciliación

El viaje hasta Manhattan solo nos había tomado media hora en auto, desde la ciudad de Nueva York, así que hacia el medio día, Jake y yo ya teníamos una vista perfecta del Empire State coronado por la aureola solar y nos abríamos paso entre titánicos rascacielos de granito y cristal.

El clima estaba templado, aunque ya estábamos adentrándonos en el otoño, como evidenciaban los tonos ocres, rojizos y dorados del follaje de los árboles, pero el verano tenía resistencia a soltarnos, por lo cual Jake no escatimó en el uso del aire acondicionado, cuando me vio abanicándome.

En realidad, el calor que sentía en ese momento era interno, producto de mis crecientes nervios, más que fomentado por la temperatura ambiental.

Sería la primera vez que vería a mi padre, luego de tanto tiempo y en condiciones nada óptimas por lo que ese encuentro me generaba dudas y ansiedades.

Por fortuna no iría a verlo sola. Jake se había ofrecido a acompañarme ni bien le había comentado los detalles de la situación en la mañana, cuando fue a visitarme, y yo no había podido negarme por muchos motivos, pero principalmente porque en ese momento me sentía más vulnerable y asustada que Coraje, «el perro cobarde».

Mi padre y su nueva familia vivían en Roosevelt Island, localizada en el East River, entre Manhattan y Queens, y la mejor forma de acceder a la isla era el Roosevelt Island Tramway, un teleférico o tranvía aéreo. Así que nos estacionamos cerca de la calle 60 y Segunda Avenida y cambiamos el auto para completar el resto del viaje en dicho medio, donde además podríamos apreciar mejores los paisajes que ofrecía la vista en altura.

Por su aislamiento y densidad, la pequeña isla era un sitio mucho más tranquilo que la inmensa y bochornosa ciudad de N.Y, así que considerando el estado delicado de salud de mi padre me pareció un buen lugar de residencia, aunque en mis visitas anteriores lo había catalogado de aburrido.

Estaba tan acostumbrada a mi agitada vida Neoyorquina que la falta de aglomeración, ruido y polución hasta llegaban a molestarme.

Tiempo después ya estamos frente al edificio con una espectacular vista hacia el East River que ondulaba como una culebra de oro y jade acariciada

por los rayos insipientes del febo otoñal.

—Tranquila Adele, todo va a salir bien—me dijo Jake, mientras apretaba mi mano húmeda igual que el río debido a mi estado de alteración, aunque a él no pareció molestarle.

Suspiré antes de responder.

—Considerando que la situación no podría ser peor, supongo que tienes razón—musité e intenté sonreír y reunir mis últimos vestigios optimistas, antes de ingresar a la propiedad.

Después de un breve momento, en el que contemplé la puerta fijamente como si pudiera abrirla con poderes de telequinesis ocultos, Jake procedió a tocar.

—¡Hola Adele! ¡Desconocido increíblemente guapo!—era mi hermanastro Sebastián quien hablaba del otro lado de la puerta abierta.

Vestía unos jeans súper ajustados desgastados en las rodillas, una playera color lila con una figura elíptica en el centro, que mareaba de solo verla y que además le quedaba corta -suponía que esto era adrede, pues dejaba ver el nuevo arete colgante de su ombligo- y estaba peinado con una especie de cresta donde destacaban centellantes mechones fucsias, del resto de su oscuro cabello negro.

Lo de cien por ciento gay estaba asegurado desde que había decidido salir del closet y mostrarse al mundo tal cual era. Toda una diva de Hollywood.

—Hola Sebastián, él es Jacob—respondí, mientras me veía envuelta en un intenso abrazo fraternal de su parte. Sebas le dio otro abrazo, algo más moderado, a mi acompañante.

—Es un gusto conocerte Sebastián— dijo Jake mientras palmeaba un poco la espalda de mi hermanastro sin incomodidad, pero sí con algo de sorpresa—. Adele me habló mucho de ti— mintió por cortesía, cuando aquel por fin lo había soltado.

La verdad era que apenas si lo había mencionado de nombre, y hasta había olvidado describirle la forma de ser de Sebas, y su trato efusivo, para que estuviera prevenido. Me sentí mal por ello, pero aquel comentario puso más alegre, si cabe, a mi hermanastro, y eso fue agradable.

—¡Dime Sebas, guapo! y lo mismo digo. Mi «hermana» tiene un excelente gusto—nos guiñó su ojo verde, muy parecido en tono a los míos. A pesar de la nuestra ausencia de vínculo sanguíneo, podíamos presumir de esa «coincidencia» genética—. Pasen, por favor. Los estábamos esperando.

Charles, papá, está en el cuarto terminando de arreglarse. Mi madre lo está ayudando—informó, al tiempo que nos adentrábamos en el departamento—. Pónganse cómodos—anunció, aunque al momento me di cuenta que el único que se pondría cómodo sería Jake, porque Sebas me pidió que lo ayudara en la cocina—. ¿Adele me ayudas a preparar las bebidas, por favor? Hace un día excepcionalmente veraniego.

Hice un gesto hacia Jake disculpándome con la mirada.

—¡Ahora vuelvo! Tú ponte cómodo.

—Vale, de paso aprovecharé un poco más de la vista—se acercó al amplio ventanal de la sala, despojándose antes de su chaqueta negra, dejando ver parte de sus musculosos brazos marcados, al tiempo que se arremangaba la camisa. Eso era sinónimo de sensual comodidad.

Sí antes hacía calor, ahora me sentía sofocada con mi vestido de abrigo que se me adhería al cuerpo enmarcando las áreas más voluptuosas, y sospechaba que a Sebas le pasaba algo similar pero al revés. (Era cierta área voluptuosa las que hacía ver más enmarcada su ropa) Me saqué la chaqueta colgándola en el perchero de pie, de pasada a la cocina con ganas de meterme en la nevera cuando sacara la bebida.

—¡Guau hermana me encanta ese hombre!—dijo Sebas una vez a solas, mientras se me adelantaba y abría él la nevera para sacar la limonada y refrescarse y a mí me tocaba conformarme con buscar los vasos en las repisas, al tiempo que imaginaba a una Margaret, salpicada de viruelas, para bajar la excitación y funcionaba. Ya imaginando a Margaret sana mi libido se bajaba, lo de la viruela era para ponerme extrema—¿Dónde lo conseguiste?—siguió indagando.

Tragué saliva. ¿Qué se suponía que diría? «Lo conocí en una fiesta, pero puedes encontrarlo también en un catálogo.» No quería contarle toda la historia y tampoco hablar de su profesión porque mi hermanastro comenzaría a hacerme demasiadas preguntas y la charla no acabaría nunca.

—Fue en una fiesta— me limité a decir—Y humm ¿cómo amaneció Charles... papá, hoy?

Sebas no hacía las mismas distinciones que yo y desde el momento que su madre había formado pareja con mi padre ya nos había incluido a todos como parte de su familia directa. A mí me decía «hermana» y a mi padre «papá» (quizá porque nunca había conocido al suyo) Incluso a mi madre le decía tía Freyda cariñosamente. Claro que de esto, ella no tenía conocimiento alguno y era mejor así. Tampoco Sebas tenía conocimientos de la forma en la

que lo había llamado mi madre cuando se enteró que era gay.

—Ya veo que sigues siendo igual de reservada que siempre en tu vida romántica, pero al menos ahora sí tienes una vida romántica estable—empezó a servir la limonada en los vasos que yo había distribuido sobre una bandeja de plata, aquella que les había obsequiado en ocasión de su unión, a mi padre y a su nueva compañera. La misma había sido solo de carácter civil, porque mi padre ya no podía volver a casarse por Iglesia Católica luego del divorcio, aunque no era que a él eso le molestara mucho, ya que no era devoto como mi madre. De hecho, si antes había accedido a una boda religiosa, había sido por complacerla a ella—. Y... amaneció igual que siempre, jovial y de buen ánimo. Si no supiéramos que está enfermo, no podríamos darnos cuenta de su estado, pues a simple vista parece sano.

«La procesión va por dentro» pensé, al tiempo que mi hermanastro exclamaba esos pensamientos en voz alta.

—¿Qué te hace pensar que mi vida romántica se ha «estabilizado»?— hice un gesto de comillas con los dedos mientras Sebas terminaba de servir la limonada, y tomaba un cuenco para rellenarlo con galletas, al tiempo que me lo entregaba—. Me alegra saber que al menos se ve sano y de buen genio.

Temía verlo apagado, consumido por la enfermedad, y postrado en una cama. La impresión de verlo así no sabía si podría soportarla. Y de hecho, eso era lo que más me había estado atemorizando hasta el momento. Así que sus palabras en verdad me tranquilizaban. Porque mi padre, siempre había sido enérgico y había tenido buen carácter, la de los humos era mi madre.

Cuando surgía algún problema en la pareja o relacionado con asuntos hogareños, o laborales, él era quien veía el vaso medio lleno, mientras ella lo vislumbraba medio vacío.

En lo que a mí respecta, soy una mezcla de ambos. Mis vasos a veces estaban rebosantes hasta el tope y otras completamente secos.

—Bueno querida, está claro, ¿por qué otra razón habrías traído tú a uno de tus pretendientes a casa de tu padre, a quien no ves hace años por cierto— reprochó— sino fuera algo serio? Y seriedad es equivalente de estabilidad— explicó.

Era irónico que el chico con más purpurina en sus cabellos que testosterona en el cuerpo me hablara a mí de seriedad. Pero sabía bien que en lo que a relaciones afectivas respectaba Sebastián tenía más experiencia que yo. Él siempre se había tomado las relaciones con auténtico compromiso, por eso estas eran duraderas y sólidas, y generalmente cuando acababan eran por

decisión del otro, más que de él mismo.

Mi hermanastro era quien terminaba sufriendo y martirizado por los rompimientos y en una que otra ocasión me había tocado consolarlo. Y les diré que si él era efusivo en sus momentos alegres, imaginen los trágicos. ¡María Magdalena era una principiante!

Me encogí de hombros, con gesto evasivo, mientras me disponía a salir de la cocina. Ya era suficiente de la incómoda charla filial que me estaba suscitando a innecesarias reflexiones.

—Jake es un buen chico y un excelente amigo, con un súper auto deportivo que agilizó el viaje, por eso lo traje—resolví responder finalmente y me encaminé a la puerta como quien dice «deja de entrometerte, no es tu asunto». Sebas, sin captar la indirecta o sin importarle, me tomó del brazo para evitar que me escabullera.

—Está bien, como digas hermana, si quieres mentirte allá tú.

—¡Yo no miento! Es así como digo, esas son las razones por las cuales le pedí que me acompañe, nada ha cambiado conmigo. Sigo siendo la misma mujer anti-relaciones formales que conoces—aseguré, pero hasta mi voz sonaba en falsete.

—En ese caso...si lo suyo no es algo serio, ¿te molestaría si le paso número telefónico? Ya sabes... para cuando te canses. Es que sentí un momento de conexión único en el abrazo de hace un rato—me guiñó con cierta maliciosidad. Yo me quedé muda, tiesa, hasta estaba más acalorada que antes, pero esta vez por motivos diferentes. Sebas lo notó y rió—. ¡Calma que era una broma! Anda, no hagamos esperar a tu galán.

Acto seguido salimos los dos de la cocina y encontré a Jake, sentado en el sofá de dos cuerpos con Miranda, la madre de Sebas y esposa de mi padre, a su lado, y con mi padre en el sofá individual, aquel con masajeador incorporado, sentado frente a ellos, charlando con animosidad. Al parecer no habían sido necesarias las presentaciones de mi parte. ¡Qué bueno que mi hermanastro llevaba la bandeja con la limonada, y a mi solo me había correspondido el cuenco con galletas, porque de pronto sentí que me estaba dando Parkinson!

«¿Cómo se ha presentado Jake ante ellos? ¿«Novio», «compañero», «amigo»?» me pregunté. Seguro que no como un acompañante temporal, aunque ahora no estaba en ese plan laboral.

—¡Cariño acércate, déjame verte! —mi padre se levantó de manera esmerada, pero íntegramente, como el hombre digno que siempre había sido.

Sebas tenía razón, se veía sano y fuerte como un roble. Era grande de espaldas, y aunque había bajado varios kilos, aún se evidenciaban sus huesos anchos. Tenía el pelo un tono más claro que el mío, de un matiz zanahoria desvaído. Y en ellos no había rastros de canas (sospechaba la influencia de Miranda en ese aspecto, ya que ella era estilista). Otra cosa que mi madre, quien en su tiempo de actividad fuera dentista, no podía personarle a mi padre, era esa, que la cambiara a ella, toda una profesional, por una «simple» peluquera.

Como sea, al menos mi padre con sus dos mujeres tenía dos aspectos de su estética asegurado: dientes blancos y cuidados (algo que mi madre le había inculcado) y un cabello radiante que le otorgaba ese aspecto vivaz, que arrancaba suspiros entre las damas de su edad y otras más jóvenes, como era el caso de Miranda.

Me acerqué hacia él, mientras nuestras verdes miradas se encontraban y se reconocían al instante como si el tiempo nunca hubiera pasado.

Dejé el cuenco de pasada por la mesita, y me dispuse a saludarlo, con un abrazo. El mío pretendía ser breve pero afectivo, aunque él me retuvo un tiempo más de lo previsto y el abrazo se sintió más apretado.

—Hola papá. Te ves muy bien...—le susurré casi al oído y froté su espalda con suavidad.

—Y tú, tan hermosa como siempre... Te eché mucho en falta—murmuró en un tono más grave pero igual de cálido.

—Y yo a ti—me encontré diciendo, al tiempo que mis ojos se llenaban de lágrimas y sentía un sofoco en el pecho.

¡Dios! Eso no estaba previsto. ¡No quería llorar! ¿Por qué en ese momento? Se suponía que debía llorar cuando me dieron la noticia de su enfermedad, no con el reencuentro. Pero así era, algunas lágrimas escurridizas saltaron de mis ojos y corrieron con rapidez por mis mejillas antes de que pudiera capturarlas. No me había dado cuenta cuanto lo extrañaba hasta ese instante donde me sentí niña de nuevo entre sus brazos.

Cuando al fin nos separamos, enjuagué mis lágrimas con prisa, antes que el resto de los presentes, que se habían evaporado de la escena hasta hacía un rato, volvieran a materializarse y me vieran llorando.

Mi padre apretó mis manos entre las suyas, con resistencia a soltarme del todo. Habían sido demasiados los días que habíamos estado lejos uno del otro. Pero luego ambos nos dejamos brevemente para que yo pudiera saludar al resto de los presentes, o sea a Miranda.

La rubia, que era menuda y poco más baja que yo, a pesar de sus tacones, me dio también un abrazo, aunque este resultó más breve, igual que el mío, lo mismo que más leve.

—Gracias por venir Adele—oí que me decía mientras dejaba un beso impreso en mi mejilla, rouge rojo, de paso, y del que no se quita. ¡Rayos!

No respondí, solo esboqué una sonrisa, mientras con disimulo iniciaba la complicada tarea de quitarme el labial de la mejilla. Eso me llevaría décadas.

A pesar del comentario, resultaba obvio que iría, porque si bien había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto, dadas las circunstancias recientes, no podía dejar de ir a visitarlo. ¡Tenía corazón! no era la Reina Malvada de la historia que no tuvo su final feliz, solo era una hija herida, y algo celosa, lo acepto, pero no estaba soltándole maldiciones a diario a todos ellos.

—Tu amigo Jake nos decía a Miranda y a mí que está fascinado con la vista de nuestro departamento y con mis diseños de barcos—comentó entonces mi padre, señalando la vitrina de la pared donde sus creaciones (ese era su pasatiempo favorito) estaban exhibidas. Con igual esmero, volvía a sentarse, y yo ahora tomaba un puesto a su lado, en el sofá de junto, donde también estaba ubicado Sebas.

Jacob se había presentado como «amigo». Me parecía bien, aunque sentí un leve pinchazo en mi estómago ante esa palabra.

—Le dije que si quiere estar más en contacto con lo natural este es el sitio, en el centro de Manhattan los rascacielos cubren la vista del río. Y un navegante adora el agua. ¿Verdad mi amigo?

No me molestó esa nueva mención de «amigo» de mi padre hacia Jake, sino todo lo opuesto. Me gustaba su trato casual entre ambos. Nada de lenguaje formal innecesario. Además, mi padre odiaba que lo tildaran de viejo.

Lo que no me cuadraba en esto era lo de «navegante» En ese momento me di cuenta de lo poco que conocía a mi acompañante.

Mi padre por su lado, era un aficionado en esta área, porque en su juventud y parte de su vida adulta había servido en la guardia costera, hasta el trágico accidente náutico que lo dejó incapacitado para continuar. Su barco casi se hunde en una infructuosa operación de rescate, en medio de la huracanada tormenta, que había azotado las costas de forma inesperada y con más fuerza que la fusta de Christian en el trasero de Anna, muchos de sus compañeros perdieron la vida y él resultó con quebraduras en las piernas y

una honda lesión en la cadera cuando parte del mástil le cayó encima, por lo cual, hubo que organizar una nueva operación, para rescatarlos a ellos.

Después de eso, habían trasladado a los sobrevivientes de ambos navíos al hospital, donde él conoció a mi madre, quien hacía sus prácticas en enfermería. Fue mucho después que ella decidió dedicarse a la odontología.

Cuando contaban la historia de su primer encuentro, mi madre siempre decía que había quedado prendada de la sonrisa de piano de mi padre. Sospecho que de ahí provenía su obsesión y su interés por aquella profesión - aunque también podría haberse convertido en hada de los dientes, digo yo-.

Mi padre en cambio, se había enamorado de su trato gentil y de la abnegación con la que lo había cuidado.

Tiempo después de eso, mi padre ya no estaba como miembro activo de las Fuerzas, aunque sí lo habían compensado con una buena pensión por incapacidad y con una medalla de honor, por su arriesgada labor, ya que a pesar de las pérdidas de ese día, habían sido pocos los valientes (suicidas por naturaleza) que se habían atrevido a aventurarse a un rescate tan osado, en pleno ojo de la tormenta.

Además, antes de que mi padre quedara lesionado había logrado rescatar a varias personas de las agitadas aguas salvando su vida. Y aunque la suya quedó en parte arruinada después de eso, porque ya no podría dedicarse a su pasión, se las ingenió bastante bien.

Nunca renunció a la navegación y durante un buen tiempo insistió en dar clases, aunque fuese *ad honorem*, a los novatos que querían ingresar a las fuerzas, hasta que finalmente obtuvo el puesto.

Lo visitaba con frecuencia cuando era profesor, sobre todo por si tenía la suerte de toparme con una nueva versión de Ashton Kutcher en la película «The Guardian», pero sin éxito. Aunque sí que aprendí mucho sobre su maravillosa profesión y hoy compartía con mi padre muchos de sus gustos, en especial lo de la navegación, así como al parecer Jake también lo hacía.

—Exacto Charles, y si me permites algún día me gustaría que me dejaras navegar tu barco. —sugirió. Y yo contuve el aliento, porque no sabía si él accedería a aquello, ya que amaba a «Lady Libertad», más que a Miranda incluso.

Para mi sorpresa mi padre accedió con la condición de que yo fuera su co-capitana.

—Por supuesto, no podría ser de otra manera, incluso hasta puede que su hija tome el cargo de capitana—Jake me guiñó y yo me quedé entre embobada

y ruborizada—. Se lo agradezco.

—De eso no te quepa la menor duda—ni que yo fuera tan mandona—. ¡Entonces, un hecho Jake! Además sufro de solo ver a mi barco anclado en el muelle. La libertad no fue hecha para ser amarrada y siempre buscará la forma de volar y desplegar sus alas...bueno en este caso sus velas.

La paradójica analogía me hizo reír y al resto. Luego, la charla prosiguió de manera tan suelta y tan calma, entre risas y vergonzosos recuerdos de mi infancia que provocaron más risas de todos, menos mías, porque no tenía nada de gracioso aquel episodio donde confundí la crema batida con la nieve artificial navideña y me zampé toda una docena de pastelillos que yo misma decoré con ella. ¡Me provocó una semana diarrea!

Lo bueno es que no hubo alusiones a su enfermedad, ni un ambiente tenso y cargado de tristeza, solo la nostalgia surgida del reencuentro y muchas, demasiadas promesas, y planes de concreción rápida, por supuesto. Planes de otros encuentros: cenas, alguna salida y claro, pasar las próximas navidades con ellos. Mi madre pondría el grito en el cielo por eso, porque siempre le había concedido mis navidades a ella, pero dadas las circunstancias esperaba que no se negara y sino siempre podría recurrir al vademécum y alegar alguna nueva e incómoda enfermedad infectocontagiosa. Freyda era abnegada pero tampoco el fanatismo.

Y así el día se consumió en un pestañeo y luego de la cena, (mientras nuestras manos comenzaron fangirlear bajo la mesa) sobrevino la noche y con ella la despedida, o eso creía, porque mi padre insistió en que nos quedáramos y a pesar de las muchas excusas ofrecidas: «No tenemos ropa», «Ni cepillos», «Jake debe trabajar», y «No queremos causar incomodidad», que fueron retrucadas por él de manera sagaz: «Les prestaremos algo que ponerse», «Tenemos cepillos extra», «¿Quién trabaja un domingo?» y «Jamás nos causarían eso, sino todo lo opuesto», nos vimos forzados a quedarnos.

—Les prepararemos el cuarto de invitados— anunció mi padre y Miranda salió disparada para hacer los retoques necesarios.

—Dijo «les» —me susurró Jake al oído acercándose a mí.

—Sí, eso he oído—corroboré entusiasmada.

—Charles ¿no te parecería mejor que yo durmiera en el sofá?—le miré de manera asesina.

«¿Qué le pasa a este hombre? ¿También se ha intoxicado con la cena como yo con el cerdo *mu shu* y está delirando? ¡Que bueno que he traído los efectivos medicamentos conmigo para dárselos enseguida!» pensé. Si a mi me

habían atenuado considerablemente el malestar y disminuido la comezón al máximo, en él debían de surgir el mismo milagroso efecto y hacerle ver la realidad de lo que estaba pasando: ¡Mi padre nos daba su bendición para acostarnos!

Y si Mi PADRE nos daba permiso de dormir juntos en el mismo cuarto, no había que rehusarse a esa posibilidad.

«¿Acaso Jake está intentando quedar bien y mostrarse respetuoso y cortés o no quiere compartir un espacio tan íntimo conmigo de nuevo? ¿Por eso ha dicho lo de «solo amigo»? Se ha mostrado cariñoso hasta el momento, pero quizá ya no siente interés en mi en ese aspecto» medité.

Mis nervios estaban a flor de piel en ese momento y mis pensamientos se arremolinaban como torbellinos mentales.

—¡Vamos muchacho!—exclamó mi padre—. Estamos en el siglo veintiuno y conozco a mi hija como la palma de mi mano (¡Gracias padre por colgarme el cartel de suripanta del cuello!) en lo liberal sale a mí—me destinó una sonrisa que ablandó mi corazón. Era imposible enojarse con ese hombre—. Por otro lado, no me importa si sean amigos como dicen, o novios, o que se pongan la etiqueta que deseen...Están justos, eso es claro y enamorados, lo que es muy claro también. Eso para mí basta.

Jake y yo quedamos sin palabras, absortos, y mirándonos entre nosotros y a mi padre, y luego otra vez nosotros. Finalmente él me rodeó por la cintura y me acercó a su cuerpo, dejando un beso en mi mejilla.

—Tienes razón Charles, en ese caso, aceptamos la propuesta de compartir la habitación de invitados.

—¡Todo listo!—anunció Miranda al tiempo y me entregó un cobertor por si en una de esas llegaba a hacer frío. El clima era bastante inconstante en esa parte.

Agradecí la manta y luego de saludar a mi padre y a Miranda (Sebastián se había retirado hacía rato, disque a una salida nocturna con su chico) nos fuimos para el cuarto. A pesar de que ninguno de los dos nos habíamos soltado, yo sentía cierta tensión entre nosotros y no era sexual.

—Puedes dormir en una manta en el suelo, si no deseas compartir la cama conmigo y quedar bien con mi padre—musité, mientras dejaba el cobertor al pie de la somier de dos plazas y volteaba hacia el espejo oval de nacarado marco que estaba colgando de la pared del cuarto, sobre el tocador de ébano, para comenzar a quitarme la gargantilla del cuello, que ya estaba

comenzando a molestarme (eso me pasaba por mi adicción a comprar joyería en las tiendas coreanas de la esquina, en cada barata, porque a veces su delicadeza en el diseño y su módico precio, conllevaba una mala calidad en el material y me provocaban sarpullido) Así, que estaba doblemente irritada.

—No me molesta compartir la cama contigo, si a ti no te molesta compartirla conmigo—dijo él, comenzando a desabotonarse la camisa, dejando ver su marcado abdomen. ¿Por qué razón tenía que mostrar las partes sexys de su cuerpo cuando yo intentaba hacerme la ofendida?

—¿En serio?—volteé en ese momento fijando mis ojos en los suyos, para evitar ver su torneado cuerpo, arqueando una ceja—. Es que eso me pareció ante tu sugerencia de dormir en el sofá.

Él soltó una carcajada. ¡Ni sabía qué le resultaba tan gracioso!

— «Eso» lo dije solo por cortesía— terminó de sacarse la camisa, dejándola sobre la silla a un costado del closet también ébano, donde Miranda había dejado una pijama de mi padre (que seguro le quedaría grande, por su diferencia en contextura física, pero que en definitiva le quedaría mejor que las excéntricas pijamas de Sebastián) y también un camisón fino de negro encaje para mí (esa mujer se asimilaba a Flo en sus gustos de lencería) que no me hubiera disgustado de no ser por mi enfado.

—Y ¿qué hay de aquello de... somos «amigos»?—repliqué.

No sabía por qué le estaba haciendo una escena de celos, yo no era así, pero me sentía poseída por ese papel. En definitiva, dejaría las cursis novelas adolescentes por un rato. Al menos hasta los próximos lanzamientos de los libros nuevos.

Él, me miraba sorprendido y quizá hasta frustrado.

—Ahora soy yo el que no entiende. ¡Creía que eso era lo que te gustaría que dijera! Tú eres por demás, la persona liberal a la que hizo referencia tu padre y eso lo supe desde que te conocí en aquella ridícula fiesta del Reencuentro y lo confirmé cuando te vi tratando de desembarazarte de tu patético ex y lo corroboré en la boda— empezó a enumerar cada ocasión con los dedos—. No te gustan los compromisos, valoras tu independencia y la libertad que has adquirido. Lo mismo que tu soledad. Y por esas cosas me atraes y por eso te admiro.

Jake me estaba dejando boquiabierto. Lo de la soledad podría debatírselo pues en realidad, aunque no lo pareciera, no era tan suelta para abrirme a la gente y hacer amigos. Del resto, no había errado a nada.

—Tienes razón, es solo...es que... —suspiré—. No tengo argumentos

¿vale? Solo me molestó que tú justamente dijeras eso de que eras mi amigo, quizá porque yo no me siento tu amiga justo ahora. Ni siquiera una amiga con derechos.

Jake comenzó a acercarse hacia mí con pasos lentos pero largos, por lo que en tres zancadas ya estaba posicionado frente a mí y su aliento me rozaba el cuello.

—¿Quisieras que fuéramos algo más entonces?—dibujó su sonrisa ladeada—. ¿Como una pareja?—enarcó una ceja mientras subía lentamente el dorso de su mano por mi pecho, hacia mi barbilla, sosteniéndome la mirada.

No me había planteado seriamente la posibilidad de mantener una relación de ese tipo con él. Pero un impulso de curiosidad brotó de mi interior y entreabriendo mis labios alcancé a murmurar un débil «sí».

Al momento me reprendí.

«¿Qué estoy diciendo!? Indudablemente estoy mal de la cabeza. Demasiadas emociones juntas me han producido un colapso mental severo. ¿Acabo de proponer una relación, yo, la señora Libertad, al señor Libertinaje? ¿Cómo se supone que funcione esto?» Había tantos motivos para que la relación fracasara a la semana, por nuestras respectivas personalidades y/o profesiones y sin embargo él no dudo en decir.

—Entonces dalo por hecho.

Después de su anuncio me tomó por la cintura y como si pesara menos que una pluma, me levantó hasta sentarme sobre el tocador, al momento en que nuestros labios ansiosos, volvieron a encontrarse en un precipitado beso.

Lo abarqué con mis piernas, como boas constrictoras en torno a su firme cintura, mientras sus manos se abrían paso por debajo de mi vestido hasta mis muslos propinándoles un intenso masaje.

Tras esto comenzó a bajar la cremallera de este, y me fui desvistiendo hasta que mi tórax quedase al descubierto, para que una de sus manos, empezara a acariciar mis pechos, mientras la otra seguía ocupándose de mi muslo.

—Si tuviera crema batida justo ahora...o en su defecto nieve artificial—ronroneó en mi oído, lamiendo mi lóbulo.

—¿No me la dejarás pasar verdad?—dije en tono suave y algo jadeante.

—Es que te imagino cubierta de ella y...se me hace agua la boca—dejó una leve mordida en mi cuello—. Te he estado deseando durante toda la tarde, pero no sabía cómo estarías luego de lo de tu padre—siguió recorriendo mi

cuello, entre mordidas y besos.

—Para ti...siempre dispuesta— ¿No se notaba? Me entregué de lleno a sus besos—Jake vamos a la cama...—le pedí entre jadeos, con una mano enredada en su cabello y la otra en vaivén por su espalda.

—Espera entonces, que voy a cerrar la puerta—respondió en tono ronco y depositó otro beso cargado de deseo en mis labios.

Yo no quería que me soltara, mi mordisco en su labio inferior que buscaba retenerlo lo evidenciaba, pero no fuera a ser cosa que alguien entrara y nos viera infraganti.

Mientras él hacía aquello, me bajé del tocador y me quité por completo el vestido y de paso arrojé la manta lejos de la cama, porque en esas recordé lo del «cobertor generador de bebés» de la peli «The Proposal» y quedé más impresionada que Sandra Bullock en su papel de Margaret ante esa fatídica posibilidad.

Una vez que todo estaba listo y seguro, Jake se posicionó sobre mí, volviendo a apoderarse de mi cuello, en actitud vampiresa, como si con aquellos besos y succiones intentara beber de mi, haciendo que mi temperatura corporal se elevara a mil.

Y en eso...en eso, un sorpresivo periodo glacial descendió sobre ambos cuerpos por culpa de raudos golpes en la puerta del cuarto.

—¡Un segundo, por favor!—decía Jake mientras con esfuerzo intentaba domesticar su prominente erección, mientras en mi interior me juraba asesinar a quien fuera se atrevía a interrumpir ese momento.

Nada es lo que parece

Me molesté al principio por la interrupción pero luego empecé a pensar más fríamente -porque el efecto hot se había pasado- que por la intensidad de los golpes, podría tratarse de algo serio. ¡Tal vez mi padre se había descompensado! Entonces me apresuré a vestirme, lo mismo que Jake, y ambos nos acercamos a la puerta a ver lo que sucedía.

—¡Sebas! Dime qué ocurre, ¿le pasó algo a papá?—pregunté al ver a mi hermanastro al otro lado, el cual tenía los ojos hinchados, lo que evidenciaba que había estado llorando.

Me comenzó a faltar el aire.

—Papá está bien—respondió, y mis pulmones se inflaron de nuevo, empero su voz se oía apagada—. ¿Puedo pasar?—nos miró a mí y a Jake con expresión de súplica y el resto de la puerta se abrió para que él ingresara.

—Claro pasa...pensé que tu salida nocturna sería más nocturna. Es decir, son apenas las diez de la noche—comenté mientras me sentaba en la cama, junto a él (aunque en realidad Sebas se desplomaba sobre ella, abrazando una almohada) Jake en tanto, estaba ordenando el resto de las prendas que estaban desperdigadas por el cuarto.

—Ese era el plan, pero todo se fue al traste cuando Steven faltó a la cita. El muy cretino me plantó porque anda ligando con uno de sus alumnos de la clase de Salsa—dijo en tono resignado, mientras yo unía cabos, e interpretaba que Steven era novio de mi hermanastro y además un profesor de Salsa. En tanto él, como reparando en Jake, quien aún permanecía con su torso descubierto añadió—. Lo siento si he interrumpido algo...

La verdad era que sí lo había hecho y me había molestado, pero no podía dejar colgado a mi hermanastro en esto. Se lo veía desecho.

—Descuida, no pasa nada—era Jake quien respondía, mientras se colocaba la camisa, pues era obvio que esto de intentar consolar a Sebas llevaría rato.

—No te preocupes—alegué yo, igual de resignada que Jacob.

—¿Desean que los deje solos para que hablen tranquilos?—inquirió este último.

—No...quédate, si estás con mi hermana eres como de la familia y no me

haría mal escuchar una opinión masculina— comentó Sebastián. Y eso quería decir: «aunque seas hombre estás obligado a escuchar mis dramas». En eso, se fregó uno de sus ojos enrojecidos, corriéndose un poco el rímel—. Además medio Manhattan sabe que tengo cuernos más altos que el Empire State, pero nadie se atreve a decírmelo de frente.

Jake asintió y se puso en plan analista junto conmigo. Aunque yo sentía que sobraba.

—Pero si tú sabes que te engaña, ¿por qué sigues con él?—preguntó.

—Es que no lo sé al cien por ciento— respondió Seb.

—Sonabas muy convencido cuando dijiste que ligaba con uno de sus alumnos— observé.

—Es lo que supongo por su comportamiento evasivo y su falta de compromiso.

Debía darle el punto a mi hermanastro, yo me ponía exactamente así cuando quería terminar con mis ex y añádanle extremadamente odiosa.

—¡De manera que solo tienes sospechas, hombre!—expresó Jake, y se acercó hacia nosotros, pero permaneció de pie (el diván-sommier estaba a disposición de mi hermanastro)—¿Has hablado con él, le planteaste lo que sientes respecto a sus acciones? ¿Lo llamaste para saber por qué faltó a la cita?

Sebastián miraba a Jake con sus enormes ojos verdes cristalinos, oyendo atentamente sus palabras mientras negaba.

—Solo lo llamé una vez pero su teléfono está apagado, así que me levanté de la mesa del bar donde habíamos quedado y me largué de ahí.

«Cual quinceañera en sus días» pensé yo.

—Mira, lo que digo es que si no tienes la seguridad sobre su infidelidad no debes reaccionar tan mal. Quizá él solo es atento con su grupo de alumnos y quizá se muestre evasivo contigo porque quiere darte tu espacio, dada esta complicada situación familiar. Tal vez no quiere absorberte, ni ponerse pesado o demandante porque piensa que tú ahora necesitas más tiempo con tu familia que con él—dijo Jake.

Aquello sonaba bastante posible y hasta un acto noble y desinteresado por parte del tal Steven.

—¿Y crees que por eso ha faltado también a la cita?—Sebas se mostraba aún incrédulo.

—No, pero tal vez iba y se retrasó y no pudo avisarte porque se quedó sin batería—añadí yo—. Dime ¿cuánto lo esperaste exactamente antes de

levantar tu trasero de diva del asiento e irte del Bar?

—Fueron como quince minutos. Ya sabes que detesto la impuntualidad— giró sus ojos.

Ya me lo imaginaba.

—¿En serio solo quince minutos?—dijo Jake sorprendido con una sonrisa en su rostro.

—¡Hubiera esperado dieciséis pero ya estaba ofuscado con él de antes!... ¿Creen qué debí esperarlo más?

Jacob soltó una carcajada, al tiempo que yo golpeaba en el hombro a mi hermanastro.

—¡Claro que sí idiota!

—Auch—se frotó su hombro semi cubierto por las finas tirantas negras del nuevo top que llevaba, como si le hubiera hecho un cardenal.

—Anda hombre, ve a arreglarte ese rímel y vete a la casa de tu chico a buscarlo y a disculparte por haberte ido. Tengo la sospecha que el plantón se lo hiciste tú a él—señaló Jake.

Mi hermano se levantó de la cama de un salto y se dirigió hacia el espejo oval soltando un grito haciéndome pensar que de algún modo sobrenatural, la erótica imagen de Jake y mía, a punto de hacer el amor, había quedado grabada en el vidrio. Pero no, él estaba contemplando cuán desarreglado estaba.

—¡Ay Dios Mío! ¡Parezco un mapache!—empezó a rebuscar en su bolsa que le colgaba de lado las toallitas húmedas desmaquillantes y se las pasó por los ojos. Luego se hizo un perfecto delineado que daría envidia a la misma Cleopatra y volvió su mirada verde fatal hacia nosotros.

—¿Estoy mejor ahora?

Yo levanté los pulgares y Jake dijo:

—Seguro Steven cae a tus pies rendido cuando te vea. Hasta yo estoy considerando salir contigo esta noche—carcajeó—. ¿Adele no te molesta?

Y con eso se ganó el love eterno de mi hermanastro y un almohadazo de mi parte, aunque sabía que bromeaba.

—Te ves muy bien Sebas. Ve y recupera a tu chico—lo animé.

Y yo también me animé, pues quizá con suerte Jake y yo podríamos retomar la escena en donde la habíamos dejado. Aún no era tarde.

—¡Gracias! ¡Lo haré!—dijo envalentonado y animado como por dos instantes mientras se encaminaba a la puerta y una vez frente a esta volteó y añadió dubitativo—. ¿Y si me acompañan?

¡Al demonio! Ya no follaría esta noche.

Tiempo después, estábamos en la ciudad de Manhattan, donde Jake había retirado el auto de la cochera donde lo habíamos dejado y teníamos que ir hasta el barrio donde vivía el novio de mi hermano, que era cerca de Queen por lo que nos tardamos un poco.

Cuando llegamos al hogar de «su reina», después de cansarnos de timbrar (mientras Sebas gritaba a viva voz el nombre de su amado, para ver si este se asomaba hacia el balcón, como Julieta), sin recibir respuesta, y entre las quejas que mi hermanastro de que aún, luego de un año de relación, Steven no le había hecho una llave propia, estábamos rendidos y dispuestos a irnos.

En eso uno de los chicos de la cuadra, que estaba reunido con su grupo en una esquina, comenzó a acercarse hacia nosotros.

«¿Querrá robarnos?» Comenzaba a lamentar que Jake hubiera llevado tremendo automóvil hacia esa zona.

—¡Eh tú! ¿eres el novio de Steven, no?—Sebastián esbozó una sonrisa amplia ante el reconocimiento del extraño. Al menos había hecho bien la tarea de marcar su territorio también en el barrio de su pareja.

—Buenas noches. Sí, sí, lo soy... Por casualidad ¿sabes dónde está él, si salió o algo?—inquirió esperanzado, sin preocuparse por indagar sobre la identidad del desconocido. Con el paradero de su querido le bastaba.

—Te reconocí cuando empezaste a gritar para llamarlo. ¡Vaya pulmones! —dijo el hombre de brazos nervudos, con algunas cicatrices dispersas aquí y allá, y rostro enjuto, mientras sonreía dejando ver la mella en uno de sus dientes (roto en una pelea de seguro)—. Creo que salió...tenía una cita o algo —comunicó.

Sebastián irradiaba felicidad además de purpurina.

—Sí, iba a salir conmigo esta noche. Quizá aún esté en el bar, sino ha regresado—aventuró mi hermanastro cavilando en voz alta.

A mi no me parecía que siguiera esperando, pero no quería romper sus ilusiones y (en caso de que nos robaran el auto) ya veía a Jake conduciendo hacia el bar próximamente.

—¿Bar?—el tipo negó mientras se cruzaba de brazos, y en eso noté parte del tatuaje que ocultaba su playera negra ajustada, pero no distinguí muy bien lo que representaba, aunque me pareció ver parte de una culebra (ex-convicto seguro) —. No me parece, es que tenía puesto su traje de Salsa. Yo creo que se fue para el antro donde da clases.

¡Qué informado que estaba el desconocido y Sebas aún no quería saber

quién era! Si iba a robarnos de todas formas, al menos que se presentara.

—Disculpa, ¿quién eres tú?—no pude evitar mi curiosidad. El desconocido fijó sus negros ojos en mí y sonrió.

—Lo siento Milady, Caballero—dijo posiblemente en «burla» observando mi vestuario y el de Jake, totalmente antagónico a las de él y su grupo, menos formal y más encuerado, y echando un vistazo al automóvil, de paso. Jake que estaba junto a mí, rodeando mi cintura, se tensó—. Mi nombre es Gaspar pero mis amigos me dicen Gaspay —señaló al grupo de más allá, que formaba un semi-círculo, mientras charlaban (y se drogaban seguro) con animosidad, echando alguna que otra mirada eventual hacia nosotros.

—Mi nombre es Adele, él es Jake y él, mi hermano Sebastián, un gusto— ¡como si las presentaciones oficiales nos salvaran del robo!—. Entonces ¿aseguras que Steven está allá?

—Sí, eso me pareció por la forma en que iba vestido...De hecho, tomé camino en esa dirección—señaló la calle, que posiblemente conduciría a su antro de Salsa.

El rostro de Sebas era una máscara de seriedad y pesadumbre.

—Bueno Gaspay, fuiste muy amable al darnos esta información. Ya no te molestamos más, así puedes volver (a delinquir) con tu grupo.

«Solo déjanos ir»

—No hay de qué...aunque antes de que se vayan-llevó la mano hacia atrás y yo estaba segura de que sacaría su arma, pero para mi sorpresa solo nos entregó un folleto, o mejor dicho se lo dio a Jake.

—Sí te gustan las buenas máquinas, como se nota—hizo referencia al Porsche—, mañana va a ver una expo de autos y motos de estilo clásico en el centro del distrito. Totalmente gratuito—comentó—. Mis compañeros y yo acabamos de hacerles los últimos retoques a las nuestras para exhibirlas—señaló las motos clásicas que estaban perfectamente ubicadas a distancia prudente del grupo de «motoqueros», donde no daba muy bien la luz de la única farola de la cuadra, pero que con atención podían distinguirse. Eran realmente magníficas.

—Gracias, será interesante ir, y apreciar de cerca esas motos—confirmó él y yo hice un gesto afirmativo con la cabeza. En señal de agradecimiento por la invitación y porque no fuera un delincuente.

—¡Entonces hasta pronto! Ah y por cierto, búscanos como «Guardians of the Queen» —se levantó la manga de su playera para que podamos ver el tatuaje distintivo del grupo, el cual era un escudo en forma de cadena de

motocicleta (la serpiente que me pareció ver) y dentro de este, centrada una corona de reina de la cual sobresalían hacia ambos laterales las respectivas partes del manubrio de una moto choperera, completando el diseño el nombre del mismo, dispuesto sobre el emblema.

Al final debí reconocer que el tatuador había hecho un magnífico diseño y el ancho brazo de Gaspy era especial para exhibirlo completo.

Una vez dentro del coche dije:

—¿Quieres volver a la casa o ir al antro?

—Quisiera arrojar me del puente de Brooklyn si a Jake no le molesta conducir hasta allá—respondió Sebas más deprimido que nunca.

—No me molesta, pero ¿en serio Sebas? No te pongas así solo porque tu novio no está donde pensabas, quizá volvió del bar decepcionado porque no estabas, se cambió y volvió a salir para ir hacia el club de Salsa.

—Y dejó el móvil cargando—colaboré notando que Sebas intentaba llamar a su chico y este no atendía, sino su buzón.

—No lo sé...es probable...—admitió.

—Solo hay una forma de saber qué pasa. Vamos al club y se lo preguntas a Steven directamente. Y así ya dejas de hacer suposiciones—Jake encendió el motor que rugió como corroborando sus palabras.

—Sí, mejor. Si tienes que sufrir que sea por algo real y concreto.-puntualicé, mientras me abrochaba el cinturón.

—Vale...—dijo mi hermanastro hundiéndose en el asiento de atrás, sin mucho ánimo, e indicó a Jacob donde quedaba el club, por lo que tuvimos que conducir de nuevo hacia Manhattan.

Estacionamos y bajamos todos, pero solo Jake y Sebas entraron para que no pareciera que los tres estábamos acosando a su pareja. Y además porque Sebas se había pensado la excusa de aparecerse allí disque con un amigo que deseaba conocer el lugar y aprender clases de Salsa.

Yo creía que mi hermano buscaba, al aparecerse solo con Jake, darle celos a Steven más que nada. Pero no discutí y me quedé una la esquina del club, cerca del auto, a esperar.

—¿Qué te parecce si tú y yo nosss vamos a un sitio másss privado, «bombón»?—me preguntó un tipo que acababa de aparecerse y que posiblemente había salido del club, pues apestaba a alcohol y a rumba.

—¿Qué te parece si mejor te rompo la cara, «Mojojojo»?—respondí indignada.

Él frunció el ceño probablemente no entendiendo la comparación, porque

era bastante adulto y porque evidentemente no tenía Netflix Kids.

—Nooo tienesss por qué ponerte rabiossa gatita, mejorr dime cuanto me cobrasss por un completo.

Vale esto ya me había molestado «gatita rabiosa» «un completo» Una cosa era que en serio estuviera prostituyéndome por voluntad propia y otra era que me tomaran de puta sin serlo. Pero si ver a una gata rabiosa, se la daría.

Y justo en la madre se la di, luego de dejar mi mano impresa y de paso las marcas de mis uñas en su ebrio rostro a ese cretino, hijo del patriarcado que lo repatriarcó.

Y entonces vi que salían del club, Jake y mi hermano, quien estaba apoyado sobre aquel, con los ojos hinchados de nuevo, rímel corrido, y aspecto de desahuciado.

«¿Qué ha pasado ahora?»

Preocupada y con un shock de adrenalina encima, fui hacia ellos, no sin antes volver hacia el tipo que se encontraba soltando maldiciones, de rodillas en el suelo, para advertirle que si por casualidad se le ocurría volver a tratar a alguna mujer de puta sin serlo, lo rastrearía, lo encontraría y le daría otra paliza para que aprenda que a veces las apariencias engañan (como bien lo había aprendido yo esa noche) y que algunas damas tenemos claras nociones incorporadas de «Kung Fu Panda.»

Los hermanos sean unidos

—¿Por qué estaba ese hombre de rodillas frente a ti en el suelo?—indagó Jake observando al tipo que aún no había podido recuperarse del golpe.

Me encogí de hombros como si tal cosa.

—Tengo ese efecto en la mayoría de los hombres, en general ni bien me ven suelen hincarse ante a mí, cual súbdito a su reina—bromeé para aligerar la tensión del momento.

—Mi hermana rompió «las canicas»^[1] del sujeto—indicó Sebas, que pese a su estado de melancolía, era bastante atento y me conocía bien.

—¿Acaso ese sujeto se atrevió a ofenderte, Adele?—exclamó Jake y tensó su mandíbula—Quizá necesite otra lección el imbécil—añadió sin esperar respuesta e hizo amago de dirigirse hacia el tipo que ya se estaba levantando del piso con esfuerzo, solo para volverse a tambalear y caer esta vez de lado, impactando sobre un metálico poste de luz.

—No creo que sea necesario—señalé volviendo mi vista hacia el hombre—. Creo que ya aprendió la lección y además mira lo ebrio que está... ¿Cómo les ha ido a ustedes?—miré a mi hermanastro en ese momento—. Por la expresión de tu rostro, no muy bien—aventuré.

—¿¡Ese tipo acaba de orinarse en mi Porsche!?!—Jake, que obviaba nuestra conversación, en su enfado, ya se estaba dirigiendo hacia él, doblemente indignado. Entonces Sebas y yo comenzamos a seguirlo al ver que, en efecto, sí iba a golpearlo.

—¿Tienes problemas de incontinencias además de misoginia, hombre?—lo increpó y el borracho lo miró confuso.

—¡Seguro el golpe en los huevos causó eso!—aportó Sebastián en su intento de explicar la situación.

—Sí, pero ¿tenía que hacerlo en mi automóvil precisamente? —gruñó Jacob.

Nunca lo había visto de mal genio hasta ahora. Pero hasta en sus aires de increíble Hulk resultaba atractivo, y menos verde.

El tipo que ya había terminado su servicio de regado del Porsche, dijo con voz quebrada:

—Looo sssiento pensssé que me orrrrinaba en el coche de ella.

¡Eso era el colmo! Con gusto lo golpearía de nuevo.

Sin más miramientos Jake empujó al borracho para apartarlo del coche a grito de «eres un infeliz hijo de perra» El hijo de su perra madre se tambaleó hacía atrás, trastabillando con sus pies e impactando contra el coche, activando la alarma.

Algunos curiosos que pululaban fuera del «Club de Salsa» comenzaron a desviar sus miradas hacia nosotros a raíz del alboroto y a sacar fotos con sus teléfonos celulares. Los más osados, hasta grababan, estaba segura.

Entonces otro sujeto, junto a un par más que se le unieron en el camino comenzaron a gritarnos.

—¡Ey abusadores! ¡Dejen de amedrentar a ese pobre hombre!—dijo el moreno de voz grave.

—¡No veis que está tan ebrio que apenas se sostiene! ¿Por qué no se meten con alguien con todas sus luces?—agregó el rubio, el más alto y corpulento, mientras se arremangaba el acampanado traje de Salsa.

—¡Yo lo vi todo! Primero esa zorra lo golpeó y ahora este otro estirado hace lo mismo. Y falta que el marica también le pegue a este indefenso desgraciado—quien vociferaba ahora era una fulana malhablada que acompañaba a los otros dos tipos de aspecto de matones y se dirigía hacia nosotros igual de envalentonada, arrebolando los volados de su falda.

El borracho me había conocido como gata, ahora ella me conocería como zorra.

Jake estaba igual de tenso y dispuesto que yo, lo mismo que enfadado, porque esos desconocidos no sabían cómo habían sucedido los hechos y nos estaban juzgando y agitando las aguas a base de insultos y amenazas.

Preparándose, Jake también había comenzado a arremangarse, para darse de puños contra el rubio grandote. En tanto Sebastián, por descarte se las tendría que ver con el moreno de voz grave. Yo esperaba que sus tácticas en combate fueran igual de habilidosas que las implementadas en el delineado, porque no podía ayudarlo de lo contrario.

Éramos tres para tres. El ebrio causante de la discordia ni contaba porque a esas alturas ya se había echado a dormir una sienta, todo relajado, contra el cordón de la cera, a los pies del poste. Además una cosa era ser Po y otra muy diferente Jackie Chan.

Sebas nos sorprendió sacando de su bolsa mágica un pequeño envase cilíndrico y metalizado que centelló a la luz eléctrica de la farola.

—¡No es momento para maquillarte! Estos nos van a sacudir ¿no te das cuenta?—le dije cerca de su oído, tensa, apretando mis dientes, pensando que lo que sostenía era lápiz labial.

—¡No es maquillaje bobo! Es gas pimienta en aerosol—explicó—. Así que a la cuenta de tres mejor que corran al coche, porque pienso rorearlos con eso a los tres a la vez—comunicó su plan y como estaba en medio de Jake y mío, ambos pudimos escucharlo a la perfección, justo antes de que el trío de renegados con aspecto de vampiros mafiosos llegara.

—Ahora sí que la cosa está pareja—dijo el vocero del grupo, evidenciando que en efecto, querían riña.

Entonces Sebas, sin admitir discusión, y antes de que pudiéramos detenerlo, roció su vaporosa arma letal (en magistral y habilidoso despliegue) sobre ellos, al tiempo que Jake abría los seguros del coche para que subiéramos, aunque en realidad estaba medio renuente a irse ya que estaba listo para entrar en acción.

—¿Pero qué cojones es esto?! —gritó uno de recién llegados al sentir el ardiente efecto brumisante del gas pimienta tocando su piel.

—¡Aggg arde, arde! ¡Mis ojos!—dijo otro.

—¡Nos rociaron con ácido! Agggg—gritaba la mujer.

En tanto, en medio de los gritos, y fricciones manuales contra sus ojos, que al momento se tornaron enrojecidos e inflamados, nosotros, cual escapistas experimentados, nos escabullíamos al auto. Bueno, todos menos Jake, que se había quedado estático observando.

—¡Vamos! ¿A qué esperas?—tomé su brazo y lo cogí para que reaccione y se meta al vehículo. El mordiente y aturdidor efecto del gas no duraría para siempre.

Finalmente sus pies se movieron (arrastraron) hacia el coche y una vez que todos estuvimos a salvo, encendió el motor y comenzamos nuestra huida lejos del antro.

—¡No puedo creer que hayamos huido como ratas!—se quejó Jake cuando ya estábamos a unas cuadras.

—La huida era inevitable, o sea, ¿viste el tamaño del tipo que me tocaba enfrentar? O mejor dicho, ¿viste mi tamaño en comparación?

—¡Le doy el punto!—aporté yo como la buena hermanastra que era.

Aunque también me había quedado con ganas de sacudir a la maldita agitadora que me había llamado zorra. De todos modos, me conformaba con haber tomado su billetera cuando se cayó, en un descuido, del prominente

escote de su top salsero.

—¡Soy muy joven y guapo para morir!—continúo alegando Sebastián— Además tengo que ejecutar la venganza contra el cretino de mi ex —era obvio que se refería a Steven—, antes de hacerlo.

Y con eso dejaba claro que habían terminado y que su etapa de frustración y amargura había fluctuado a la de odio y venganza implacable en pocos minutos. (Un psiquiatra estaría encantadísimo con su veloz avance)

Jake tuvo que reconocer finalmente que mi hermanastro no hubiera podido sobrevivir a la pelea. Sin embargo dijo:

—Vale, también me pondré de tu lado en esto. Pero dime una cosa, ¿qué clase de gente frecuenta el club de Steven? Al fin tendré que reconocer que sí es un antro.

En mi caso, lo había admitido hacía rato.

—Pues la verdad es que su reputación ha caído mucho en este último tiempo — «como la de Steven» pensé—. Antes mi ex era más selectivo con los que dejaba entrar y ahora entra cualquiera.

—Bueno, a todo esto ¿qué pasó ahí adentro? Es evidente que terminaron, pero ¿por qué?—inquirí, pues no aguantaba la curiosidad y entre un altercado y otro la cosa se había dilatado demasiado.

Jake, que conducía sin rumbo fijo por la ciudad entre las calles menos transitadas -aunque era sábado por la noche y la verdad no había muchas calles sin automóviles o aceras sin peatones, pues la bulla y la fiesta se sentía en el aire, además de la contaminación- y mi hermano, que de pronto estaba muy concentrado en observar si su barniz de uñas se había saltado cuando apretó el atomizador y pulverizó el aerosol contra el enemigo, estaban de pronto enmudecidos.

—¡Oh no! ¿Tan mal estuvo?—ya me estaba mordiendo de la curiosidad y a estos que les había agarrado un ataque de mudismo—. ¡Hablen joder o la paliza se las doy yo a ambos!—intenté sonar amedrentadora y amenazante.

Jacob fue el primero en hablar.

—Digamos que Steven finalmente sí estaba «flipeando» con uno de sus alumnos...y cuando digo «flipear»^[2] me refiero a una sacudida que no está relacionada con la rumba—aclaró, mientras seguía conduciendo, ahora rumbo al área céntrica de Manhattan. Me daba cuanta porque se empezaban a ver los bares, y restaurantes más populares y la aglomeración se hacía más evidente.

—¡Hijo de la gran!—fruncí notoriamente mi entrecejo y luego hice un gesto de asco—. Pero o sea, ¿ahí en pleno antro, delante de todos?

—No, no delante de todos, tampoco te tomes tan literal lo de antro— aclaró Sebas—. Fue en el «reservado». Delante funciona la academia los días de semana, donde se dictan las clases, y los finde se usa como club de baile abierto al público. Y detrás hay un pequeño cuarto o un depósito más que nada, que mi ex ha sabido convertir en albergue transitorio, de paso.

Si el barniz de uñas estaba intacto, ahora de la ansiedad y el enfado, al recordar lo acontecido, Sebas se lo estaba quitando.

—¡Rayos! ¿Y qué pasó cuando lo viste? ¿Te fuiste así sin más o reñiste con él?—continuó indagando—. Al menos yo lo hubiera empalado de una forma menos placentera antes de irme...Solo digo—añadí para dejar clara mi postura frente al engaño.

Noté la miradita de Jake sobre mí, de costado y una media «dolorosa» sonrisa que enmarcaba su hoyuelo.

«Será mejor que lo consideres, querido» pensé.

—¡Claro que hice escándalo! Ni su madre se salvó de mis insultos. Le dejé muy claro que lo nuestro estaba por completo terminado y le dije que simule que yo no existía y que nunca habíamos tenido historia, que haría lo mismo.

—¡Muy bien! ¡Así se hace hermano!—lo de hermano me salió de corazón porque en ese momento Sebas me pareció muy cercano. Me hacía sentir tan orgullosa con sus acciones que hasta le di un aplauso.

—Me alegra que lo veas así porque entonces seguro entenderás que para dar más crédito a mis palabras, me vi forzado en besar a Jake en ese momento.

Jacob casi se atraganta con el aire mismo, mientras conducía y sentí un leve zigzagueo del automóvil, algo muy ligero, pero enseguida recuperó estabilidad.

Fijé mis ojos primero en él y en serio esperé que negara que aquello había pasado y que lo de mi hermano hubiera sido una broma para cabrearme, pero ni bien noté un sonrojo en sus pálidos pómulos me di cuenta que Sebas hablaba verazmente.

—¡Te atreviste a besar a MI NOVIO! ¡TE MATO!—me di la media vuelta para golpear a Sebas quien se cubría de mi ataque con sus brazos, mientras intentaba explicarme todo entre risas... ¿o llantos? Era difícil dilucidarlo cuando estaba tan concentrada en golpearlo.

—¡Fue un minúsculo beso que él ni siquiera respondió! ¡Cálmate Adele! —mis tortas cesaron un poco y recuperé en parte la compostura. Pero dejé un último cachetazo en su brazo, antes de que Jake lo corroborara. Y a tiempo,

porque también tenía una ración de golpes preparadas para él.

—Es verdad cariño, no lo correspondí. Pero le ayudé a tu hermano a fingir que así era—admitió él e intentó tomar mi mano, (seguramente para que no surta a golpes) la cual no fue retirada, porque a pesar del enfado que me causaba que mi hermanastro besara a mi chico, dada la situación podía llegar a entenderlo—. Además me sentía mal por defender antes al cretino de Steven y buscarle excusas cuando sí engañaba a Sebas. ¿Me perdonas?—añadió haciendo una especie de puchero, acompañado de ojitos de un súper-sensual Gato con Botas y definitivamente pude comprender el por qué de sus acciones.

—¿Te calmaste ya? —inquirió Sebas y al fin se relajó, al sentirse libre de mi hostigamiento—. No tienes de que preocuparte Adele que este galán es todo tuyo. Se nota que tiene sentimientos fuertes hacia ti, y yo por mi parte jamás podría quitártelo porque te quiero como a mi verdadera hermana—ese desgraciado besador de novios ajenos sabía ganarse mi corazón con sus palabras—. Pero aguarda...¿Me pareció acaso que lo llamaste NOVIO?—dijo de pronto rescatándose de mi descuido, producto de mi ataque de alteración.

Jake ahora tosía para camuflar su risa y yo suspiraba resignada.

—Sí, así lo llamé—era inútil negarlo.

—Creía que era solo «un amigo con un buen coche» —hizo un gesto de comillas.

—Lo era, pero eso cambió quince minutos antes de que con tus insistentes golpes en la puerta nos interrumpieras con todo tu espectáculo de «Drama Queen»

Dicho esto noté que Jacob estacionaba el Porsche frente a un reluciente Bar Lotus.

—¿Quieres seguir nuestra gira nocturna?—enarqué una ceja. Pensé que él quería volverse al departamento a terminar lo iniciado.

—¿Por qué no? Todavía no son ni las tres de la mañana, hay varios lugares abiertos. Además luego de tanto estrés mejor distendernos un rato, ¿no les parece?—tenía razón, pero yo tenía otras ideas distractoras, un poco menos bochornosas y más *sexosas*.

Sin embargo, no era tan mala sugerencia y lo mejor era que esa noche los tragos nos saldrían gratis porque pagaría con el dinero de esa maldita. Ya le había ojeado la billetera en el trayecto y algunos dólares tenía. Yo los tomaría como indemnización por sus calumnias y violencia psicológica ejercida hacia mi persona. Y por otro lado estaba dispuesta a dejar la cartera con sus documentos y demás credenciales de valor en la comisaría de pasada, antes de

volver a la casa, alegando que la había encontrado en la calle, para que los oficiales se la devolvieran a la propietaria.

—¡Claro, es una gran idea!—reconocí, y Sebas me secundó.

Lo bueno era que hasta ahora se venía tomando bastante bien lo del engaño. Como si saber la verdad lo hubiera despojado de su angustia y depresión y lo hubieran vuelto más determinado y enérgico de pronto. (Fase tres del proceso de recuperación)

El Bar estaba a reventar, por la hora, pero por fortuna encontramos una pequeña mesita para tres en un apartado, algo cerca de los alto-parlantes, y lejos de la barra, pero no me molestaba quedarme un poco sorda, siempre y cuando los mozos prestaran atención a nuestra mesa y nos trajeran cócteles de tanto en tanto. Jake se sentó a mi lado, rodeando mi cintura con su brazo y dejé un fugaz beso en sus labios, porque no quería que mi hermano, que estaba sentado en frente, se pusiera mal de pronto por nuestro empalagamiento momentáneo.

—Mandé llamar a un amigo que vive cerca de aquí para que nos acompañe. Espero no les moleste—dijo él soltándose un poco de mí, y dejando su Iphone sobre la mesa.

En cuanto a mi Blackberry, descansaba en su lecho, en el fondo de mi cartera. Se había quedado sin batería hacía rato.

—Si está guapo por mí no hay problema. Me hará bien distraerme un poco, aunque sea mirando—reconoció Sebas.

Pensaba que no quería saber de chicos por un rato, porque eso a veces pasa cuando finalizas una relación, pero mi hermano estaba implementando la táctica «un clavo saca otro clavo» muy efectiva a mi parecer.

—Seguro que recreas más que la vista...Mi amigo es también gay—dijo Jake y la sonrisa de Sebas se amplió considerablemente a modo Joker, pero menos siniestra.

—No sabía tenías un amigo gay—comenté.

En realidad no sabía mucho de él, además de su inusual profesión y algunos de sus pasatiempos recientemente descubiertos, y pocos datos más que había divulgado en la cena, bajo el breve interrogatorio de mi padre. Agradecía que este último fuera un hombre poco entrometido, aunque sí hizo las típicas preguntas investigadoras que haría todo padre que busca un buen «partido» (en el caso de mi padre un tipo honesto, trabajador y respetable) para su hija, aún cuando el partido se presentara como amigo.

Las preguntas eran del tipo: «¿A qué te dedicas?» A lo cual Jake

respondió «Acompañante» y yo añadí «Terapéutico» de inmediato. Y luego preguntó: «¿Se gana bien en ese empleo?» y él, en su modestia, dijo «Bastante bien» y yo añadí «Conduce un Porsche» y finalmente la pregunta más incómoda y reveladora de la noche «¿Qué me dices de tus padres?» y él dijo «A mi padre nunca lo conocí y mi madre murió a la edad de mis veinte años» a lo que yo tragué saliva y guardé silencio y el resto igual.

Después de aquello ya no hubo más preguntas hacia Jake y nos pusimos a conversar de trivialidades de la vida. Y por supuesto, yo no haría más preguntas en privado porque esperaba que él me hablara al respecto cuando estuviera listo ahora que ya había abierto (un poco forzado) el baúl de sus secretos.

—Ahora lo sabes—me guiñó un ojo—. Por mi parte sabía que eras una mujer temeraria y de temer, pero lo terminé de comprobar esta noche. ¡Te defiendes muy bien cariño!—me felicitó—. Aunque admito que me siento un poco inútil a tu lado—esbozó una sonrisa, mientras le hacía señas a la moza más próxima para que se acercara a la mesa a levantar los pedidos.

Aquel comentario me sensibilizó un poco. No deseaba hacerlo sentir inútil. Sabía que él hubiera podido darle una paliza igual de fuerte o peor al tipo, pero yo en ese momento estaba sola. Además siempre me las había apañado sola. No era la típica damisela que buscaba ser rescatada todo el tiempo por un gallardo caballero. Ese papel se lo concedía a Sebas.

—No quiero que tu hombría se vea afectada—dije en tono de broma.

—Tranquila, solo fue un comentario. Tampoco deseo que sientas que te estoy rotulando o delimitando a un rol, ni nada por el estilo.

—Yo de cuestiones de género mejor ni opino—aportó Sebas y todos reímos.

Después de eso la moza vino a tomar los pedidos y volvió en breve con una gran botella de tequila, sal, limón y tres vasos. Cuando estábamos dispuestos a tomarlos Sebas dijo:

—¡Stop! Vamos a jugar un juego con esto mientras esperamos a Víctor -el amigo de Jake-

—¿De qué se trata? —indagué. Tenía mala experiencia con juegos con bebidas desde que en mi adolescencia en aquel de «Verdad o Reto», por hacerme la valiente y elegir el reto, me había tocado correr desnuda hacia la piscina de casa de Margaret al grito de soy «una virgen frígida». Reto impartido por «Magui Tres Senos», por supuesto.

Y así fue cómo medio curso presente se enteró de mi lamentable

situación virginal a los dieciséis, edad en la que la mayoría ya había tenido su primera vez, y de paso, todos conocieron mi blanco y huesudo trasero. Agradecía que al menos en esa época no estaban tan de moda los teléfonos celulares y que estos no se conectaban a internet o también la humanidad entera conocería mis pompas exhibidas en la Web 2.0

Sin embargo, después de esa noche me llovieron propuestas porque si ya por naturaleza las pelirrojas somos buscadas por nuestros rasgos exóticos, imaginen cuando los muchachos comprobaron que yo era «doblemente pelirroja» Lo virgen también se me quitó al poco tiempo. Aunque no fue con ninguno de mi clase...

—El juego es así: cada uno tiene que decir en voz alta algo sobre sí mismo, una acción que nunca haya hecho. Sin embargo, el otro si en realidad lo hizo debe beber de manera obligatoria, así conoceremos sus secretos. El juego se llama «Yo Nunca, Nunca» —Sebas se frotó las manos cual bruja malvada entusiasmado.

—¡Es interesante!—dijo Jake.

—Pues vale—añadí, no tan convencida de aquello y sin embargo inicié —: Nunca he domido con a una mujer—Jake bebió—. Aunque sí he besado a una—le susurré al oído a mi acompañante y él me miró con curiosidad.

Luego fue turno de Sebas.

—Nunca he delinquido. Hablo de delitos graves—aclaró.

Nadie bebió -por fortuna-. El hurto de la billetera no entraba en el rango.

Fue el turno de Jake.

—No me he acostado con *menos* de dos mil mujeres.

Sebas y yo nos quedamos boquiabiertos.

—¡No puede ser hombre! Nos estás engañando o no entendiste el juego. Porque eso significaría que has dormido con *más* de dos mil y está bien que eres muy guapo y todo, pero tantas, ¡es imposible! Ni que fueras prostituto—dio en la tecla y casi me atraganto—. ¡Joder! ¡Eres un PROSTITUTO!

—¡Baja la voz loco!—golpeé de nuevo a mi hermano. En efecto sí le saldrían cardenales en el brazo.

—Auch...¡Deberías golpearle a él, no a mí! Es quien acaba de decir que durmió con medio N.Y. —exageraba, pero no se lo discutí—. Aguarda... ¿tú lo sabías? ¡Dios Mío! ¡Perra mentiste cuando dijiste lo de acompañante terapéutico!—Sebas reía y ahora bebía un trago él—. ¡Hermana eres todo un personaje extraño!

—¡Ya basta! Deja de hacerme fiesta. Sí, yo lo sabía, desde que lo conocí —expliqué y después de eso Jake y yo nos vimos obligados a contarle nuestra breve pero intensa y complicada historia a mi hermano.

—Vaya...¡esto es increíble!—admitió al final bebiéndose todo el trago —. Pero me alegra que se acepten tal cual son y que no haya secretos entre ambos. Así no hay engaños de su parte—señaló a Jake—. Porque tú ya sabes que duerme con otras por su trabajo y bueno...tampoco es que tú corras riesgo de que mi hermana te deje, porque Adele solo corta las relaciones cuando hay indicios de un compromiso serio y es evidente que eso no pasará en una relación tan abierta y liberal. El éxito está garantizado.

Las palabras de Sebas eran para reflexionar. Quizá fuéramos tal para cual. Y sin embargo, ¿por qué me había molestado un poco saber que Jake había dormido con tantas mujeres? Decidí beber otro trago y no darle mayor importancia, después de todo, al igual que la noche, esto apenas estaba empezando.

—¡Escuchen parece que va a haber karaoke esta noche!—anunció Jake entonces apuntando al escenario.

«¡Genial, con lo que me gusta!» pensé.

—¡Esto no nos lo vamos a perder hermana, es nuestra oportunidad de brillar esta noche!—y así que sin consultarme, tomó mi mano y me arrastró hacia el escenario, mientras pedía al Dj que hiciera sonar el tema «It's raining men»

Hasta que la cárcel nos separe

—¡Fue una injusticia que no ganáramos!—se quejó Sebas, una vez de vuelta en el coche.

—Yo llegué hacia el final del show, pero alcancé a oír los aplausos y abucheos del público y me parecieron arduos—comentó Víctor, sentado junto a mi hermano en el asiento trasero.

Jake había replegado el techo del Porsche volviéndolo descapotable y la fresca brisa matutina despeinaba el prolijo cabello del muchacho.

Víctor había resultado ser muy guapo, no solo a los ojos de Seby sino también a los míos. Era de esos chicos gay por las que las mujeres hetero suspiraban y hasta desean tener pene. Aunque ese último no era mi caso. Los únicos accesorios que llevaría colgando son mis pendientes.

A simple vista no se le notaba su homosexualidad, como a mi hermano, cuya ropa y gestos, además del maquillaje lo delataban. Víctor se vestía de manera discreta y semi formal, como Jake. Esa noche, llevaba una chaqueta gris con costuras en blanco y debajo una camisa satinada, completando el atuendo unos jeans oscuros y mocasines gamuzados. Su cabello castaño claro estaba recortado de forma prolija en general, excepto el mechón frontal, apenas más largo, que le caía de lado. Lo más bonito del joven quizá eran sus ojos, de un tono ambarino, con pestañas largas de un tono más oscuras que su cabello. En cuanto a su cutis, blanco y delicado como seda.

Se notaba que era muy esmerado de su aspecto y en su forma de manejarse y hablar, cuidado en sus modos y gestos. Tal vez hacía poco que había salido del closet.

La imagen de ambos jóvenes me pareció antagónica cuando Seby bajó del escenario luciendo la peluca fucsia que nos habían dado para el show y se sentó a su lado, mientras yo, que ya me había quitado la mía azul marino, tomaba mi lugar junto a Jake.

Pero después de las presentaciones formales y a medida que la charla se fue haciendo más íntima, en especial entre ellos, supe reconocer esa chispa, ese punto de conexión que los unía. Debí admitir que se mimetizaban muy bien pese a sus diferencias y su estilo dispar. Se habían reído toda la noche de los chistes del otro y hasta habían compartido de la misma copa una mimosa.

Hasta en un momento ambos se pusieron «mimosos» entre ellos y allí no me sentí más culpable por ponerme en el mismo estado cachondo con mi chico.

Cuando nos retiramos del bar, eran casi las cuatro y media de la madrugada y este ya estaba cerrando (o sea nos echaron) y por eso Sebas dijo que conservaría la peluca que le habían dado en calidad de préstamo, (por eso y porque estaba molesto por haber perdido frente a un grupo de chicas que según él «aullaron» un tributo a Rihanna)

—¡Deja de quejarte! Al menos no ganó la que intentó imitar a Adele y sonó como Selena Gómez. Eso sería el colmo— afirmé, mirando a los jóvenes desde el espejo retrovisor. Las manos de ambos estaban entrelazadas, lo que me pareció muy tierno.

—Coincido contigo cariño—secundó Jake—. ¡Pero también con Sebas, pues debieron ganar!—añadió queriendo quedar bien con ambos. Aunque mi hermano, solo escuchó la última parte.

—¡Ja! Lo ves. Te lo digo hermana, ahí hubo arreglo. Nadie me gana en mi interpretación de Gloria Geynor—soltó satisfecho con el apoyo de Jacob y el de Víctor que también le daba la razón.

—Vale... ambos ganan, hubo arreglo. El resto sonó fatal y debimos ganar nosotros. ¿Feliz ahora con tu victoria hermano?—pregunté dócil.

—Un poco mejor sí—dejó un pico en los labios de su compañero—. Mucho mejor de hecho—sonrió y Víctor igual.

Al menos la noche que había empezado agitada estaba terminando bien para todos. Aunque yo, en medio de todo el romance de esos dos, la cercanía de Jake, un cielo salpicado de centelleantes astros y «Could you be loved» de Bob Marley sonando de fondo, me empezaba a sentir un poco culpable por haberle robado la billetera a la suripanta del antro de Salsa y peor por haberme gastado su dinero en los tragos. Así que impulsada por esa atmósfera Rastafari, debí confesarle mis acciones a los muchachos y pedirle a Jake que por favor pasara por la comisaría más cercana para que pudiera redimirme.

—Deberías poner algunos dólares dentro, por los que gastaste—dijo Víctor entonces y ante mi mirada fulminante hizo un gesto de disculpas levantando las manos—. Solo digo, para que no te sientas tan culpable.

—Me siento «algo» culpable, pero tampoco exageremos—el tema «Could you be loved» había dejado de sonar y ahora se oía otro más acorde «Bad Boy»

—Vale, yo te llevo a la comisaria pero no podré bajar, he bebido un poco y estoy conduciendo, así que no creo que sea prudente—dijo Jake.

Aquello no me gustó porque no deseaba hacer eso sola, (para el delito no lo necesité, pero para la redención sí) así que insistí un poco más.

—Vamos cariño, no quiero entrar sola en la comisaría, además tampoco es que te vayan a hacer una prueba de alcoholemia ahí dentro—usé mi voz persuasiva y acaricié su pierna.

—Humm vale está bien—dijo él, aún algo dubitativo.

—¡Yo también iré! —intervino Sebas que ya había dejado de intercambiar fluidos salivales a su nuevo querido y de pronto prestaba atención a la conversación—. Te daré apoyo moral hermana, así como tú me lo diste esta noche a mi.

La buena voluntad y la determinación de Sebastian compensaban la indecisión de Jacob.

Finalmente los cuatro bajamos del auto, billetera en mano, rumbo a la comisaría. Fui yo quien hablé.

—¿Buenas noches?—me coloqué frente al escritorio del policía de turno que estaba entretenido y muy concentrado mirando el monitor de la pc que debía contener las imágenes de vigilancia de las cámaras de la ciudad, aunque pude reconocer perfectamente la voz peculiar de Eric Cartman de «South Park» soltando sus típicas groserías. #AmandoAlGordoCulon

—Buenas Noches... ¿En qué puedo ayudarla, señorita?—el policía cambió la imagen del monitor rápidamente volviendo a la de la cámara de la esquina.

—Encontré esta billetera...tirada en la calle y quería devolverla. No tenía dinero, pero sí las credenciales de su dueña, quizá puedan localizarla—dije haciéndome la buena samaritana.

El policía comenzó a examinar la billetera de forma cuidadosa. Aunque no con el mismo entusiasmo con el que miraba «South Park». Entonces un compañero se le acercó con una caja de donut rellenas que depositó en su escritorio y después de echarnos una miradita al grupo, volvió su vista hacia los documentos que sostenía su colega.

—¿No es ese el nombre de la mujer que hace unas horas denunció el robo de su billetera?

Mi corazón dio un vuelco, pero intenté no ponerme roja como mi cabello y mantener la calma.

—A ver...—el policía que sostenía la billetera frunció el ceño y empezó a rebuscar en los archivos del ordenador las denuncias del día, hasta que se detuvo en una.

—Sí, tienes razón, el nombre de la denunciante coincide con los datos que hay en los documentos—me miró fijo y luego a su compañero.

—¿Cómo la reconociste tan rápido? —le preguntó.

El otro policía, un poco más joven, pero igual de obeso, (culpo de eso al sedentarismo de oficina, y a su falta de actividad física, más que a los donut) sacó su teléfono móvil y se lo enseñó a su compañero.

—No solo la reconocí a la chica, sino a ellos—hizo un gesto señalándolos.

Entonces el horror sobrevino cuando reconocí mi voz y vi mi rostro en un vídeo que estaba circulando en Youtube, donde se veía perfectamente la escena frente al antro de Salsa y nuestro casi enfrentamiento con la banda de vampiros mafiosos. Y lo peor, se veía cuando luego de la espectacular maniobra de Sebas con el gas pimienta, yo me inclinaba para tomar la billetera del piso, antes de la huida. Era un primer plano de mi rostro, así que era imposible negar mi identidad aunque hubiera entrado a la comisaría con la peluca azul del bar. Por primera vez mi queja iba hacia la calidad espectacular del vídeo.

En ese momento todos nos miramos entre nosotros pero fue Jake quien se apresuró a hablar.

—Si me permite explicar lo que pasó oficial...—intentó relatar la secuencia de los hechos desde lo del borracho que me trató de prostituta sin serlo y entonces el policía lo interrumpió.

—Ahora que dice eso, también recuerdo haber visto a esta mujer —me señalaba de nuevo a mí en la grabación de la cámara de vigilancia ubicada frente al club. O sea, esa filmación sí la había visto #MalditoKarma—, donde claramente se ve a la susodicha golpeando brutalmente a ese pobre hombre que intentaba conversar amistosamente con ella.

— ¿Amistosamente? Intentaba disuadirme para que le hiciera un completo—solté furiosa

Y aunque debía reconocer que mi patada karateca había estado fenomenal tampoco es que lo había dejado tan herido. Además ni que fuera la gran cosa. Ni «Alvin y las ardillas» lamentarían la pérdida de esas nueces.

—Ese ebrio estaba insultando a mi novia, tratándola de prostituta, sin serlo—se quejó Jake, con indignación, acercándose un paso más al escritorio.

Grave error. El policía se abanicó para apartar el vaho a alcohol.

—Al único ebrio que veo aquí es a usted—se había levantado de su asiento donde la marca de su enorme trasero había quedado impresa—Así que

le aconsejo que baje su tono de voz y guarde palabras para la interrogación, lo mismo que ustedes. Quedan detenidos por robo, agresión y demás disturbios ocasionados en la vía pública hasta hacer la averiguación de antecedentes y prestar declaración.

—¿¡Cómo que todos detenidos!?! —era Víctor quien hablaba—. No tuve nada que ver en este asunto.

«Cuando el barco se hunde, las ratas huyen» pensé en ese momento.

Los policías comprobaron de nuevo el vídeo y nos escrutaron a nosotros y en especial a Víctor.

—Tiene razón, usted no estaba, así que puede irse—dijo el policía más joven mientras que el otro ya nos estaba increpando para tomarnos las huellas y hacernos averiguación de antecedentes. Y Jake también era sometido a un control de alcoholemia.#Putavida.

—¡Los sacaré de aquí chicos!—dijo Víctor, saliendo del edificio, al tiempo que cogía su teléfono móvil y comenzaba a realizar una llamada.

Esperaba que hablara con un buen abogado porque me rehusaba a ir a la cárcel, en principio porque eso de «Orange in New Black» no se aplicaba a mí ya que el naranja me queda fatal, y segundo porque mi etapa lésbica la había dejado en la universidad y no quería repetirla, menos ahora que ya había empezado algo serio, si cabe, con Jake.

Minutos más tarde ya tenía los dedos negros como un bubónico y estaba sentada fuera de la sala de interrogatorio, esperando mi turno para prestar declaración.

Todos estábamos libres de antecedentes, excepto Sebas que tenía dos entradas por disturbio en la vía pública, de las cuales yo era conocedora. Una había sido en una manifestación por los derechos de los LGBT (pero siempre había disturbios en esas marchas contra los grupos católicos opositores) y la otra entrada a la comisaría había sido por agredir a un custodio que no lo había dejado entrar a un club de estirados presumidos por ser gay. En mi opinión, eran las otras personas que tenían claros antecedentes por discriminación y homofobia las que merecían estar tras las rejas.

Pese a eso, todos estábamos libres de otras culpas y cargos y en la declaración coincidimos tanto en la historia que por falta de otras pruebas no nos merecíamos la cárcel. Sin mencionar que a pesar de la mentira, yo había tenido la buena voluntad de devolver la billetera. Y el borracho no había levantado cargos por los golpes. Así que todo se redujo al pago de una fianza por daños y perjuicios y una multa y retención del registro de Jake por

conducir ebrio, cosa que hasta Víctor tuvo a bien pagar, el resto nos habíamos quedado secos. Este último volvió a llamar a su abogado para que finalmente no se molestara en venir a sacarnos de la cárcel porque no quedaríamos tras las rejas.

Al final sí se había preocupado el chaval, por lo cual se ganó mi estima completa y el permiso oficial para salir con mi hermano.

Horas más tarde, ya estábamos llegando de nuevo al departamento de mi padre, justo cuando el sol despuntaba por el horizonte arrancando destellos del Río y de los cabellos de Jacob.

—No quiero entrar aún...vamos al muelle—le dije sosteniendo su mano de dedos igual de negros que los míos.

Sebas ya había entrado al edificio y Víctor se había retirado, luego de haber intercambiado números con mi hermano, además de otros besos que más que despedida, prometían un próximo encuentro.

—Disculpa por todo lo que pasó esta noche—en el muelle la brisa era más fresca, así que nuestros cuerpos estaban muy próximos y nuestros brazos entrelazados en la cintura del otro, mientras sentados, contemplábamos el amanecer de un nuevo día—. Fue de lo más desastroso—reconocí haciendo un rememoramiento de los recientes hechos: disturbios, peleas, cárcel, falta de sexo, etc.

—Todo no...perdí mi registro (había olvidado eso) pero gané una novia —dijo y mi sonrisa se amplió de modo considerable. Hundí mi rostro en su cuello.

—Suena raro aún cuando lo escucho, pero me gusta...y en serio espero que esto, lo nuestro, funcione—dejé un beso fugaz en su cuello antes de acomodarme y volver mi vista al río.

—¿Por qué no iba a funcionar? Como dijo Sebas, somos tal para cual—volví mi vista hacia él, girando un poco mi rostro y luego de mirarnos unos instantes fijamente a los ojos, dejó una sutil caricia en mi mejilla y añadió—. «Te quiero» —entonces comenzó a besarme con lentitud y sin prisa, de manera profunda, al tiempo que sus manos descendían por mi cuerpo y retomaban la tarea que habían dejado hacía horas.

Todavía era temprano y ese lugar del muelle estaba libre de gente. Solo se oía el batir del pequeño oleaje golpeando contra la piedra y el graznar lejano de algún ave pesquera. Poco a poco nos fuimos recostando, sobre la improvisada cama que había formado su chaqueta y mi suéter, y a medida que beso se fue haciendo más intenso y las caricias más prolongadas y constantes,

el calor de nuestros respectivos cuerpos invisibilizó la frescura del viento, en perfecta fusión con los rayos solares.

—También te quiero...— musité entre suspiros, mientras mi voz viajaba de mi boca a su oído, como claros veleros, sobre el lecho del río.

Cincuenta sombras de Jake

—¿Lo quieres con o sin mostaza? —pregunté mientras tomaba el frasco y untaba mi sándwich de pavo con el aderezo.

No era una chef experta pero al menos me salían bien los emparedados e incluso había tenido la intención de preparar un elaborado sándwich vegetariano para Jake que no incluyera solo pan y hojas de lechuga.

—Sin mostaza para mí co-capitana—respondió él mientras terminaba de soltar el ancla.

El día estaba especialmente magnífico. Un diáfano cielo se desplegaba sobre nosotros, surcado aquí y allí por algunas alargadas nubes vaporosas y el radiante febo en el centro.

Eran las doce del mediodía y llevábamos gran parte de la mañana navegando el East River, hasta que encontramos un sitio perfecto, alejado de otros navíos, donde el agua adquiriría un tono verde celeste por la lejanía de la costa y casi estaba límpida. Algún ave surcaba de tanto en tanto el cielo en magistral vuelo, desplegando sus alas, blancas como las velas de «La Libertad»

A lo lejos se divisaba la ciudad de Manhattan y sus altos edificios cuyos cuerpos macizos querían tocar el firmamento.

En ese punto el aire era más puro, fresco y cargado de la humedad del río y lejos de la bulla del tránsito y el gentío solo se oía el murmurar del viento, el romper del oleaje contra la embarcación y eventualmente el bocinazo de algún barco pesquero que anunciaba su paso seguido por el graznido de un escuadrón aéreo de aves marinas.

—Aquí tiene, capitán—le entregué el sándwich al tiempo que él se quitaba el calzado y tomaba asiento sobre la manta que había desplegado en la cubierta, cerca de la proa del barco.

Me había resultado agradable la idea de hacer un picnic distinto y hasta había llevado una cesta con toda clase de comestibles, refrescos y golosinas, porque quería que fuera algo especial.

Ya había pasado un mes exacto desde nuestra primera visita a casa de mi padre y eso significaba un mes de novios, esa era la primera vez que salíamos a navegar solos. Antes lo habíamos hecho en familia (Víctor incluido) pues ya

estaban en una relación formal con mi hermano (Sebas no perdía el tiempo) pero no habíamos podido aprovechar muy bien el día porque una tormenta nos sorprendió a mitad de camino y habíamos decidido regresar por precaución, cosa que agradecí porque ni siquiera tenía un balón de respaldo preparado para que me hiciera compañía en caso de que todos murieran ahogados y yo sola terminara perdida naufragando.

En esta ocasión tampoco había llevado un «Wilson» pero entre las cosas de la cesta había una piña que procuraba guardar para el postre y por si en esas a Poseidón le daba un ataque de aburrimiento y deseaba jugar «naval battle» con nuestro barco.

—Jake hay algo que he querido preguntarte hace tiempo y creo que por fin me siento con la suficiente confianza de hacerlo—musité luego de dar una pequeña mordida al sándwich, arrepintiéndome de haberle puesto tanta mostaza que se empezaba a escurrir por los laterales.

—Vale...pero te advierto que si vas a proponerme matrimonio más vale que hayas traído una buena sortija. Los acompañantes temporales nos cotizamos—me guiñó el ojo divertido y yo reí un poco, negando.

—¡No es eso! —suspiré entonces—. Tiene que ver con la historia que contaste sobre tus padres-la expresión risueña en su rostro se esfumó.

—¿Qué deseas saber sobre ello?—dijo.

—Pues eso: detalles de la historia. Deseo conocerte un poco más. Tú sabes bastante ya sobre mi, incluso conoces a gran parte de mi familia y amigos.

De hecho, hasta mi madre lo había conocido en ese tiempo, pues había caído de sorpresa en mi apartamento y nos había pescado infraganti (por suerte no teniendo sexo) pero casi. Y debí confesarle que estábamos saliendo...además de dentro de la ducha juntos, saliendo como novios.

Entonces mi madre insistió en quedarse a comer, para poder «socializar» (interrogar) a mi chico y sepan que ella no es tan sutil como mi padre, por lo que fue como si el mismo FBI indagara en su vida, aunque ni ella y sus habilidosas tácticas indagatorias pudieron sonsacarle información sobre su familia, más que la ya conocida por mí «que a su padre nunca lo conoció y que su madre murió a sus veinte años»

—Bueno, pregunta y te diré lo que quieras saber—Jake se había cruzado de piernas, cubiertas por un pantalón de lino claro y su vista fluctuaba entre mí y el paisaje, intercaladamente, pero en ese momento ya se había posado en un punto fijo del infinito, quizá evocando recuerdos.

Yo en cambio estaba sentada de la forma más delicada que pude encontrar para evitar que la brisa levantara el vestido y se me vieran las bragas, y mis ojos estaban firmes en él.

—¿De qué murió tu madre?—inquirí empezando con la pregunta más simple, a mi parecer.

—Murió de amor...—fue su inicial respuesta poética y luego añadió una más real—. Se suicidó cuando entendió que mi padre ya no regresaría más.

Tragué saliva y no quise preguntar cómo lo había hecho, porque de seguro eso sí era traumático de recordar y relatar. En cambio, dije:

—¿Pero le tomó tanto tiempo descubrir eso? Digo, uno conserva la esperanza inicialmente, unos meses a lo sumo, pero veinte años...es mucho—di otra mordida a mi sándwich solo porque empezaba a sentir languidez en mi estómago y me sentía también incómoda con la conversación.

—En realidad mentí cuando dije que a mi padre nunca lo conocí—soltó Jake de pronto y casi me atraganto. Tomé un poco de jugo de naranja cuando él volvía sus ojos claros hacia mí—. Lo siento, pero es que eso hubiera preferido, no conocer nunca al infeliz—notaba la tensión en su voz, aunque hacía esfuerzos por controlarse y yo también estaba tensa—. Ni a él ni a los golpes que nos solía dar a mí y a mi madre a diario, como recordatorio de quien mandaba en la casa.

¡Dios Mío! Sentía unas inmensas ganas de rodear a Jake con mis brazos en actitud protectora como si fuera un niño grande, pero no pude, me quedé paralizada ante sus palabras y dentro comenzaba a gestarse un odio inmenso hacia ese hombre desconocido y siniestro.

—Lo lamento Jake y está bien si no quieres hablar de esto...no es necesario—le dije. No quería hablar de eso. Con lo que había oído era suficiente. Pero él continuó con la historia, porque ahora que había empezado a remover el pasado, parecía que este no quería volver a enterrarse.

—No solo nos golpeaba, sino que nos hacía pasar todo tipo de necesidades, porque él era dueño del dinero que ganaba y nosotros vivíamos de su mezquina limosna—hizo una breve pausa—. Así fue la mayor parte de mi infancia, y hasta ese punto, la violencia estaba cotidianizada por mi y por mi madre, pero la cosa cambió en mi adolescencia cuando dejé de aceptar aquello como algo normal y empecé a rebelarme. Entonces los golpes fueron más duros hacia mí. Aunque también podía defenderme ¿sabes?...Pero no lo suficiente.

Mi mano soltó el emparedado (se me había ido el hambre) y se posó

sobre la suya apretándola en un gesto de cariño y entendimiento.

—Seguía teniendo un cuerpo de niño a pesar de mi edad y mi padre era un hombre corpulento y de manos entrenadas para golpear...—continuó diciendo—. Aunque soy obstinado, e insistente cuando quiero algo, así que no me rendía y por mi agilidad esquivé algunos golpes y otros logré atinarle al desgraciado—sonrió amargamente. Sus manos estaban frías a pesar de que la temperatura era agradable y quizá por eso sus dedos estaban algo agarrotados—. Una noche, aunque muy malherido, me propuse entrenarme y ganar peso, porque si podía equipararlo en fuerza, entonces tenía más chances de ganar la próxima pelea y con suerte si le daba una golpiza suficientemente dura podría evitar que él volviera a dañarnos a mí y a mi madre.

Era inútil preguntar qué hacía su madre cuando al pobre niño lo estaban golpeando salvajemente porque sabía muy bien cómo funcionaba eso de la violencia y cómo eran las víctimas de aquella, en especial las mujeres : temerosas, sumisas, obedientes. Seguro aceptaba «los castigos» que su marido le impartía a su propio hijo sin rechistar. Incluso hasta podría justificarlos.

—¿Entonces te entrenaste?—indagué.

—Lo hice, comencé a tomar clases con los bravucones de la escuela donde asistía «ocasionalmente» y no solo eso, empecé a formar parte de su banda, luego de pasar por algunos dolorosos rituales de ingreso. Pero valía la pena un poco más de sufrimiento si al final me libraría de este por completo... Así que pasó el tiempo y cuando me sentí listo del todo fui a enfrentarlo, y no lo hice solo, porque lo fabuloso de pertenecer a un grupo, es que siempre hay otros que te apoyan. Mi banda y yo sorprendimos al tipo a la salida de su trabajo y en un callejón le dimos duro, realmente duro...

Jake hizo una pausa que pareció eterna y definitivamente ahora sus manos sí estaban tensas.

—Jake...¿mataste a tu padre?—era lo menos que podía pensar después de ese relato. Mi corazón comenzó a temblar.

—No lo maté, pero casi. Lo dejamos medio muerto en el callejón, hasta que alguien que pasaba lo vio y llamó a los paramédicos. Cuando la policía preguntó quién lo había golpeado de esa manera, me señaló directamente y también nombró a mi banda, pero no conocía a los chicos que la componían y yo no pensaba delatar a mis hermanos de la vida, por lo que me las apañé solo para aceptar las consecuencias. Era joven aún para ir a la cárcel, por ese tiempo, apenas quince años...y no tenía ningún antecedente e irónicamente tampoco un historial de violencia pública. En cambio, las marcas de viejos

golpes en mi cuerpo evidenciaron que sí sufría abusos físicos y la jueza de menores supo adivinar de dónde venían estos cuando también observó los de mi madre.

—¿Entonces allí la justicia obró a tu favor?

—Podría decirse...Mi madre, después de mucho insistir, y de que le brindaran la suficiente seguridad, pudo reunir valor para declarar en contra de mi padre y se generó una denuncia por violencia doméstica y una orden de exclusión del hogar. También se fijó un perímetro de alejamiento. Luego de eso el tipo desapareció de nuestras vidas y mi madre y yo quedamos a la deriva. Ella cayó en una depresión aún peor por no poder cubrir los gastos de la casa, y porque nadie quería darle un trabajo respetable. Así que vivimos muy pobremente con sus mediocres ingresos y alguno con los que yo pudiera contribuir en mis «trabajitos de niño». Pero prefería eso y no salir a delinquir como ya estaban haciendo varios de los chicos de mi banda...Hasta que con el correr del tiempo, la oportunidad de salir del pozo se presentó.

—¿Te refieres a volverte acompañante?

Era fácil adivinar eso. Yo ya sabía algo de esa historia porque Víctor se la había contado a mi hermano y Sebas a mí. Me había dicho que casi entraron en la agencia al mismo tiempo, (Víctor también había sido prostituto) desde chavales, aunque por motivos distintos, claro. Y que de inmediato se habían hecho amigos y confiado sus secretos e historias.

Víctor siempre había sido gay, pero muy reprimido porque venía de una familia ultraconservadora y por eso se había casi fugado de su casa en cuanto pudo. Quizá ese mismo empeño en controlar su propia naturaleza, impuesto por sus padres, hubiera sido el que le había ayudado a soportar acostarse con mujeres durante largo tiempo, hasta que reunió el suficiente dinero para renunciar y montar su propio negocio y vivir su vida al fin en libertad.

—Exacto, uno de mis amigos de ese tiempo me pasó la data. El trabajo se lo habían ofrecido a él, pero lo había rechazado y sabía que yo lo necesitaba. La paga era excelente, y los beneficios también. Y yo aunque algo inexperto en el sexo, cumplía con los requisitos mínimos de desinhibimiento, simpatía y encanto. Y sobre todo, y más importante, era un joven adulto nativo y sano...Entré de inmediato luego de algunas pruebas básicas y podía ver como mi suerte mejoraba desde mi primera paga, pero...

—¿Pero el cruel destino siempre tienes un as bajo la manga? —aventuré.

—Sí, y aunque mi fortuna era buena, no así la de mi madre. Demasiadas secuelas ¿sabes? Su pasado se negaba a abandonarla, y para acallar sus voces

había empezado a beber desde hacía tiempo y a alucinar con mi padre, en sus mejores épocas, las de su noviazgo cuando aún no era violento, o si lo era, sabía camuflarlo. Y era ese al hombre a quien añoraba, a quien deseaba en sus estados alucinógenos, soñolientos...Pero cuando volvía en sí y se daba cuenta que no estaba y tomaba conciencia de todo el mal que nos había hecho, no se lo perdonaba. Lo odiaba y se odiaba a ella por haber permitido todo eso y de nuevo se sumergía en una nueva fantasía, hasta que un día, cansada, decidió terminar con todo su sufrimiento para siempre y hallar la paz que tanto necesitaba.

Me acerqué a él y lo abracé con fuerza justo cuando llevaba su mano a su mejilla para borrar la única lágrima que se le había escapado de sus ojos ya cristalizados.

—Lo lamento tanto en serio, aunque ya haya pasado, aunque tengas una vida nueva y mejorada, siento tu sufrimiento, siento la familia que te tocó en suerte—yo también sentía la humedad en mis ojos y eso que yo no lloraba—No hay mucho que pueda decir para ofrecerte consuelo o para resarcir nada. Lo único es que ya que dejaste fluir toda tu historia y me la has compartido, espero poder aligerar tu carga, y que sepas que desde ahora no estás solo, que yo también cargo el peso de tus sombras.

Y aunque sonara a cliché y en ese momento él fuera mi versión de Christian y yo su Anna, aquello era cierto, sentía esa imperiosa necesidad de compartir cada cosa que le causara pesar, angustia; esa necesidad de ser con él incondicional, como él hasta ahora lo había sido conmigo, de compartir mis propios secretos, que aunque menos dolorosos que los suyos, me causaban aflicción a mí también. Por primera vez, después de mucho tiempo quería dejar de cerrarme a otros, por temor.

—Gracias Adele...Eres una persona maravillosa, excepcional—esbozó una sonrisa cuando finalizó el abrazo. Acercó su rostro al mío y ambos nos besamos—. ¿Esas son fresas?—dijo al terminar, notando el cuenco que estaba ubicado junto a la cesta.

—Ajá, las compré para el postre y también traje esto—saqué un pote de la misma.

—¿Espuma de afeitar?—Jake soltó una carcajada luego de leer la etiqueta, mientras yo me encogía de hombros.

—¡Hay que innovar!—admití riendo también—. Además aún no es la época de la nieve artificial.

—Con que innovar ¿eh?—sonrió malicioso de pronto y en un ágil

movimiento tomó la espuma y roció con ella el escote de mi vestido. Abrí mucho mis ojos ante el gesto y puse mis brazos en jarra.

—¡Jacob Grey no debiste hacer eso! Ese vestido era una perfecta imitación de Gucci y está arruinado. ¡Pagarás por esto! —con rapidez saqué de la cesta otro pote (el verdadero de crema batida, el otro era de broma) y sin más lo esparcí sobre su rostro.

Él se pasó la mano por sus ojos, para retirar la crema que obstaculizaba su visión y luego lamió el resto de sus dedos.

—Humm le falta azúcar—musitó antes de besarme nuevamente mientras me embadurnaba a mi también con crema—. Mucho mejor ahora—rio satisfecho, sujetándome entre sus brazos, para evitar que tomara represalias.

—¡Genial ahora sí deberemos darnos un baño!—intenté hacerme la ofendida aunque en realidad amaba la idea—. Ve y prepara la ducha—espeté intentando que me soltara.

—Es buena idea...pero ¿quién necesita una ducha cuando tienes el río tan cerca?

Y sin más me levantó sin esfuerzo y me lanzó a las aguas, «vestida y todo», a pesar de mis protestas, advertencias (amenazas) y gritos, para arrojarse él detrás mío.

La rubia estirada

Pasé todo el resto del día quitándome ramitas y basurilla de mi cabello y de mi...de otras zonas incómodas de mi cuerpo. Porque el East River no es que digamos sinónimo de «pulcritud» y eso sin mencionar que estábamos en otoño y a pesar del día soleado el agua estaba helada.

Jacob lo hubiera notado de haber usado algunas de sus muchas neuronas sanas. Pero en ese momento obró por impulso, sin pensarlo y en su arrebató ambos terminamos sumergidos.

La cosa fue que al día siguiente también habíamos pescado un resfriado. Y yo estaba en peor estado debo decirlo, y como él se sentía culpable por aguar (literalmente) nuestro primer aniversario me ofreció un cuidado personalizado. Además de un fabuloso regalo que era una extensión de su tarjeta platinum para que comprara lo que quisiera. O sea, estaba muy muy arrepentido, porque ¿qué hombre en su sano juicio le regala a una mujer una tarjeta? Por lo que a pesar de mi rechazo inicial terminé instalada en su amplio departamento (él usó tácticas de persuasión elaboradas: me prometió sexo diario) con terraza y vista al basto y agitado océano geográfico del centro de N.Y y metida en su maravilloso somier de tres plazas como toda una reina pero con aspecto de cenicienta. Porque básicamente la enfermedad me había consumido la belleza. Tenía la nariz más roja que Rodolfo, ojeras por pasar las noches en vela tosiendo, y mi cabello era un nido de culebras, con estas incluidas. ¡Un espanto!

En fin, yo no quería que Jake me viera en ese estado de deterioro, pero quizá tuviera la fantasía de que al fin llegara mi hada madrina y me transformara en la dama que era o es que el amor como bien dicen es ciego y él no me estaba viendo cómo realmente estaba. Se había mostrado tan gentil y atento en sus cuidados, me había acompañado el médico, comprado los fármacos, cocinado la dieta que me habían recetado que básicamente la constituían varias infusiones y pocos sólidos porque la pus en mi garganta me impedía tragar bien, por lo que encima con las amígdalas inflamadas tenía voz de resaca.

Como sea, pese a todo yo no lo estaba disfrutando cómo quería porque él ni bien se repuso a los tres días siguió trabajando y no podía quedarse de

tiempo completo conmigo -lo del sexo diario constituyó una cruenta falacia-

Ya había pasado una semana en total desde el suceso y recién en ese momento me sentía un poco más persona y podía ingerir más alimentos, aunque la dieta no había sido tan mala, pues había bajado de peso lo que era genial ya que las fiestas se aproximaban y pensaba recuperarlos (soy muy apegada a lo que es mío) y además ya había reunido las fuerzas suficientes para levantarme y poder hurgar en los recónditos sitios de su fabuloso apartamento de dos pisos.

Diré que Jake es un persona muy organizada y ordenada y que la primera vez que me había llevado a conocer su hogar me había dejado maravillada con ello, sobre todo porque yo (salvo mi sección preciada de biblioteca) no soy tan prolija y minuciosa con el orden, pero siempre encuentro todo en mi propio caos. ¿Han oído la frase «mi desorden es mi propio orden»? pues así era yo.

Él, en cambio, era lo opuesto y además tenía todo tan reluciente y nuevo. Era como si todo estuviera recién comprado o tuviera poco uso, y quizá era así porque básicamente nunca estaba en su apartamento ya que el trabajo lo absorbía. No se imaginan la cantidad de eventos sociales que se gestan a diario en la ciudad y la cantidad de damas desesperadas y solteras que buscan un acompañante para asistir a estas.

En parte me había decepcionado de no encontrar en mi búsqueda ningún elemento que hiciera alusión a su profesión, ya saben, tenía la fantasía de encontrar un cuarto oculto del placer...Pero no, a lo sumo encontré uno que funcionaba como despensa o cuarto de almacenaje porque tenía de todo. Lo que me llevó a pensar que Jake era una especie de acumulador o fatalista apocalíptico, de esos que siempre predicen el advenimiento y se preparan para ello.

Era factible que tuviera algún problema de esos, (aunque me inclinaba por lo primero) porque ¿quién diantres acumula tantos alimentos y ropa y también ...juguetes? A menos que tuviera complejo de Santa. Había muchos juguetes en el depósito y hasta papel para regalo.

En eso que estaba por empezar a sopesar seriamente la posibilidad de que Jake fuera un «Santa moderno prostibulario», (que además de sexo repartiera juguetes) tocaron el timbre y de un salto salí del cuarto dejando tras la puerta cerrada sus secretos y después de una pasada por el espejo para constatar que más o menos estuviera decente abrí.

—¿Quién eres tú?—dijo la rubia piernas largas que estaba del otro lado

de la puerta enarcando una ceja. Por un momento me pareció ver una versión mejorada de Margaret en ella.

—YO soy la NOVIA del dueño de la casa, ¿y tú quién eres? —dije un poco a la defensiva.

—YO soy la MEJOR AMIGA del dueño de la casa, y no sabía que tenía novia—espetó echándome una miradita de arriba abajo a la que correspondí también.

Odié con todas mis fuerzas al cosmos por hacerme ver como un esperpento en ese momento. Aún no me sentía del todo bonita porque quedaban secuelas de la enfermedad, y era muy notoria frente a ella la disparidad. Como el antes y el después de Britney Spears.

—Entonces si no te lo mencionó, tal vez no seas su mejor amiga como crees, «linda» —al menos aún podía jactarme de mi sarcasmo frente a esa rubia recién aparecida.

—O quizá tú no seas tan importante para él como piensas, «querida» —replicó. Touché. Directo a mi recién recuperado corazón.

Luego de eso, la rubia estiró su largo cuello de jirafa hacia el interior del apartamento y añadió.

—¿Está él o no?

—No, está trabajando, y yo estoy ocupada ahora, esmaltando mis uñas. Necesito estar lista para cuando regrese, ya que iremos juntos al teatro—en otras palabras quería decirle a esa rubia agrandada «somos muy felices así que lárgate»

—¿Teatro? Dudo que a Jake le guste ir al teatro...La última vez que insistí para ir juntos a ver una obra casi se duerme.

—Quizá la obra no era tan popular—rematé a la mujer que no entendía indirectas y que no quería irse cuando la echaban.

¿Cómo Jake me había ocultado que tenía una mejor amiga tan odiosa y presumida? No, la pregunta era: ¿Cómo me había ocultado que tenía una mejora tan «atractiva»? Si no me había dicho quizá algo raro pasaba. Quizá había algo entre ellos. Y una cosa era que yo aceptara que fuera prostituto y se acostara con mujeres que no conocía y jamás conocería y por ende podía imaginarlas insulsas y feas, hasta frías, pero otra era que se acostara con esta muñeca Barby increíblemente buena que a la fuerza ya había visto.

—Era un clásico de Andrew Lloyd Webber querida, ¿quién se aburre con eso?

—¿Alguien más amante del arte moderno que del clásico? —aventuré y

Jake lo era, más vanguardista que otra cosa. Esta la había ganado yo.

La rubia emitió un suspiro dramático y negó resignada.

—Bien, sino esta mi adorado «Jacky» me iré, pero por favor le dices que Caroline pasó a saludarlo ¿vale?. Y que no se le olvide nuestra cita especial pre-navideña.

—Descuida, se lo diré a «Jacky»— «Ahora lárgate estirada» pensé.

Sin más, la mujer se fue taconeando con sus caros zapatos de charol por el pasillo, y contoneando su diminuta cadera. La odié más en ese momento que antes, porque su parte trasera se veía tan estupenda como la delantera.

Después de ese episodio, junté la ropa que había llevado para mi breve estadía, en mi bolso y me largué yo también del departamento, dejando solo una nota

«Jake gracias por todos tus cuidados y atenciones. Ya me siento mejor, así que ya no tienes que sentirte culpable ni seguir preocuparte por mi estado. Hablé con Jack y mañana me reincorporo al trabajo. XXOO. Adele.»

Vale lo sé, lo de la nota fue dramático, un whats hubiera resultado igual de impactante y efectivo. Pero tenía papel y lápiz a mano y mi teléfono se había perdido en el fondo del revoltijo de ropa y accesorios que había en mi bolso. Y rectifico «a veces mi desorden NO es mi propio orden; es molesto e incordioso» (como Caroline)

Cuando llegué a mi apartamento se me hizo sombrío, pequeño y frío o quizá reflejaba mi estado emocional y anímico.

Y la cosa estaba a punto de empeorar cuando se me dió por checar el grupo de Whats del Reencuentro, al que tenía silenciado y abandonado desde la boda, entrando ocasionalmente para ver alguna que otra foto que mandaban las esposas de su tour europeo, y borrarlas a tiempo para evitar que se me acumularan en la galería y me ocuparan la memoria del teléfono.

Entonces leí los mensajes de los últimos días para distraerme y vi uno de Margaret donde decía que se había enterado de una noticia que la había dejado impactadísima y muy decepcionada porque nunca se hubiera imaginado que una persona a quien ella admiraba y respetaba tanto (mi nombre figuraba allí) pudiera haberse rebajado y engañar a todos en un evento de tal categoría y alcurnia como había sido la boda de Brigitte y Ariadne llevando a este un «vulgar prostituto» y encima haciéndolo pasar por novio.

¡O sea, estábamos en el siglo XXI! Ni que la prostitución fuera un escándalo, y ni que Jake se hubiera desnudado en plena ceremonia y ofrecido sus servicios sexuales al público o se hubiera sobrepasado de algún modo.

Por otro lado, me preguntaba: ¿Cómo se había enterado esa maldita de mi relación con él? ¿Y quién se creía para juzgar a otro cuando ella no era precisamente sinónimo de moralidad!?

Una de las razones de mi asistencia a la boda había sido justamente esa: que no me clasificaran como una persona cerrada. Pero la obtusa de mente era ella.

Estaba indignada y no me quedé en ese grupo de mierda para seguir leyendo aquellas «ridículas acusaciones» en mi contra o las habladurías sobre Jake, que pese de su inusual profesión era una excelente persona. Pero me imaginaba lo que la retorcida de «Magui Tres Senos» podría haber insinuado a continuación: «que quizá Jake pudiera haber propagado alguna enfermedad de transmisión sexual tan solo por respirar el mismo aire que el resto de los invitados y estupideces similares»

Salí del grupo, como debí de hacer hacía mucho tiempo y después de eso apagué el móvil y me sumergí en el interior de mi cama que ya no me resultaba tan cómoda sino lo opuesto: dura y vacía, pero igual me cubrí con la manta y cerré mis ojos esperando que ese horrible día se terminara como los resabios de mi enfermedad. Tenía muchos asuntos que resolver en la mañana, cosas que ya no podía postergar.

Al día siguiente no me levanté del mejor humor del mundo, básicamente porque no había podido pegar un ojo en toda la noche, pensando en todo lo que me había pasado en ese último tiempo, y a eso añádanle que un mosquito me había dedicado una sinfonía completa cerca de mi oído (además de unos cuantos pinchazos) Y lo peor era que cuando encendía la luz para acabar con su mísera existencia este se «invisibilizaba» (cual camaleón se camuflaba a la perfección el desgraciado)

Ya para la octava vez que me levanté de la cama decidí no volver a acostarme y puse manos a la obra, para resolver de una vez por todas mis asuntos pendientes. No deseaba que ningún tenebroso espíritu navideño me visitara en las vísperas de las fiestas para hacerme saldar cuentas.

Como sea, mientras me preparaba una taza de chocolate caliente empecé a planear mi venganza contra Margaret. Ella era la primera en mi lista, y la que merecía más cuidado porque estaba decidida a hacerle pagar con creces todo el mal que me había hecho desde la secundaria.

Primero escribí dos mensajes desde una cuenta anónima: uno destinado a Alexander y otro a Suzane, la esposa del Doctor Wilson y madre de Alex,

donde hacía alegoría a la infidelidad del primero y daba el nombre de su amante incluso. Margaret era tan tonta que en el tiempo que había estado saliendo con el Dr. Wilson había subido una foto con él a su cuenta de face. Yo la había descubierto en mi stalkeo minucioso por su muro cuando ella soltó la noticia de su romance con el tipo, en la boda. En esta se los veía a ambos muy juntos y no precisamente en la clínica donde ella se hacía sus tratamientos, era una foto más íntima.

También noté que el álbum donde estaba la foto figuraba en personalizado, por lo que deduje que Alex no podía verlo. Y me sorprendí considerablemente porque jamás me imaginé que Margaret supiera hacer tan buen uso del Facebook y entendiera el concepto de «personalizar una foto». Sin embargo, no había sido tan cuidadosa de impedir que otros (yo) la viéramos.

En fin, valiéndome de este recurso adicional adjunté la foto al mensaje y cerré aquella cuenta, dejando todo en manos del azar y en el mejor de los casos de Suzane. Esperaba que la madre de Alex fuera de esas mujeres celosas y vengativas y con suerte me ahorraría el trabajo de aniquilar a Margaret en persona.

Acto seguido rebusqué entre mis viejas cosas un álbum familiar, del tiempo en el que las fotos no estaban digitalizadas y hallé una foto de nuestra adolescencia, de la época en que Margaret y yo éramos amigas; porque hubo un periodo en el que sinceramente lo fuimos, cuando no se había convertido en la odiosa presumida que era, y esto pasó cuando «milagrosamente» de la noche a la mañana le crecieron los senos (su madre le pagó sus primeros implantes) y adquirió una gran popularidad en la escuela y pasó a formar parte de los más estirados.

En fin, en aquel tiempo Magui era una tabla rasa (no solo mentalmente) sino también físicamente y no era muy hermosa de facciones, además que usaba unos espantosos brackets para dormir, para corregir su deformación ortodancia. Y en esas fachas nos habíamos fotografiado en una ocasión en la que se había quedado a dormir en mi casa de la infancia.

Cogí la foto y la escanéé mientras me terminaba la taza de chocolate y luego la colgué en Instagram y demás redes sociales etiquetando a la «querida Magui» (sentimental dedicatoria debajo) y de paso a toda nuestra generación. #DirectoEnTuEgoZorra

De inmediato, la foto comenzó a recibir todo tipo de comentarios y varios «me divierte» en Facebook y demás redes y lo mejor fue el «me

enfada» de Magui y su posterior «creí que habíamos pactado quemar esa foto» por el inbox.

Obviamente le clavé un hermoso visto y me dediqué a ignorarla hasta que se cansó de enviar mensajes y finalmente me bloqueó. Y lo bien que hizo porque ya no la soportaba. Había obtenido de su muro lo que deseaba y por más que se había des etiquetado de la foto antes del bloqueo, ya medio grupo (y demás contactos) la habían visto y comentado. ¡Bien merecido se tenía esa zorra de que la expusieran tal cual era, sin las máscaras de la cirugía plástica!

Una vez que ese asunto estuvo resuelto, me puse a terminar mi novela titulada «Cien maneras de deshacerte de una rubia plástica sin que se te pegue lo hueca» En un súbito ataque de inspiración había completado la obra en un día (planear la venganza contra Magui me había puesto creativa). Después de eso la publiqué en Wattpad y Fanfiction.net porque quería darle mayor alcance, y funcionó, aunque mi mayor audiencia fue de China y Japón (sospechaba que eso era debido a las imágenes de animé de rubias zorras pechugonas que había incluido en la historia)

Fuera de eso, aprovechando que estaba en Internet (todo el día me la había pasado en la red) subí las fotos de mis libros a Amazon porque estaba decidida a venderlos. Ya no podía seguir consumiendo cursis novelas adolescentes si quería madurar de una vez por todas y desprenderme de mi colección. Aunque doloroso, era parte de ese proceso de paso a la adultez. Luego, cerré rápido la página y apagué la pc porque ya me estaba arrepintiendo y miraba mezquinamente y con anhelo mi colección de la saga Harry Potter (me sentía el Gollum «mi precioso»)

Por último, hablé con Jack para decirle que me reincorporaría al trabajo al día siguiente sin falta y me quedé pensando en si debía mandarle un mensaje también a Jake, o mejor dicho, responder a sus múltiples intentos de contactarme. Pero aún no me sentía lista para enfrentarlo, sobre todo porque todavía estaba molesta. Además ya había hecho muchísimas cosas ese día y estaba cansada. Planear venganzas y deshacerte de tus libros favoritos consume mucha energía y eso que lo había hecho todo desde el sofá de mi sala.

Apagué el móvil y acto seguido, regresé de nuevo a la cama. Ya tenía la espalda adolorida y mi trasero estaba entumecido de estar tanto tiempo sentada. Así que me llevé la cena allí y me puse a husmear en Netflix la programación intentando no decaer ante las tentadoras propuestas de programación teens. Opté por ver una película más adulta: «La interprete»

(dos horas y media tratando de interpretar de qué iba la película) hasta que al final el cansancio me venció totalmente y me sumergí hasta los infinitos, recónditos e incoherentes abismos del subconsciente.

—¡Ya voy!

Me levanté aturdida mirando el reloj al pasar. Eran las dos de la madrugada y alguien que al parecer no tenía vida o sufría algún severo síndrome de insomnio estaba timbrando como loco.

Abrí la puerta de mi apartamento a desgano, mientras terminaba de cubrirme con la bata animal print a juego con mis pantuflas en forma de garra, al tiempo que intentaba alisar mi indomable y enmarañado cabello. (En mis fachas era la «Tigresa del Oriente»)

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? O mejor, ¿quién te ha dicho dónde vivo!?—mis ojos dormidos se terminaron de despertar al ver del otro lado de la puerta a Caroline.

«¿Se trata de una acosadora que me ha seguido cuando me fui del depto de Jake? ¿O él le ha dado mi dirección? Y si este es el caso, ¿Por qué lo ha hecho?» cuestioné.

—Necesito decirte algo—dijo la rubia estirada que en ese momento vestía un entallado vestido de encaje y... ¿unas Converse de tacón alto? Eso era raro fabuloso, pero raro.

Sin más, la mujer entró a MI departamento sin ser invitada.

—¡Claro pasa! Y siéntete en tu casa...—murmuré apretando mis dientes—. Lo que desees decirme que sea rápido—añadí cruzándome de brazos.

—Vengo a decirte que Jacky ya me contó todo. Me habló de su aventura contigo— «¿Cómo qué aventura?» Lo nuestro no era tal cosa. Estaba sintiendo como la sangre me hervía—. Y yo vine aquí a pedirte que lo dejes Adele.

—Ante todo lo nuestro no es una aventura querida. Somos novios, (por primera vez me sentí muy a gusto usando el término) ya te lo dije hoy en la mañana—tercié de muy mal genio—. Además ¿por qué haría tal cosa, por ti?—enarqué una ceja—. Tengo cara de buena gente lo sé, pero no soy tan generosa.

La rubia se llevó las manos al vientre y suspiró.

—Sabía que dirías eso. Sabía que te negarías a dejarlo, porque él las enamora a todas. Lo mismo hizo conmigo, pero debo insistir Adele, si en verdad lo quieres termina esto y salvarás una familia.

—¿Qué dices? ¿Cómo que una familia?—sentía que mi respiración se estaba tornando dificultosa y empezaba a sentir un mareo.

—Sí una familia. Estoy embarazada de Jake—y entonces cuando retiró sus manos de su vientre este pareció agigantarse, crecer hasta formar un embarazo de al menos seis meses.

—¡Pero qué diantres!

Maldito sueño

—¿¡Pero qué diantres!?

Todo comenzó a darme vueltas en la cabeza en ese momento. Llevé las manos a mi rostro y sentí como mi mundo se derrumbaba.

«¿Un bebé de Caroline y Jake? ¿Cómo es posible?» pensé. Bueno sí, entendía el paso a paso, pero no ¿cuándo había ocurrido?, y ¿cómo le había crecido la barriga tan rápido? De pronto lo entendí y me di un fuerte pellizco en el brazo.

Alrededor todo estaba oscuro, excepto por la luz roja del reloj digital del cuarto que marcaba las seis de la madrugada. Estaba jadeando y sudada y sentía el camisón de seda más pegado al cuerpo que nunca.

Era una pesadilla. ¡Una espantosa y casi realista pesadilla! Pero había detalles que no cuadraban claro, debí darme cuenta desde lo de la bata animal print y las pantuflas de garra. No es mi estilo en absoluto.

Encendí la luz del velador y decidí levantarme despojándome de los fragmentos del sueño y resuelta a mandar un mensaje a Jake, ni bien desayunara.

¡Todo había sido tan intenso! Recordé a Freud y lo que decía sobre que los sueños reflejan nuestros temores y anhelos; además de que otros eran medios de realización de deseos.

Resulta obvio que no deseaba que Jake y Caroline estuvieran juntos, sino lo opuesto, temía eso. Temía perder a Jake y eso era muy grave, gravísimo, porque significaba que me estaba atando a alguien.

Mientras esperaba a que estuvieran listas las tostadas y el café y me servía un jugo de naranja opté por no enviarle aquel mensaje. No hasta que no volviera a desaparecerme. Haber pasado tantos días con él me habían vuelto dependiente y necesitada de ese hombre y eso no estaba bien.

Fui al trabajo y me pasé toda la tarde con el móvil apagado y concentrada en mis labores, intentando pensar en alguna idea para armar una fabulosa historia, pero solo podía pensar en Jake y Caroline, en unas converse de taco aguja y en bebés... Y lo peor era que al mirar el calendario noté que Alice al día siguiente pasaría por mí para hacerse una ecografía, porque quería que la madrina del pequeño Mortdecai estuviera presente. Es decir, que

no me desharía de los bebés por un rato.

Como sea, llegué a la casa, luego de pasar por el centro comercial y comprar unos paquetes (ropita sobre todo) para el futuro retoño de mi amiga, porque a esas alturas ya estaba resignada y entregada a mi suerte y de paso compré una botella de vino fino para mi y demás chucherías, ya que había baratas por las fiestas. Principalmente fueron adornos decorativos y un nuevo árbol que fuera lo suficientemente pequeño, reciclable y práctico para caber en mi apartamento por la temporada y luego desecharlo fácilmente en el fondo del armario o debajo de la cama, donde solía guardar cosas que no usaba, hasta volver a darle utilidad en las siguientes navidades (eso de comprar un árbol nuevo todos los años, ya era un fastidio)

De los regalos me ocuparía más adelante, porque deseaba escogerlos con cuidado. Fundamentalmente de el de mi padre, pues si el destino me sonreía (para variar) estaría con nosotros compartiendo esa última Navidad. Traté de no deprimirme al pensar en eso, pero había tenido un día demasiado espantoso desde que me había levantado y mis fuerzas no me dieron más. Así que de nuevo estaba en pijama y cubierta con una manta, hundida en el sofá y haciendo zapping, sin concentrarme en nada.

Entonces el timbre sonó de nuevo, y está vez estaba segura que era en la realidad y no parte del estado onírico o de la borrachera. Los vinos caros hacen efecto más rápido. Para mi grata sorpresa era alguien más agradable que Caroline. Se trataba de Alice.

—¡Hola hermosa! Te ves...—rebuscó en su mente la palabra adecuada—Ligeramente desalineada—finalizó, mientras me daba un abrazo y un beso en la mejilla, para luego entrar en el apartamento.

—Hola Alice. Gracias, y tú te ves ligeramente embarazada—dije cerrando la puerta tras ella.

—No te ofendas Ely, quiero decir que es temprano para que estés en pijama y además...¿Estuviste bebiendo?—fijó sus enormes ojos oscuros en la botella que estaba casi vacía reposando en la mesa baja de la sala.

—¿Quién más sino?...Aún vivo sola y no he adoptado a ningún vago alcohólico como buena acción navideña.

—¡Oh, oh! ¿Acaso detecto «un aumento» de sarcasmo en tu usualmente sarcástico lenguaje, jovencita? —Alice se llevó las manos a su vientre y en ese momento me recordó a la Caroline del sueño.

Negué y me volví a recostar en el sofá y ella se ubicó a mi lado, haciendo que apoyara mi cabeza en su regazo, como toda una mami

—¿Qué pasa en serio?—dijo al final con gesto preocupado—. He estado llamando a tu celular todo el día, pero me saltaba la contestadora.

—Lo tengo apagado...—suspiré—. Y no sé cómo estoy—le dije con sinceridad. Porque no sabía exactamente cómo me sentía o quizá era tanto lo que sentía al mismo tiempo que ese cúmulo de emociones no me deja pensar y dilucidar con precisión—. ¿Qué deseabas decirme?

—Quería avisarte que la cita para la eco se canceló y no será mañana, sino dentro de dos días, pero eso no es importante—frunció ligeramente el entrecejo—. Me preocupas tú, ahora mismo.

Fijé mis ojos hacia ella y visualicé su expresión de inquietud en su mirada y en ese momento me sentí idiota por preocuparla y por apagar mi teléfono. «¿Qué me pasaba?» O sea, había prometido actuar con madurez de ahora en adelante y enfrentar mis asuntos y luego volvía a ser la misma mujer evasiva, volátil e inmadura de siempre. Me incorporé y tomé sus manos.

—No debes preocuparte Alice, este es solo «otro momento de incertidumbre» en mi vida, que ya se resolverá con el correr de los días. Necesito ordenar mis emociones e ideas, y reflexionar sobre algunas cuestiones y listo—le sonreí, pero a ella no pareció convencerle lo que le decía.

—Cariño, soy tu mejor amiga y te conozco mejor que nadie en esta vida. Este no es solo «otro momento de incertidumbre» —hizo un gesto de comillas—. Fueron muchas las cosas que te pasaron en este tiempo: lo de la enfermedad de tu padre, su reencuentro luego de tiempo sin hablarse, conocer a Jake y enamorarte—fruncí el ceño yo en esa parte, e iba a protestar, pero ella siguió parlotando—, mi embarazo. Lo incluyo porque sé que es un cambio tanto para mi como para ti, porque sientes que con esto me uniré más a Morde...¡Maldición casi me haces decirlo! —reí en ese punto—, a Kevin que a ti, cosa que no será así.

—Vale, vale. Admito que me pasaron muchas cosas y que todo este cúmulo de emociones y sensaciones no me deja pensar o actuar bien en este momento y me siento más errática que nunca y cuando quiero obrar de manera madura y ordenada, hago las mismas estupideces de siempre o cometo nuevas —giré mis ojos con hastío—. Pero sé que es solo una etapa, y que con el tiempo todo volverá a su curso normal y estaré encausada del todo.

—Ely tú nunca estás encausada del todo y eso es lo que me gusta de ti, eso te hace especial. No tienes que poner orden a lo que te pasa, o intentar controlar o reprimir tus emociones, solo déjalas fluir. Di lo que te molesta, lo

que te angustia, tus temores. ¡Y por Dios Ely llora alguna vez para variar mujer! —me reprendió como toda la futura madre que era y mis ojos quedaron muy abiertos en ese momento, aunque no iba a llorar ahora, pero sí haría otra cosa.

—Ya reconocí que tienes razón, que me pasan muchas cosas. ¿¡Quieres que admita algo más!? —me incorporé para ponerme a la par suyo—. Pues vale, estoy enojada con la vida por lo de la enfermedad de mi padre. Me enfada que justo ahora que nos hemos reconciliado se vaya a ir de este mundo y no solo me enoja, sino que me angustia eso. Y también reconozco que siento celos de ti y de Kevin a veces porque siento que él puede robarme el amor de la única amiga real y sincera que tengo y hay algo más...—ya me sentía envalentonada y frenética—Tienes razón cuando dices que me enamoré de Jake, sí posiblemente lo amo porque tengo todos los síntomas físicos y emocionales que me indican que el sentimiento que él despierta en mí es demasiado fuerte para ser un simple querer, ¡Pero eso me asusta más que nada! Y más ahora que estoy a punto de perder a mi padre otra vez. También temo involucrarme y perderlo a él— llevé las manos a mi rostro para cubrirlo, avergonzada, como si hubiera confesado terribles pecados. Sentía agitado mi pecho, una fuerte congoja, oprimiéndolo, que ni bien terminé de hablar se fue aflojando.

Mi amiga me abrazó con fuerza en ese momento y peinó con gesto tierno mis cabellos. Podía sentir un leve pulso en su vientre abultado, su bebé en medio de ambas, también «abrazándome».

—Oh Ely, mi adora amiga, calma. Verás como todo empieza a sanar de a poco, y ahora que al fin has admitido todo será más fácil, porque podré ayudarte en cada fase. Ten muy en claro, que no estás sola—frotó mi espalda con intensidad y yo la suya en caricias asiduas. Cuando me aparté, los ojos de ambas estaban cristalinos, aunque ella ya estaba dejando escapar algunas lágrimas.

Yo temía que tanta emoción le hiciera mal al bebé, así que decidí que lo mejor era cortar el momento del drama, pero antes le dije:

—Gracias Alice, por escucharme y aconsejarme. Y sobre todo, gracias por estar siempre para mí y aportar a mis oscuros nubarrones un poco del destello de tu luz. (#TouchéSwan #TodosLosDerechosReservados). Por cierto, tengo algo para mi futuro ahijado o ahijada—me levanté del sofá y fui a buscar el paquete con la ropita— ¡Feliz navidad anticipada! Espero que le quede, la señora de la tienda dijo que sí, que los recién nacidos tienen casi

todos los mismo talles y el blanco es un color que va con todo así qué—me encogí de hombros mientras Alice abría el regalo y admiraba el ajuar.

—¡Es hermoso! Me encanta Ely—sonreía como loca—. ¡Es su primera ropita! Y la que usará cuando salga del sanatorio—señaló y acto seguido me abrazó nuevamente y beso mi mejilla— ¡Gracias en serio!

Alice se fue poco después, cuando ambas estuvimos calmadas.

Era increíble como luego de abrimme con ella, todo lo que me afligía o abrumaba se iba alejando y el mundo se veía en paz y mucho más claro.

Y eso había sido en verdad beneficioso, porque necesitaría de esa tranquilidad una hora después.

El timbre había sonado de nuevo. Era Jake.

La vida es una rueda

—¡Me alegra que estés bien!—Jake me envolvió entre sus brazos y dejó un beso en mi coronilla—. Estaba preocupado. No respondías tu teléfono y hoy cuando llegué al departamento y no te vi me desesperé un poco, hasta que hallé la nota—hizo una mueca.

—Humm sí, «la nota»...Disculpa si no te mandé un whats para avisarte que me iba, no quería molestarte en el trabajo—me excusé pobremente—. Pasa—abrí la puerta y él ingresó al departamento.

—Siempre me mandas mensajes a toda hora—¡vale ya! Dije que mi excusa era pobre. ¡Qué vergonzoso!—Dime en serio ¿Qué ocurre Adele? ¿Esto tiene algo que ver con Caroline—indagó y yo me tensé al oír el nombre de «esa»

—¿Por qué asumes que lo que me pasa tiene algo que ver con ella?—rodeé mis ojos.

—¡Entonces sí te pasa algo!—señaló pillándome desprevenida—. Caroline me dijo que había estado en mi apartamento y que había hablado contigo y dejado un recado para mí—¡maldita soplona!—. Pero no lo mencionaste en la nota...así que...

—¿No te lo mencioné? ¡Oh que descuidada soy! Supongo que no tenía espacio en la nota para escribir nada más—me encogí de hombros restándole importancia.

—Adele—negó sonriendo—, tenías un blog entero.

—¡Bien! Lo admito, no te dije nada porque no me gustó esta tipa—reconocí, a mi pesar, frunciendo la nariz, en claro gesto de desagrado—. Y menos me gustó que tú no me mencionaras que tenías una «amiga» tan cercana.

—Cariño...— Jake seguía sonriendo e intentó acercarse a mí para volver a tomarme en sus brazos, pero yo lo aparté—¿Percibo celos acaso?

—¡Claro que no! ¿Celosa yo? Sé bien cuál es tu trabajo y te he aceptado como tal— eso era cierto. Todo estaba bien mientras las «clientas» de Jake tuvieran el perfil de la señora Kane y él supiese mantener una relación profesional con ellas. Diferente era este caso. Después de haber conocido a Caroline, notado su belleza y el vínculo que los unía, temía que...que él se terminara enamorando. Aunque no iba a decírselo—. En fin, ¿Quieres algo de

tomar?—cambié el tema y me alejé para ir a la cocina. Yo sí necesitaba beber algo fuerte.

—No, de hecho venía a ver cómo estabas y a proponerte que saliéramos a un lugar especial—aquello hizo que detuviera mis planes de beber y mi curiosidad se despertó.

—¿Dónde?—enarqué una ceja.

—Ya te lo dije a un «lugar especial» —volvió a dar algunos pasos hacia mí—. Por favor, déjame resarcir aquella omisión de la mención de Caroline. La verdad no creí que fuera tan importante decirte que éramos amigos. Hace tiempo no la veo, de hecho— aquellas palabras me apaciguaron un poco, aunque igualmente sentía una mínima molestia.

—Jumm... creo que eso deberías aclarárselo a «Doña Piernas Largas» porque dió a entender que eran los mejores amigos de este mundo, más unidos que Cat Dog. Hasta te llamó «Adorado Jacky» —hice un gesto de comillas, mientras torcía el gesto—. Y explicitó que te recuerde de aquella misteriosa cita suya que realizan anualmente.

—Este año no habrá tal cita—informó en tono solemne, conteniendo la sonrisa—. Porque no la quiero a ella a mi lado, sino a ti— a esas alturas, con su cercanía y sus aterciopeladas palabras, que llegaban flotando a mi oído con su fragante aliento, ya me tenía completamente rendida. ¿Cómo era posible que ese hombre saturara mi buen juicio de esa manera? Dejé que me tomara completamente y depositara un beso en mis labios—. ¿Aceptas? —me susurró mordiendo ligeramente mi labio inferior.

—Vale, solo deja que me cambie de ropa. A menos que tu cita «especial» incluya que me la quite— le guiñé sensualmente.

Jake negó sonriendo (me lo imaginaba) y me dio espacio para que me vistiera.

Tiempo después habíamos bajado y estábamos frente a su coche, el cual estaba adornado con diminutas luces led como un carro navideño. Detrás había una gran bolsa roja con lo que asumía eran regalos, a menos que...

—Por favor, dime que en esa bolsa no tienes un reno muerto, Santa —reí.

—No, no hay un reno—carcajeó él—, pero sí varios regalos—indicó, corroborando mi primera teoría—. Y no intentes indagar más porque no te diré una palabra hasta que llegemos al lugar.

—Vale—me mordí el labio para reprimir la curiosidad—. Mientras que a medio camino no me digas que tengo que vestirme de duende navideño ¡vamos a donde quieras!

Ingresé al auto y dejé que Jake conduzca, sin hacerle preguntas, mientras intentaba desentrañar a dónde me llevaría, a partir de las zonas transitadas y los edificios circundantes. Al fin, él se estacionó frente a una antigua construcción donde colgaba un deslucido cartel de madera, pintado a mano, en el que se leía: «Hogar de Niños Luz y Esperanza» decorado con pequeñas manecitas de infantes. En ese momento entendí a quienes iban destinados los juguetes, la ropa, y los alimentos que había en el cuarto de almacenaje de Jake y sentí un extraño cosquilleo en mi estómago (esta vez sabía que no era hambre)

—¿Haces esto cada año? ¿Donaciones a los niños más necesitados?

—Siempre lo hago para determinadas ocasiones especiales y ya que se acerca la Navidad... Además, siempre escojo distintos lugares: hogares para huérfanos, hospitales, centros de niños con adicciones, o que han sufrido abusos—explicó y no dejé que dijera una palabra más. Me acerqué a él y lo besé de manera impulsiva, profunda, apasionada, mientras esas extrañas mariposas se arremolinaban estrepitosas en mi vientre de tal modo que ya parecían alas de águila.

—Te amo Jake— susurré entre sus labios sin pensarlo, simplemente sintiéndolo.

—Yo lo hago desde el primer día que te vi—dijo fijando sus ojos en los míos, remontándome a su propio cielo impreso en estos.

—Y ahora...—comentó sonriendo, dejando un pequeño último beso— Ayúdame a bajar la bolsa de regalos.

Lo hicimos con algo de esfuerzo, porque realmente era grande y estaba pesada, y cuando estuvimos frente a las puertas del Hogar él tocó el timbre y luego cogió mi mano:

—¡Y corre porque nadie debe ver a Santa ¿verdad?!

No me dejó objetar nada. Nos subimos al Porsche navideño y aceleró rápidamente, dejando solo un haz difuso de luz en el camino.

Encima era modesto, no quería créditos de ningún tipo, solo se contentaba con dar, sin recibir nada a cambio. O bueno, nada no, estaba la alegría y la gratificación de haber hecho lo correcto y la sensación de que con aquel acto de bien llevaría felicidad a aquellos que conocían poco o nada de esta. En ese instante lo amé más y estaba segura de que pronto él también sería recompensado con mucho más, porque la vida era así: una rueda.

—¿Ahora dónde vamos? ¿Tienes qué repartir felicidad en algún otro sitio?—pregunté.

—A partir de ahora me enfocaré en tu felicidad y creo que sé el lugar correcto al cual debemos ir.

—¿Y dónde es eso?

—También es sorpresa—me guiñó, divertido ante mi gesto de protesta, y siguió conduciendo hacia las afueras de la ciudad.

En esa ocasión se detuvo frente a una feria que recientemente se había instalado cerca de la rivera.

La brisa soplaba suave y traía consigo aromas dulzones, de las golosinas que allí se vendían, entremezclado con la típica humedad del río.

Las luces multicolores de los juegos, aportaban una sensación de gracia celestial, pues eran como las estrellas del firmamento, replicadas en la tierra.

—¡No juegues! ¡Adoro las ferias! Me hacen acordar a cuando era niña—dije ilusionada.

—O sea, ¿hasta ayer?—bromeo él.

—¡Ja ja muy gracioso Jake! —bajé del vehículo al tiempo que él, sin apartar mis ojos de los juegos y el gentío.

La bulla se alzaba hasta nuestra posición junto con el arrullo del agua y los cascros de las embarcaciones golpeando contra el muelle.

—Me alegra que te guste, porque también soy amante de los parques de diversiones...y principalmente de la rueda de la fortuna—señaló hacia aquella, la cual era un inmenso halo multicolor, centelleante en la noche.

—¡Igual yo! De adolescente me gustaba aventar escupitajos desde la cima —solté una carcajada—. Bueno, eso y la vista claro.

Comenzamos a adentrarnos en la feria. En todo momento tenía la sensación de ingresar a un mundo totalmente distinto y mágico y pensé que tal vez si nos introducíamos en los laberintos de espejos, encontraríamos un nuevo pasaje a Narnia. Pero Jake tenía otros planes.

De inmediato me condujo a la rueda de la fortuna.

Subimos a esta y, desde la cima, pude vislumbrar el río en plenitud, las luces de los edificios de la vasta ciudad, en armonía con la claridad de los astros, como dos cielos brillando a la par. Un amplio lienzo negro salpicado de motas de cristal.

Del otro lado, se podía distinguir la luminosa antorcha de la Estatua de la Libertad, como un faro en medio del agua, guiando a los barcos erráticos. Era realmente un hermoso paisaje, pero mucho más bello era disfrutar de esa vista con alguien especial.

No sabía a ciencia cierta qué pasaría a partir de ese momento o cuál

sería el rumbo exacto que tomaría nuestra vida en ese punto, pero no necesitaba un faro guía para orientarme, porque interiormente tenía la sensación que lo nuestro iría creciendo más y eso era lo importante.

Por primera vez, no sentí miedo de avanzar, de apostar a un poco más, porque con él no me sentía insegura, a la deriva, ni atada u oprimida. Eso lo había sabido desde la primera vez que nuestros labios se habían unido, hacía ya meses en aquella banca, frente al estanque, como ahora lo hacían en una nueva banca en las alturas, tan cerca del cielo, del viento, de la libertad. Jake simbolizaba para mí eso, él significaba libertad.

Día agitado, ¿noche de paz?

Al fin había llegado el día de Navidad y Jake y yo iríamos a cenar a la casa del Lago de mi padre en las afueras de la ciudad.

Estaba muy agradecida con la vida y los seres supremos, de que al menos, la profecía médica no se hubiera cumplido y que mi padre aún siguiera con vida, a pesar del funesto panorama.

Llevaba un mes más de vida, de lo que sus doctores le habían diagnosticado, y no diré que esto era exclusivo de las extrañas infusiones herbales que Miranda, la madre de Sebas, lo obligaba a tomar o a demás rituales chamánicos, pero sí diré que era una combinación de estas, las nuevas medicinas ultramodernas y la felicidad. Porque mi padre, según me había dicho mi hermano, había ganado más alegría desde que yo había vuelto a entrar en su vida, y eso me hacía también feliz a mí.

Estaba terminando de preparar la maleta, porque nos quedaríamos en la casa hasta que pasaran las fiestas, ya que mi madre no se había tomado muy bien aquello de que «su única hija la abandonara brutalmente» en las Navidades, como me lo había echado en cara, por lo que también se había rehusado a que pasara el fin de año con ella. De todas formas, una parte de mi esperaba que recapacitara.

Quizá la botella de Bourbon que le había enviado surtiera el efecto esperado.

Ese día había sido bastante agitado porque había recibido demasiadas visitas, y llamados, algunas esperadas y otras inesperadas.

Primero Jack me había llamado para saludarme y para que pasara a retirar «mi bono extra navideño», noticia que me había dejado una sonrisa plasmada en la cara, sobre todo porque era un premio a mi desempeño, ya que en el último mes había estado tan inspirada que mis noticias en la sección de entretenimientos causaron alto impacto y hubo un gran aumento de lectores, sobre todo luego de que publicara la noticia sobre las agencias escorts; cosa que el presidente de la empresa también me agradeció y gratificó con varios descuentos en los servicios ofrecidos por «sus sexys chicos», aunque la verdad no iba a aprovechar eso. Yo solo quería a uno y no tenía que pagar por sus servicios, y ciertamente nunca lo había hecho.

Luego había recibido la visita de Alice, Kevin, quien se había afeitado su espantoso bigote (y una que no creía en milagros navideños) y su futuro retoño no nato, el cual sería una niña, según la eco. Eso significaba que tampoco de su parte habría bigote, y si llegaba a ser un poco velluda, contaba con su súper madrina que la llevaría al centro de estética a hacerse una buena depilación definitiva.

Ambos se quedaron a compartir la hora del almuerzo conmigo y en la tarde partirían hacia casa de la familia de Alice en Brooklyn, aunque debían regresar entre semana porque las otras fiestas la pasarían en casa de los padres de Kevin, en The Bronx.

Por un lado a mí me entristecía que Jake no tuviera padres vivos con quien pasar estas épocas especiales y hasta donde sabía, con sus otros parientes nunca había tenido «demasiados buenos tratos», a excepción de una tía abuela por parte de su madre, con la cual contactó ya de adulto, rastreando su árbol genealógico, y a la cual veía poco, pues vivía en otro continente; familiar que prometió «alguna vez» me presentaría. Por otro lado, cuando pensaba en los terribles padres que él había tenido, y en el hecho que las parejas usualmente debían hacer divisiones forzosas en las fiestas para que ningún lado se «sintiera excluido» me sentía agradecida de no tener que pasar por eso (Eso de la mitosis se me hacía un poco incómodo y molesto)

Cuando la pareja de amigos se retiró, pasó Flo a visitarme y a darme sus deseos navideños que fueron más o menos así:

Abro la puerta después de que cierta personita se quedara adherida al timbre como si estuviera embadurnado con pegamento.

—¡Qué pasa Adele!—palma de manos, seguido de choque de puños #SaludoCoolAdolescente—Venía a desearte que pases una linda Navidad en familia.

—¡Hello Flo! Ay que tierna, gracias, ¡igual tú!—respondí con una sonrisa.

—Gracias, y ya que estoy aquí, ¿podrías prestarme el libro de «Criaturas Fantásticas y dónde encontrarlas?» Oh y también «Harry Potter y El Legado Maldito». El otro día vi que tenías una copia inédita – señaló y yo entorné mis ojos.

¡Adolescentes! Chocas los puños con ellos y ya se creen con derecho a saquearte la biblioteca.

—Vale...pero si veo restos de frituras o manchas de refresco sobre esas

preciadas páginas criatura, te juro que estas serán lo último que vean tus hermosos ojos de púber—le guiñé— Va en serio—añadí con cara de piedra.

—¡Lo sé! Tú tranquila Adele, ya sé lo obsesiva que eres con tus libros así que los cuidaré—prometió—. Iba a comprarlos, pero están agotados porque ya sabes son lo mejor, y es época navideña. Además, cuando casi concreto la operación de compra por Amazon, a la tipa loca que los vendía le dió un ataque de arrepentimiento o no sé qué, y al final canceló la operación.

De pronto, me sentí acalorada y sabía que me estaba poniendo roja como un tomate.

—¡Oh! ¿De verás? ¡Qué gente loca! En fin, me convenciste, ve a la Biblioteca y llévate los que quieras.

La culpa me estaba carcomiendo, pero o sea, no podía desprenderme de MIS libros así como así, al menos no de todos. Además, ya había descubierto que madurar no tenía nada que ver con cambiar hábitos o gustos literarios, sino que implicaba un complejo proceso de autodescubrimiento, y un viaje más profundo hacia el yo interno y demás bla bla psicológico.

Por último, ese día interminable había recibido otra inesperada visita de Ariadne y Brigitte. Ambas ya habían retornado de su eterna luna de miel europea. No sabía que cara poner cuando las vi paradas al otro lado de la puerta de mi apartamento al cual jamás habían sido invitadas, o sí hacerlas pasar o cerrarles la puerta en la cara, pero al final opté por lo primero.

Las chicas primero se deshicieron en exagerados saludos y después de que Brigitte halagara mi departamento y lo calificara de «minimalista y sobrio» (era pobre en comparación al suyo) y de que Ariadne hiciera alegoría a que no veía por ningún lado una mascota, y prometiera regalarme alguna próximamente, fueron directamente al grano y contaron que luego de que yo saliera del grupo de Whats por las ofensas y calumnias a las que Margaret me había sometido, ellas mismas se encargaron de quitarla de allí y de paso, también rompieron su amistad.

Hacía mucho que esta se había deteriorado y las esposas solo soportaban a su superficial y maliciosa amiga por una especie de «cortesía» por los momentos compartidos, pero lo que había dicho sobre mí, cuando ella era la responsable de destruir una familia (vaya que los cotilleos volaban) había sido la gota que rebalsó el vaso y a partir de ahí decidieron terminar su vínculo.

Ellas se disculparon conmigo en nombre de «Magui Tres Senos», y me preguntaron si había llegado a ver los comentarios que habían hecho en el grupo luego de que aquella tratara de ensuciarme.

Admití que me había salido de inmediato, y supe entonces que muchos de mis ex compañeros, (ellas incluídas) me habían defendido, alegando que era mi vida personal y que mis relaciones solo me concernían a mi y a nadie más.

Tuve que reconocer que Jake sí era mi acompañante temporal en ese momento, pero que ahora éramos novios y que los prejuicios sobre su profesión no lo definían como persona.

Ellas lo comprendieron, aunque como bien lo habían anticipado a mi no me importaba sino lo hacían, no me importaba la opinión de nadie, en ese aspecto.

Dicho aquello les pregunté si sabían cómo Margaret había descubierto la profesión de Jake y al fin la intriga se develó: había sido la señora. Kane, Eloisa, quien le había dicho a Magui aquello. La rubia al fin se había convertido en su dama de compañía. ¡Y qué bien! porque ahora era la única amiga que le quedaba.

Con esa visita se cerró el atareado día, pero con tantas buenas noticias que había recibido sabía que al fin, luego de mucho tiempo, me esperaba una verdadera noche de paz en familia.

—¡Jake! ¡Adele!—Sebas nos dió uno de sus abrazos de oso cariñoso, cuando bajamos del auto. Él era el único aguardándonos ansioso en la entrada de la casa del lago.

—¿Por qué Jake es el primero a quien saludas?—fruncí el ceño—. ¡Yo soy tu hermana joder!—le di un suave golpecito en su delgado brazo, cubierto por un llamativo suéter navideño.

—¡Es porque él es más guapo! Y además no me golpea—me sacó la lengua mientras se frotaba el brazo y yo rodé mi ojos y me crucé de brazos.

—Yo creo que es porque él te presentó a tu novio Víctor—sugerí.

—Corrección, ¡prometido!—nos mostró una sortija de brillantes, con un enorme diamante en el centro (muy típico de mi escandaloso hermano) la cual lucía en su dedo (y eso explicaba tantas ansias por vernos)

¡Pero joder! ¿Cómo era eso de que ya estaban comprometidos? Llevaban saliendo menos tiempo que Jake y yo. Estaba hiperventilando, a pesar del frío de la estación.

—¡Te felicito «hermano»!—Jake fue el primero en reaccionar y le dio

otro abrazo.

La imagen era antagónica. Jake con su sobrio suéter beige y su chaqueta negra, y Sebas con su colorido suéter romboide.

—¿Tú lo sabías?—le pregunté a mi novio cuando se despegó de Seby—. ¡Y también te felicito! Vaya sorpresa navideña... al menos para mí—le di un beso y un abrazo caluroso—Me encanta la sortija por cierto, es muy tú—tomé su mano para examinarla con cuidado.

—Muchas gracias a los dos—dijo mi hermano sonriendo ampliamente. Irradiaba más glamour que los astros, si hubiera alguno. El cielo estaba totalmente cubierto.

—¡No lo sabía, me acabo de enterar!—me respondió Jake, al tiempo que se encogía de hombros—. Y de nada—le dijo a Sebas—. Me alegra mucho por ambos.

—¡Es así Adele! Deja la menopausia y deja de intimidar a Jake—Sebas me miró ceñudo—Esto fue inesperado hasta para mí, pero como Víctor me dijo: «¿cuándo llega el indicado para qué esperar?»

Con esa frase tocó el lado sensible de mi hermano...¡Con lo que le gustaba esperar a Sebas! Ni siquiera a Víctor lo había esperado para darnos juntos la noticia.

—¡Cuando lo sabes lo sabes!—añadió Jake de inmediato.

—Así es. ¿Lo escuchaste Adele?—indicó Sebas malicioso.

—Vale...ya capté la indirecta, voy a ver a papá—me escabullí entrando a la casa, dejándolos solos a ambos.

La casa del lago estaba tal como la recordaba de pequeña. Su fachada era al estilo cabaña: madera de roble y piedra mineralizada, ahora decorada por luces y adornos propios de la época, que brillaban más que la mica.

Lo que más me gustaba era el muelle pintado de banco, que había en el jardín trasero, el cual daba directo al diáfano lago, bordeado por un espeso bosque. Una imagen de cuentos de hadas.

—¡Papá!—me fundí en un largo abrazo con mi padre, que se levantó del sofá de la sala donde estaba, junto al vigoroso fuego del hogar—. Te extrañaba.

Los leños crepitaban y lanzaban chispas al aire, que parecían sumarse a las luces del árbol de Navidad, el cual yacía a un costado (mientras no se incendiara, todo en orden)

Mi padre, junto con Miranda y Sebas estaban en la casa ya hacía una semana, transcurso durante el cual no lo había visto y ya me hacía falta. El

tiempo era oro en una situación tan especial como la de mi padre, demasiado valioso para desperdiciarlo.

Él se veía bien, pese a su estado. Había bajado de peso, eso ya se hacía notorio a esta altura, y quizá había vestigios de cansancio en su rostro, además de alguna nueva arruga, pero seguía teniendo esa aura vigorosa, enérgica y esa chispa de alegría en sus ojos verdosos, que lo destacaba del resto.

—Hijita, estás hermosa como siempre—me ruboricé un poco. No era para tanto. Me había puesto un vestido verde jade, que me llegaba hasta las rodillas, con el detalle de un lazo negro de raso en la cintura (cortesía de la tarjeta de crédito de mi novio)—. ¿Dónde está Jake?—preguntó desviando su mirada hacia la puerta. Todos lo amaban.

—Él y Sebas probablemente estén bajando el equipaje y hablando del amor y compromiso, bla bla—hice un gesto con la mano quitándole importancia—. Ya sabes...

Mi padre rio entonces brevemente y luego se puso serio.

—Déjalos, si eso los hace felices, no rompas sus ilusiones...como yo he roto las tuyas.

Miré a mi padre directo a los ojos, quedándome sin habla, ligeramente ida e igual de estupefacta.

¡Maldición! Era verdad. Pese a todos los argumentos que había construido a lo largo de mi vida, para justificar mi desidia al matrimonio, la causa fundamental de mi rechazo, era esa, el divorcio de mis padres y su posterior abandono.

—Lo siento hija— él apretó mis manos, las cuales no había soltado desde que nos habíamos abrazado—. Yo amé a tu madre sinceramente—me dijo—. Aún siento por ella, aunque es un amor diferente...Y créeme que fui feliz a su lado y en nuestro matrimonio, pero después de un tiempo ya no funcionamos juntos y fue mejor seguir caminos separados—mi padre me daba ahora la charla que no me había dado de pequeña y era incómodo, pero una parte de mí sabía que era necesario.

—Descuida, yo sé todo eso—me encogí de hombros—. La terapia me ayudó bastante a comprenderlo—dije con la voz algo quebrada, pero intentando mantenerme fuerte.

Era verdad, yo comprendía sus motivos, y una parte de mí lo había perdonado hace tiempo, pero aún así otra parte de mí necesitaba que me los dijera personalmente.

—Está bien, agradezco a Mónica por eso...—sonrió apenado—. Y te pido

disculpas por no haberte dicho todo esto antes, lo mismo que por haberme alejado en este tiempo. Yo quería contactarte, deseaba que volviéramos a ser una familia unida como siempre. Me separé de tu madre, no de ti, jamás podría...—hizo una breve pausa—. Pero estaba el miedo a tu rechazo, y también el tonto pensamiento de que tal vez tú ya no me necesitabas.

¡Era demasiado! Al carajo la fortaleza. Las lágrimas estaban aflorando de mis incontinentes orbes y se derramaban por mis mejillas, caían todas juntas de pronto, en una especie de nueva catarata del Niagara. Todas esas malditas lágrimas retenidas durante tantos años... Mi padre se fundió conmigo en un consolador abrazo.

—Te perdono papi...Y perdóname a mí, por alejarme de ti todo este tiempo... Te amo... y siempre te voy a necesitar... Siempre—le susurraba hipando, en frases entrecortadas.

Entonces me di cuenta que ya no estábamos solos en el cuarto, porque a mi hermano se le escaparon varios aplausos.

¡Oh Dios Mío! Esto no era una telenovela mexicana. Aunque parecía por el drama. Me enjuagué las lágrimas rápido volviendo a mi papel sarcástico de siempre.

—Muy bien, se acabó el momento el espectáculo. ¡Ya no hay nada que ver, así que circulen!—agité mis manos para echarlos.

—¿Me perdí de algo?—preguntó Miranda saliendo de la cocina con una bandeja con galletas navideñas. Lucía un vestido rojo ceñido en la cintura, que luego se abría en forma de campana en la falda, un suéter blanco y sobre este un ancho cinto negro.

«¿Es la esposa de Santa o qué rayos?» me pregunté.

De nuevo la imagen antagónica en mi mente. Mi padre estaba también sobrio con su atuendo en tonos verde y caqui.

—Solo el momento cursi de Adele...—dijo Sebas riendo.

—Momento que nunca se volverá a repetir, así que disfrutalo idiota—sonreí con superioridad.

—No te preocupes, lo tengo todo grabado en mi nuevo iPhone —sonrió con sorna.

—¡Joder! ¡Jake le diste su regalo antes!

—Este... Yo....—Jake examinó las vigas del techo con atención.

—¿Alguien quiere galletas?...Tienen chispas de chocolate y canela—dijo Miranda y todos gritaron «yo» al unisono (me incluyo)

¡Y así es como se rompe un momento de tensión pre-navideña y se

impide un asesinato!

—¡Feliz Navidad!—dijo Jake envolviéndome entre sus brazos, por detrás, dejando un beso en mi cuello.

Estábamos en el exterior de la casa, bajo el porch, admirando como mi padre hacía su despliegue anual de fuegos artificiales, en el jardín trasero, con vista al Lago.

Sebas, en tanto, trataba de hacer una video-llamada a Víctor, desde que el reloj marcó las doce para saludarlo, y de paso para presumir su extraordinario juguete nuevo.

—Feliz Navidad de nuevo cariño—giré mi rostro hacía el suyo y deposité un beso en sus labios.

Era ya la tercera vez que nos saludábamos, y empezaba a pensar que solo eran excusas para besarnos. Aunque pronto tendríamos el resto de la noche, ya que una vez que nos quedáramos completamente solos en el cuarto, no pensaba soltarlo.

—¿Podría hablar un momento contigo Adele?—era Miranda que nos interrumpía.

—Humm claro—miré a Jake quien me soltó entonces, deshaciéndose sutilmente de mi agarre constrictor.

—Yo, creo que iré a ayudar a tu padre con eso de los fuegos—se excusó él y se fue, concediéndonos «nuestro momento a solas».

La verdad es que nunca había hablado a solas con Miranda, y estaba algo ansiosa y a la defensiva por las palabras que saldrían de la boca de aquella mujer roba-esposos-ajenos.

—Adele yo no he tenido la oportunidad de agradecerte por toda la felicidad que trajiste a la vida de tu padre en este tiempo...

—No tienes que agradecerme nada, hago lo que toda hija que ama a su padre haría—la corté en seco.

—Lo sé, sé que lo amas, pero aún así tenía que decirlo, pues yo he estado con él en el tiempo que no estuviste — esa sí fue una autentica bofetada verbal—. Y lo he visto sufrir por tu ausencia. Pero supongo, que tenías tus motivos para no aparecerte por aquí — «Exacto, tú» — y no puedo evitar pensar que ha sido mi culpa en parte.

¡Rayos era psíquica!

Me quedé callada un momento y luego dije:

—Un poco sí...—asentí y pude ver cierta conmoción a través de sus

gestos—. La verdad es que al principio te odiaba porque mi padre mostró más interés en ti y en su nueva familia, que en la que dejaba—solté con verborragia.

—No era así —interrumpió—. De hecho tu madre y tú siempre estuvieron presentes, en sus pensamientos, en sus gestos, y en sus palabras. Admito que al principio estaba celosa del amor que él les guardaba, en especial a tu madre, pero luego comprendí que el destino me puso enfrente de tu padre, un poco tarde, pues ambos teníamos una vida hecha, familia y parejas anteriores, y era aceptar amarlo en esos términos o alejarme...Y conoces mi decisión.

—Te quedaste...—musité.

—Sí, porque en serio lo amo y por eso lo acepto por completo, a él con toda su historia y con las personas significativas en su vida, que siempre van a acompañarlo.

Vale, eso fue lindo de su parte, y obviamente un pensamiento muy altruista y admirable. Me sentía una egoísta por mis malos sentimientos hacia ella, y por mi falta de comprensión inicial. También por pensar en ponerle varias veces laxante en su comida.

—Eso es muy noble...—esboqué una sonrisa de lado—Siento aquello de odiarte y tal; supongo que solo me faltaba madurar. Pero ahora puedo discernir las cosas y entiendo que mi padre me ama, y no me cambió por ti o Sebastián, solo que incluyó más personas en su vida, a quien amar.

—Es cierto, nunca se trató de restar, sino de sumar—me guiñó y levantó la copa con champaña que llevaba en su mano. Yo buqué la mía, que estaba sobre la mesa del porch (casi vacía) e imité el gesto—. ¡Feliz Navidad, Adele!—me dijo.

—¡Feliz Navidad Miranda!

En ese instante estallaron los fuegos y la noche se iluminó con iridiscentes luces similares a ángeles cayendo del cielo. Pero el maravilloso espectáculo fue interrumpido cuando Jake soltó un grito y una sarta de insultos irreproducibles.

—¡Qué diablos!—salí corriendo a su encuentro y vi que su mano estaba sangrando.

—¡Traeré el botiquín de primeros auxilios!—anunció Miranda y sus piernas menudas salieron disparadas, cual corre caminos, hacia el interior de la casa.

—Le advertí que aquellos fuegos—señaló mi padre, mirando la pila de material pirotécnico contenidos en una caja de madera—, eran algo inestables. Son de hace un par de años atrás...

—¡MIERDA! ¡Esto arde!

—¡Tranquilo cariño, ya pronto vendrá Miranda!—miré a mi padre ceñuda—. Y tú papá no debiste advertirle, directamente debiste deshacerte de esa caja.

Él se encogió de hombros algo molesto.

—¡Yo no sabía que de todas formas iba a usarlos! Ya le había ADVERTIDO—volvió a decir y no dudó en romper un pedazo de tela de su camisa para envolver la mano de Jake.

Miranda tardaba décadas. «¿Dónde diantres está el botiquín, en Alaska?» pensé.

—¡Aggg qué dolor!—volvió a quejarse mi novio, mientras la sangre se esparcía rápidamente por su piel, empapando parte de la manga de su suéter.

—¡Joder papá! ¡Pero es que tú no sabes que a veces Jake tiene lapsos idiotas!—le quité el pedazo de tela, para vendar la herida yo misma y así detener el flujo de sangre que era cada vez más prominente—. ¡Y tú deja de quejarte, no contribuyes!—le espeté a Jake.

Entonces llegó Miranda, y Sebas tras ella, con una mueca de disgusto pintada en el rostro.

—¿Podrán creer que no me he podido comunicar con Víctor en lo que va de la noche?—giró sus ojos con fastidio—. ¡Odio que las redes colapsen en momentos importantes!-. Miranda en tanto ya estaba vaciando el botiquín y empezaba a echarle yodo a Jake para limpiar la herida. Aquel volvió a gritar interrumpiendo la plática superficial de Sebas, que todos ignorábamos—. Pero ¿qué demonios pasa? ¿Por qué tanto alboroto?—añadió mi hermano, prestando atención, por primera vez, a la escena que tenía enfrente—. ¡POR LA SANTA MADONNA! ¡ESO ES SANGRE!— dijo y sin más se desmayó.

Hora y media después...

—¿Aún te duele?—pregunté, mientras miraba con pena la mano herida de mi novio. Miranda le había puesto más vendas a su mano, que los sacerdotes egipcios al cuerpo del difunto Tutankamón.

—No mucho. Al menos la sangre se ha detenido—Jake desvió su mirada hacia el lago, donde la luna bailaba sobre aquel aterido espejo de agua, iluminado por los fuegos.

—Vale...—mordí mi labio—Pero aún así te noto raro y sino es el dolor no sé qué sea—añadí un poco temerosa de su respuesta.

Lo cierto era que luego de que todo el drama pasara y de que asistiéramos sus heridas y a Sebas, que despertó después de que prácticamente vertiese medio frasco de Carolina Herrera en sus fosas nasales, Jake prácticamente no me había hablado. Ni siquiera me había dado mi regalo navideño y todos los habíamos intercambiado.

De parte nuestra, Miranda recibió un perfume, regalo que realmente le resultaría muy útil en futuros desmayos de su hijo. Aunque como era importado, yo lo pensaría dos veces antes de desperdiciarlo, y también un vestido mucho más sobrio que el que llevaba. Sebas el iPhone -ya era suficientemente caro, para otros regalos-. Mi padre un juego nuevo de pesca con riles y todo un kit de anzuelos relucientes, que podría estrenar al día siguiente si el clima ayudaba. Jake una chaqueta y camisa de diseño -me había gastado los ahorros de mi vida en esas prendas- y un rolex original, porque las imitaciones las tenía cualquiera -había invertido los otros ahorros en el reloj, pero él lo valía.-

Mis regalos le habían gustado, su rostro y sus palabras de gratitud lo expresaban, pero no tuvieron el impacto que deseaba.

Como sea, también hubo muchas otras chucherías. Yo recibí un suéter de parte de Miranda -agradecí que no lo hubiera tejido ella, como el de Sebas, porque todo bien que nos hubiéramos reconciliado, pero mi sacrificio no llegaba a tanto-. También un hermoso relicario que me otorgó mi padre, con la foto de ambos dentro -eso lo atesoraría por siempre- y Sebas me dio...bueno, públicamente no puedo decir lo que me regaló, solo diré que fue un regalo muy sexy.

En cuanto a Jake... como dije, él no me dio nada y no es que fuera interesada, pero a ver, mencioné que me GASTÉ LOS AHORROS DE MI VIDA en sus regalos. Y no solo eso, fue exprimir mis neuronas, por días, pensando qué podría regarle que fuera tan wow que lo dejara alucinado y que pudiera expresar que yo notaba sus gustos caros y su estilo particular...En fin, tanto esfuerzo para nada.

—No me pasa nada...o mejor dicho, hay algo en realidad—volvió sus ojos hacía mí y mi corazón dió un vuelco en mi pecho.

—Ya suéltalo Jacob—me estaba desesperando.

Él sonrió un momento por mi desesperación y luego se puso serio.

—Toda la noche he estado actuando raro...lo sé. Fui más imprudente e impulsivo que de costumbre, porque de hecho no suelo ser así.

—Lo sé, yo me llevo el mérito en ese aspecto—confesé.

—Pero tengo una explicación para «mis momentos idiotas de hoy»—dijo e hizo que mis mejillas ardieran de vergüenza.

—Lamento haber dicho eso frente a mi padre—mordí mi labio—. Para tu tranquilidad yo tengo más lapsos idiotas que tú—me excusé.

—Ahora estas teniendo uno—rio— ¡Déjame hablar!

—¡Lo siento!—hice un gesto con mi mano, colocando un cierre invisible en mis labios.

Él metió su mano izquierda (la sana) al interior de su bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo negra con un lazo verde esmeralda, poniéndola frente a mis ojos.

Si su explicación estaba en esa caja era la peor que podría darme.

Me empecé a sentir mareada. «¿Por qué tiene que arruinarlo?...Íbamos tan bien hasta ahora. ¿Por qué tiene que proponerme matrimonio?» sollocé internamente.

—Anda ábrela...Yo no puedo con una sola mano—animó.

Vale...No quería una propuesta, pero si la iba a hacer, más vale que le pusiera empeño ¿no? Eso no tenía nada de romántico. Sinceramente, estaba decepcionada, doblemente.

—De acuerdo, pero si es una sortija de matrimonio, ya sabes mi respuesta a eso—le advertí.

—Tranquila, te conozco mejor de lo que crees—me guiñó y yo abrí la caja.

Tenía una llave dentro.

El día «D»

—¡Seguro te regaló un automóvil!—dijo Alice del otro lado de la pantalla entusiasmada, (estábamos en una video-llamada por Skype) mientras, yo le enseñaba la cajita con la llave dentro, que Jake me había dado como regalo.

—¡No es eso! ¿Has visto bien la llave? No es para un coche, más bien parece la llave de una casa—intervino mi hermano Sebas, que estaba conmigo en el cuarto, curioseando mi vestuario, para ver si alguno de mis sexys tops le quedaba (Víctor llegaría en unas horas y se quedaría para pasar el fin de año con nosotros)

—¡Ni coche, ni casa!—respondí, girando la pantalla de la notebook hacia mí, mientras Sebas se probaba uno de mis tops de encaje. Aquel que él me había regalado (que parecía lencería) y ni siquiera me había dado tiempo de estrenar—. Creo que abre un cofre secreto—afirmé casi con seguridad.

—Definitivamente tienes que dejar de ver Piratas del Caribe Ely—rio Alise.

—Ya lo creo—añadió Sebas igual de risueño.

Yo fruncí el ceño.

—¡Esto no tiene nada que ver con Piratas del Caribe o mi enamoramiento con Johnny!—negué indignada—. Pero estoy segura de que abre un cofre, porque a Jake se le ha dado por el misterio y cuando le pregunté qué abría la llave, me dijo: «Tendrás que adivinarlo, pero es parte de un gran tesoro» — giré mis ojos—. ¿Y dónde están los tesoros? Pues en un cofre—resolví.

—Buen punto—aceptó Alise, mientras se acariciaba la panza de embarazo. Mi futura ahijada había crecido mucho en este tiempo—Aunque el automóvil no sonaba mal...

—¡La casa tampoco!—comentó Sebas.

—¡Dejen de ser tan codiciosos!—me crucé de brazos—. Tengo una casa y un coche...No quería nada de eso, pero al menos esperaba un regalo más sustancioso que una llave.

—Bueno y... ¿Cómo pretende Jake que halles ese tesoro? ¿Te dió una pista concreta de dónde empezar a buscar o vas a ir por allí abriendo cofres por doquier?—inquirió Alise, en un tono algo burlesco.

—Me dijo que yo misma adivinaría dónde encastra la llave en estos días,

así que a esperar—suspiré—. En fin, te queda bien «el top que me REGALASTE»— le dije a mi hermano que ya había abandonado el look navideño y volvía a sus viejos hábitos de diva.

—Lo sé, soy hermoso. ¡Todo me queda bien!—dijo ignorando la parte del reclamo.

—¡Seguro Jace Herondale!—le espeté, mientras él imprimía un beso en mi mejilla y me marcaba con su brillo labial llenándome de purpurina—. ¿O debería llamarte Magnus?

—El novio del brujo no está mal...—me guiñó—. En fin, voy a telefonar a mi propio Alec chicas —indicó y luego de saludar a Alise, a la distancia, se largó.

Me sentí orgullosa de mi hermano nuevamente (no solo por aquel sorpresivo amor que había manifestado a toda mi colección de libros teens) sino porque en todo este tiempo, y con ayuda de Víctor era un hombre nuevo, radiante y mucho más feliz.

Alice y yo nos quedamos hablando un rato más de nuestras cosas y más tarde me dormí, aprovechando que Jake no estaba, (de lo contrario hubiera hecho más que dormir en esa cama) pues había salido a comprar provisiones.

Mientras descansaba, tuve un sueño extraño donde volvía a ser niña.

Estaba en el Central Park donde solía ir a patinar con mis padres en invierno, y los tres estábamos recorriendo la pista, girando, riendo, mientras suaves copos de nieve caían sobre nosotros, como azúcar glaseada (de hecho sabían de esa manera). A pesar de la nieve, el clima era agradable en el sueño y tras una fina capa de nubes, el sol brillaba.

De pronto, hice un giro inesperado y mi rodilla impactó contra la pista de hielo y empecé a llorar desconsolada.

Llamé a mi padre, pero no podía verlo entre la multitud, que patinaba en torno a mí, cubriendo incluso la luz.

Me encontré sola, entre varios extraños que me impedían moverme, y a oscuras. El dolor de la rodilla se volvía intenso y estaba sofocada por el llanto.

Volví a llamar a mi padre mientras la congoja se agigantaba en mi pecho y entonces cuando pensé que ya no iba a verlo, él apareció abriéndose paso entre la gente, llegando a mi encuentro.

Me sujetó en sus brazos y me susurró que me calmara, que pronto el dolor pasaría y que no estaba sola, pues él siempre estaría conmigo...

Secó mis lágrimas, mientras sonreía, empapado por la luz solar que

brillaba sobre él como un halo.

El sueño pasó, y me desperté con los ojos y las mejillas húmedas por el llanto y con la sensación amarga en el pecho, por los recientes sucesos oníricos.

Al momento Jake llegó al cuarto, con el rostro abatido, y detrás de él entró Sebas, con sus ojos también llorosos.

En mi sueño, fue la última vez que vi a mi padre con vida.

En momentos de pérdida es cuando empezamos a filosofar, a formularnos varias preguntas acerca de nuestra existencia misma. Algunas son de respuesta inmediata y otras no tanto...

«Hoy estamos aquí vivos y mañana, por acción de Dios, o por algún evento fortuito derivado de lo que algunos llaman «suerte» «fortuna» o «destino», dejamos de ser, simplemente desaparecemos, morimos. ¿Qué nos depara el después? Eso no lo sabemos con seguridad. Quizá la vida inmortal, en otro plano espiritual, quizá solo una anhelada paz y el eterno descanso. Y ¿qué dejamos en este paso transitorio por la vida terrenal? Eso es fácil de contestar. Dejamos parte de lo que fuimos en nuestro legado.»

El funeral fue rápido, porque de hecho no hubo funeral. Mi padre no creía en esas cosas, y decía que solo era alargar el sufrimiento de los que quedábamos. ¿Para qué pasarse horas contemplando al difunto en un ataúd abierto? El muerto no iba a revivir por más que lo miráramos o lloráramos sobre el cuerpo hasta el cansancio.

Tales actos eran, en sus propios términos, «una pérdida de tiempo y de dinero». Él prefería la cremación inmediata. Nada de flores o coronas en la casa (para muertos con uno suficiente) mejor que las flores crecieran vivas y fragantes en la tierra.

Todo se hizo tal como lo dispuso, luego de que las autoridades médicas y policiales examinaran el cuerpo y acordaran que había muerto de causas naturales, y mientras el párroco designado daba la bendición correspondiente para el descanso de su alma.

Con su historial médico, eso no fue tan difícil de corroborar la causa de la muerte. Aunque los doctores se asombraron de que viviera más del tiempo pronosticado. Ese fue el auténtico milagro.

En lo demás, el cáncer ya estaba muy avanzado y el corazón deteriorado. Por la tarde, mientras yo dormía, él había sufrido un paro cardíaco.

Ahora entendía que el significado del sueño era «la despedida».

En ese momento, sostenía el arcón con sus cenizas mientras «La Libertad» se adentraba en las aguas del East River, donde parte de estas se verterían, como también había sido su voluntad.

Fue una ceremonia pequeña y con la familia más íntima. Todos dieron el último adiós mientras tomaban un puñado de sus cenizas y lo arrojaban al río, que ávidamente las absorbía. El agua siempre había sido una parte vital de él, y ahora era una con él y por sus largas venas se extendería, del río al mar, del mar al océano, y desde allí hasta los confines mismos de la tierra.

Al día siguiente, primero de año nuevo, Jake me dijo que tenía una sorpresa para mí.

—No estoy de ánimo para nada hoy cariño—le dije desde la cama de mi departamento.

Había decidido volver a la ciudad, porque en la casa del lago se estaban quedando algunos de los parientes de Miranda, y familia de nuestro lado, que habían venido, más que por las festividades, a acompañarnos en «nuestros momentos de duelo»

Sin embargo, yo prefería pasar mi momento de duelo en soledad, o sea, Jake y yo. Él se estaba quedando en mi departamento hasta que me sintiera mejor.

—Lo sé mi amor, pero estoy seguro de que mi propuesta te gustará—intentó sonreír mientras tomaba mis manos, para sacarme de la cama—. Hoy te llevaré hasta el cielo.

Aquello captó definitivamente mi atención.

—¡Oh Dios! ¿Vas a asesinarme?—bromeé fingiendo asombro.

—¡Claro que no!—sonrió negando—. Y si lo hiciera, no estoy tan seguro de que el cielo sea tu último paraje—añadió con maliciosidad.

—¡Oye!—le di un puñetazo en su hombro y ambos reímos.

A parte de Alise, Jake era el único que conseguía aquello, sacarme una sonrisa, cuando lo único que tenía eran lágrimas.

Acepté salir de mi cómodo lecho (mi zona de confort y mi escondite del resto del mundo) y también, un poco a regañadientes, acepté que me vendara los ojos para llevarme al «cielo» del que hablaba (definitivamente estaba misterioso ese hombre)

Cuando me descubrió los ojos, tiempo después, ya estábamos en un predio amplio a cielo abierto, una pista, donde sobrevolaban parapentes.

—¡No inventes! ¿Vamos a volar uno de esos?—estaba realmente emocionada.

Jake me abrazó por detrás mientras mis ojos estaban fijos en los multicolores parapentes.

—Por supuesto. Y no solo eso, sino que llevaremos a alguien especial con nosotros—entonces sacó un pequeño cofre del tamaño de mi mano del bolsillo de su chaqueta y lo puso ante mis ojos.

—¡Pero ese cofre no tiene cerrojo!—exclamé, pues me quejé pensando que al fin podría dar uso a mi llave.

Él me miró confuso.

—¿Por qué lo tendría? Aquí dentro yacen parte de las cenizas de tu padre—explicó, así de modo casual, como quien lee la lista del supermercado.

—¡Joder Jake! ¡Te robaste las cenizas de papá!—llevé una mano a mi pecho azorada.

—No todas, solo un puñado—se encogió de hombros—. ¡Y no las robé mujer! Hablé con Miranda, y le dije que separara parte de sus restos para que tú los conservaras...¿hice mal?

Yo exhalé para mantener la calma.

—No...está bien. Has hecho lo correcto cariño...Te amo—deposité un beso en sus labios.

—Y yo más—correspondió prolongando el beso y despejando así cualquier atisbo de duda de mi parte.

De hecho, era una gran idea arrojar los últimos restos de mi padre desde el cielo, en una ceremonia más privada. Sonaba entre morboso y poético.

Poco después, estábamos ambos bien sujetos, sobrevolando el amplio predio, en el parapente.

Era increíble la sensación de estar en las alturas: la brisa suave cosquilleando en mi rostro y arremolinándose en mis cabellos, esa sensación absoluta de soltura y libertad, de plenitud, y si omitía la parte donde me tragué algún que otro bicho en pleno vuelo, todo era realmente perfecto.

Jake me abrazaba por la cintura, pues iba detrás de mí, es decir, que yo era su escudo humano ante el viento y los insectos (él era el más afortunado) y cuando ya habíamos adquirido altura suficiente sacó la caja y me dijo al oído, por encima del sonido del viento, si estaba lista para despedirme del todo.

Cerré mis ojos un momento, porque esa era una pregunta muy personal, que necesitaba un viaje a mi «yo» interno. Mi papá se había despedido en el sueño, pero me había dicho algo más: «él siempre estaría conmigo» por lo

que esta no era una despedida definitiva.

—Estoy lista—medio grité y él me entregó el cofre—. Creo que deberías virar esta cosa un poco más hacia la izquierda—volví a gritar—. No quiero tener restos de mi padre sobre mi justo ahora.

Si abría el cofre mientras las ráfagas nos azotaban, quedaríamos cubiertos de cenizas. Y está bien que quería llevar a mi padre siempre conmigo, pero no era algo tan literal.

Jake maniobró el parapente y cuando estábamos en dirección al viento y no en su contra, abrí el cofre y una lluvia plateada se esparció por el aire, elevándose, flotando lentamente en un movimiento ondulante, hacia la inmensidad del firmamento.

—Esto no es un adiós papi —murmuré para mí—. Es solo un «hasta luego».

Amor eterno

Meses después...

—¡Por amor a la comida chatarra! Jake, ¿no puedes conducir más rápido?— me quejé—. ¡El bebé va a nacer en cualquier momento!

—¡No lo hará cariño, tranquila!—Jake pisó el acelerador y yo saqué un pañuelo blanco por la ventanilla para que los demás automóviles nos dieran prioridad—. Tú solo respira, tiene que esperar hasta que llegemos al hospital —añadió mientras viraba por «un atajo»

—¡Claro! Si quieres, también puedo comunicarme telepáticamente con el feto, para que se quede dentro del vientre, hasta que llegemos—puse los ojos en blanco y afirmé mi cinturón de seguridad cuando un automóvil se nos cruzó, entre bocinazos y gritos insultantes del conductor.

— ¡Idiota! ¡Fíjate en el pañuelo blanco!—le grité alterada, al ofuscado conductor.

En lo que a mi respectaba, «el pañuelo blanco» que simbolizaba «emergencia», justificaba cualquier acción de nuestra parte, incluso infracciones a la ley.

En la siguiente salida, se encontraba el hospital.

Respiré hondo, un poco más aliviada por varios motivos a la vez. Habíamos salido ilesos de la calle y si la suerte nos acompañaba, llegaríamos para presenciar el parto de Alice.

Era increíble cómo había pasado el tiempo y todo lo que había sucedido al cabo de esos meses. Empezando porque Víctor y Sebastián habían contraído matrimonio el pasado mes, en una hermosa ceremonia a bordo de «La Libertad».

Lo fabuloso de elegir el barco para casarse fue que se ahorraron el salón, el transporte, y Seby se aseguró de que Víctor no claudicara a último momento su decisión, ya que no había sitio donde huir, pues estábamos rodeados por agua, y el novio no sabía nadar.

Por mi parte, a mi ese barco me traía recuerdos agradables y nostálgicos, porque en él estaba concentrada parte de mi vida, desde vivencias de mi infancia, hasta la confesión de Jake, y la despedida de mi padre y seguía

sumando recuerdos con la boda de mi hermano.

A los novios se los veía flamantes vestidos de blanco, un poco al estilo marinero, pero con toda la clase y el glamour necesario (muy típico de Sebas).

Cuando cayó la noche y la luna llena emergió de las aguas del río, flaqueada por cientos de estrellas azules y se lanzaron los fuegos artificiales, como cierre perfecto de su pacto; por primera vez en mucho tiempo, dejé de lado mi descreimiento y mi perspectiva cambió. Sentí su amor y compromiso eternos.

Jake y yo subimos en el ascensor al tercer piso, donde se suponía que estaba internada Alice, posiblemente ya en medio del trabajo de parto, o posiblemente ya con mi ahijada en brazos.

Maldije el momento en que había decidido apagar el móvil para que nadie interrumpiera mi momento “sexo-romántico” con mi novio. Por ese motivo, no había recibido las llamadas de Alice, Kevin, y demás familia que se estaba intentando comunicar conmigo, para avisarme que mi mejor amiga ya estaba entrando en trabajo de parto.

Por primera vez deseaba que este se extendiera lo suficiente para que yo llegara. Probablemente Alice me condenaría si tuviera acceso a mis pensamientos, pero también me permitiría un poco de egoísmo, aún en contra de su bienestar, en esta ocasión única.

Y sí, ese también era un cambio importante en mí. Antes, tenía una concepción bastante cerrada y determinante sobre el embarazo, pero luego de haber vivido junto a mi amiga sus etapas: presenciado las ecografías, el crecimiento de la panza, luego de que la pequeña “pateadora” me hiciera sentir su presencia (aún estando dentro del vientre de su madre), de que fuera participe de la decoración de su cuarto, escogiera parte de su diminuto vestuario y sobre todo, luego de que Alice tocara mi duro corazón al decidir ponerle mi nombre –y con eso condenara a la pequeña al bullying eterno porque me parecía algo anticuado- definitivamente tenía que aceptar que el embarazo también tenía momentos emotivos y bellos.

Y por ello, ahora NO quería perderme, bajo ninguna circunstancia, el momento de su alumbramiento.

Llegamos, y en ese piso no había nadie, o mejor dicho sí, había otras parturientas escandalosas que no me interesaban en lo más mínimo, pero ni rastros de «MI» Alise y de la pequeña Adele.

—Calma mi amor, déjame que hable con los médicos. Puede que esté en otra sala—musitó Jake, dándome unos masajitos circulares y relajantes en la espalda.

Era bueno conteniendo, pero si yo me ponía histérica en el parto de otra, ni toda su paciencia iba a poder tranquilizarme en el propio.

—Si no está aquí significa que ya nació y me lo perdí todo, cariño—hice un mohín. Casi lloraba.

Jake increpó a un doctor, que pasaba en ese momento presuroso por el pasillo, con cara de pocos amigos, y que nos mandó al mostrador de «información» para averiguar dónde estaba Alice, de muy mal modo.

Está bien que él no era «adivino», pero tampoco era Dr. House para darse tantos aires el cretino.

Jake me dijo que él bajaría, mientras yo le destinaba una mirada ardida (por el odio y el llanto) al desconsiderado doctor, y me quedaba esperando en ese piso. Entonces me di cuenta de que había un ala que aún no había recorrido y con nuevas esperanzas inicié mi recorrido y «casi» pude reconocer el grito de desgarró de mi amiga, mientras una sonrisa afloraba de mis labios. ¡La había encontrado. No me había perdido el parto!

Llegué justo a tiempo, irrumpiendo en la sala, cuando mi ahijada estaba asomando su pequeña cabeza ensangrentada por...

Minutos u horas después...

—Amor...Amor... ¿Estás bien? —contemplé borrosamente el rostro preocupado de Jake mientras volvía en sí.

¡Mierda! NUNCA NUNCA NUNCA voy a tener hijos! ¿Cómo demonios es posible que un ser de semejante tamaño salga por un espacio tan reducido? Es como querer meter una sandía por una cerradura.

Rectifico: «El embarazo puede tener momentos emotivos y bellos, y otros desagradables, pero nada es más incómodo y horripilante que el momento del parto». FIN.

—Estoy bien, impresionada todavía...pero bien— miré a mi alrededor y reconocí que estaba en una sala del hospital y vi que una enfermera se estaba acercando con una jeringa a colocar algo en mi suero—. ¿Qué es eso?— enarqué una ceja, intentando incorporarme en la cama, un poco a la defensiva. (No me gustaba que me apuntaran con una jeringa. Nada bueno saldría de eso.)

Aunque mi esfuerzo fue inútil, pues estaba media dopada.

—Calma, solo le estoy colocando unos calmantes para regularizar su presión, señorita—explicó la enfermera amablemente, aunque por más amabilidad que tuviera su tono de voz, eso no implicaba que me estaba drogando con esa jeringa.

—Te dije amor que no te alteraras más y que respiraras— añadió Jake y yo giré mis ojos, drogui.

—Yo estaba más que tranquila, hasta que vi el momento del parto—me estremecí y él sonrió (no se reiría si hubiera visto lo que yo)

—Te creía más resistente—arguyó mientras tomaba asiento junto a mí, en la cama, y la enfermera se retiraba.

—Lo soy, puedo tolerar casi cualquier cosa, incluso vómito, o las películas de «High School Musical» Incluso puedo soportar que alguien vomite mientras miro esas películas. Aunque posiblemente esa sea yo...Pero como sea, tendrías que haber visto a ese bebé saliendo por allí cariño—expliqué y volví a temblar a causa de un nuevo escalofrío.

—De hecho, yo sí vi el parto, mientras los médicos te atendían a ti—se jactó.

—¿Qué?—golpeé a Jake en el brazo, aunque quedito, pues no tenía fuerzas suficientes—¿Te atreviste a dejarme convaleciente mientras tú veías el nacimiento de mi única primer ahijada!—él se apartó un poco, para evitar más inútiles intentos de golpes, más por mi bienestar que por el suyo, y carcajeó.

—Estabas en buenas manos cariño. El doctor que vimos en el pasillo, te socorrió y además quise filmar el momento para que tú lo vieras luego. No sabía que te habías desmayado por la impresión y pensé que te gustaría tener ese recuerdo, porque insististe tanto...

Seguro ese doctor fue el que indicó que me drogaran. Era más ogro que Shrek. Este último incluso era simpático.

—Vale, tienes razón, no podías saberlo.-tomé su mano y entrelacé nuestros dedos, para hacer las paces. Los suyos estaban más cálidos que los míos y fue gratificante—. Aunque no veré el video—negué rotundamente—. Pero sí deseo conocer a mi ahijada en persona-desvié la mirada hacia el suero que goteaba lentamente, conectado a mi brazo y luego miré a Jake con expresión suplicante—. Ayúdame a quitarme esta cosa cariño y vamos a la habitación de Alice.

Y así fue como minutos después, (convaleciente y todo) al fin pude volver a conocer a mi ahijada (ahora de cuerpo entero y bien aseada) y debo

decir que fue la segunda vez que me enamoré.

Era la niña más hermosa que habían visto mis ojos mortales y parecía un ángel, ahí dormida en su pequeño catre, junto a la desvaía madre. Alice estaba hecha un espanto. Pobre, yo la entendía (con toda mi alma que la entendía). Besé a mi amiga y le transmití mis fuerzas y energías, y a Mortdecai mi odio eterno porque en parte todo eso era su culpa, y también mi gratitud eterna por ayudar a traer al mundo un ser tan encantador como esa niña.

Finalmente tomé al pequeño retoño entre mis brazos y la arropé tiernamente, mientras Jake nos filmaba (seguramente grabaría ese momento entrañable sobre el desagradable del parto) Sonreí a la cámara y luego a «Adelcita» mientras ella bostezaba, para luego abrir sus ojitos, al tiempo que las miradas de ambas, por vez primera y para siempre quedaban conectadas.

Días después...

¿Sabes qué fue lo mejor de haberme enamorado de un acompañante temporal, alias «prostituto»? Haberme enamorado. Porque desde que conocí a Jake mi vida dió un giro de ciento ochenta grados.

Nunca pensé que mientras lo conocía a él, yo también me conocía a mí misma y descubría cuán increíble podía ser el mundo si me brindaba a este un poco más y si afrontaba sus obstáculos, sin temor a mostrarme tal como era.

No voy a detenerme a enumerar mis logros, pues ustedes mismos fueron partícipes de estos, pero sí daré mis infinitas gracias a ese hombre maravilloso que definitivamente fue mucho más que un «Amor Temporal» en mi vida.

Y para él, yo significué mucho más que una simple clienta, (de hecho jamás lo fui) y ya no habría otras tampoco, porque el negocio de ser escorts lo había dejado hacía tiempo. Incluso me confesó, hace poco, que no había dormido con otra desde que ambos empezamos algo serio (Lo sé, están esbozando suspiros del tipo «Ains más tierno») y sí, lo es. Con Jake me saqué la lotería, casi literal, porque él es rico.

Y su fortuna no provenía solamente de su trabajo de acompañante (con la cual pudo abrir su propio negocio de venta de autos importados, como siempre deseó) También provenía de otro lado.

¿Recuerdan que en algún momento les mencioné que él tenía una tía abuela lejana? Bueno, pues esa señora no es cualquier fulana, qué va, es una

Duquesa galesa y Jake se había convertido en su sobrino predilecto, casi al momento de conocerlo. Y otra cosa a destacar, es que él posiblemente sería su heredero cuando ella fallezca. ¡Los Dioses no lo quieran ya! No piensen mal. «Larga vida a la Duquesa y tal» pero tampoco hay que vivir en la negatividad.

Por ahora, me hace ilusión la idea de que iremos a visitarla y a pasar una estadía en su castillo en las mágicas tierras de Gales.

Aquel era un viaje que Jake tenía planeado hacía mucho tiempo, pero entre una cosa y otra, la muerte de mi padre, el casamiento, el trabajo y los nuevos proyectos y el nacimiento de mi ahijada, no habíamos podido ir, hasta ese momento.

La imponente construcción de estilo barroco comenzaba a adquirir rasgos más nítidos a medida que nos acercábamos por el sinuoso y ensortijado camino de verdes colinas, y era realmente precioso. Yo me sentía una princesa de «Once Upon a Time» (mi nueva serie favorita). Antes había estado atrapada en Nueva York (Storybrooke) sin saber mi identidad, pero ahora al fin estaba en mi lugar (Gales era como el «Bosque Encantado»)

Bajamos del carruaje, que nos había llevado hasta las puertas del castillo, luego de que este transitara por exquisitos jardines paisajísticos, y subimos las escalinatas que daban al porch de entrada, flaqueado por cilíndricas columnas de granito, sobre las que crecían, en espiral, enredaderas de rosales.

Jake se paró junto a mi, como esperando que la puerta se abriera de manera mágica, y yo lo miré extrañada.

—Y bien, ¿vamos a entrar o tienes que darle más propina al cochero?— dije preocupada.

Ciertamente, luego de que bajara tanto equipaje, si había que ser justos con el dinero, al pobre hombre le correspondería un sueldo entero.

Aunque no era mi culpa lo del equipaje. Yo no sabía cómo estaría el tiempo en Gales, porque nunca había estado allí y no confiaba en los variantes pronósticos ofrecidos en Google, por lo cual debí empacar un poco de todo.

—No es eso—Jake sonrió mientras miraba la cerradura—. Pero estoy esperando a que tú la abras—. Instantáneamente llevé mi mano posesivamente, al regalo que mi novio me había hecho en la pasada Navidad, el cual colgaba en una cadena, de mi cuello.

Al principio había estado probando abrir cuanto cofre y arcón había encontrado en la casa de Jake y en la mía, pero nada.

Incluso cuando íbamos a algún lugar nuevo, y había alguna caja con

cerrojo, probaba esa llave, sin éxito. Y Jake se negaba a decirme lo que abría. En cambio, alegaba que ya llegaría el momento de usarla y yo me daría cuenta. Por lo cual, luego de un tiempo, y sin revelación alguna desistí de tener mi regalo y aunque estaba realmente decepcionada ya no hice mención alguna sobre ello.

Pero ciertamente un castillo compensaba todo el tiempo de espera.

Tomé la llave, que encajó a la perfección en la cerradura y la puerta se abrió develando su reluciente interior.

—¡Bienvenida a tu palacio mi amor!

¡Era increíble! Jake me había regalado un castillo entero, en un lugar de cuentos. ¡Mueran de envidia bitch! Por primera vez extrañé haberme salido del grupo de Whats del «Reencuentro» aunque ya tendría una nueva fiesta en un par de años para presumir. Aunque en realidad, ya ni siquiera necesitaba eso.

—Es magnífico amor— salté a los brazos de Jake y lo llené de besos en todo su rostro—. ¿Pero de dónde sacaste tanto dinero para un castillo? Tú tía no murió en este tiempo y me lo ocultaste ¿verdad?—dije algo alterada ante esa posibilidad.

Él soltó una carcajada mientras negaba y me devolvía los besos.

—¡Por supuesto que no! Pero ya me ha hecho unas cuantas concesiones en vida. Este castillo incluido. Los palacios sobreabundan en Gales— indicó—. Te lo estoy regalando a ti. Dentro encontrarás algunos objetos originales pertenecientes a la familia Buckingham—explicó y yo al fin entendí lo que había querido decir con aquello de «tesoros». Un palacio repleto de piezas lujosas y de gran valor arquitectónico e histórico, era un tesoro sin igual— Esperaba dártelo mucho antes—añadió—, pero ya sabes lo que ha pasado en medio. Lamento mucho haberte hecho esperar.

—Lo sé cariño, y en serio ¡muchas gracias! Esto es más de lo que alguna vez soñé y definitivamente más de lo que podría pedir—lo abracé con más fuerza—. Pero aunque esta llave haya abierto este maravilloso palacio, la llave de mayor valor para mí y la que más resguardo y atesoro es la de tu corazón.

Y así es como la protagonista de una historia «No» cursi, se vuelve melosamente cursi.

Entrelacé nuestras manos, mientras mi mirada se ligaba a la suya con lazos invisibles y tuve la mágica sensación de que nuestros cuerpos flotaban, por efecto de aquel embelesante sentimiento romántico.

Por un momento, todo alrededor: lo mundano, lo material y tangible,

desaparecía bajo nuestros pies y solo quedábamos los dos, aislados en nuestro propio refugio íntimo, donde reinaban nuestras sensaciones y sentimientos...en especial uno.

—Antes me preguntaste cuál sería mi final feliz ¿recuerdas?— pregunté en voz baja, a priori.

—Como si hubiera sido ayer—susurró él, muy próximo a mis labios.

—Es este—admití y acto seguido, unimos nuestros labios en otro beso más pertinaz, y muy similar a aquel que nos habíamos dado por primera vez, aunque con un toque diferente.

Porque este beso contenía pasión, amor, pero esperanza también. Pues pese a que siempre existirían incertezas sobre lo venidero, y aunque este no fuera nuestro eterno «happy end», era posiblemente, el inicio de una larga vida juntos.

#¿TheEnd?

Epílogo

Quince años atrás.

Y ahí estaba yo, en la biblioteca (un lugar donde siempre ocurren hechos trascendentales)

—¿Por qué me citaste en la Biblioteca Pública? —inquirió el joven de ojos dorados (o castaños) Era difícil saberlo con la fluorescencia de los tubos.

—Seguridad—respondí. Jamás había visto a Magui o a su secta de Plásticas, frecuentar esos lugares (no fuera a ser que se «contagiaran» de un poco de cultura)— Y además, queda cerca de mi casa.

—Vale... entonces ¿sabes cómo funciona el servicio? —preguntó, pasando directo al asunto.

Asentí.

—Básicamente te pagaré para que seas mi «damo»—hice un gesto de comillas—de compañía, toda la noche.

El muchacho esbozó una sonrisa amplia que acentuó su atractivo natural.

—La verdad, prefiero el término «acompañante transitorio» Me estoy creando una reputación y debo velar por el prestigio del negocio—comentó.

Lo cierto era que le iba bastante bien en «el negocio».

Dylan era innovador en esa área. No muchos estudiantes de último año ofrecían esa clase de servicios tan «sofisticados». Pero él, no solo cumplía bien con su trabajo de acompañante, sino que aceptaba ser contratado por pubertas (todo un desafío) y además se comportaba como un auténtico caballero, según referencias.

¡Todo por la motocicleta! Vehículo que sus egoístas padres le habían negado. ¡Como si fuese peligroso! (Un par de costillas fisuradas y una cabeza rota, la podía ganar en cualquier pelea callejera)

—Vale, entonces, recuerda pasar puntual a las ocho. No quisiera perderme la gran entrada de «doña presumida»—ironicé.

Magui había insistido en que llegáramos a su fiesta de cumpleaños dieciséis, al menos dos horas antes de su espectacular entrada. Para que todos

los invitados fuésemos testigos de la lluvia de fuegos artificiales y la suelta de palomas (previamente desparasitadas) que acontecería en el instante mismo en que ingresara, con su glorioso atuendo de «chica Playboy», al salón.

—Sé que al decir esto atento contra mi propio negocio, pero francamente no entiendo ¿para qué vas a su fiesta si ni siquiera te agrada esa chica?

—Simple, es por supervivencia—expliqué—. Magui es de las chicas más populares de mi escuela y suele hundir a todos aquellos que no forman parte, «total o parcial» de su círculo. Especialmente si esas personas tienden a ser perdedores asociales sin pareja.

El chico se encogió de hombros.

—Solo decía... Pareces una chica inteligente y estoy seguro que puedes hallar otras alternativas de supervivencia, que no impliquen besarle las suelas.

Touché.

—Te tomaré el consejo... para más adelante—resolví—. ¿Ahora, quieres ganarte o no el dinero para tu motocicleta?

Ante la mención del vehículo, sus ojos dorados (ahora estaba segura que eran de ese tono) se iluminaron.

—¡Por supuesto! Serían veinte dólares, más propina.

Saqué la cartera y le entregué el dinero, (aquel que había ganado ayudando a mi medio hermano a vender hierba...s medicinales, en el verano) cerrando el trato.

Minutos después Dylan había desaparecido entre las estanterías abarrotadas de libros, con los que compartía cierto «halo de encanto».

Entonces, fue cuando la revelación sobrevino:

«¡Mierda! Debí preguntar si la propina incluía besos además de compañía

Agradecimientos

A mi familia, especialmente a mi madre y mi tía «mis primeras maestras» que inspiraron mi amor por la literatura y me impulsaron hacia el camino de las letras.

A mi esposo, por su inmensa paciencia, por darme aquellos «espacios» que necesitaba para dejarme fluir plenamente y por su apoyo incondicional en cada uno de mis proyectos.

A mi querida JayCam mi más fiel lectora, confidente y amiga. Por ella salieron a la luz mis primeros escritos.

A mis adoradas Ladies, mis hermanas de la vida, con quienes comparto la misma pasión por la escritura, y con las que a diario escribo nuevas páginas en mi vida.

Y sobre todo a mis apreciados lectores, a los ya conocidos y a los que llegarán. Es por ellos, por su acompañamiento, sus cálidos comentarios, su ánimo diario que «Amor Temporal » es más que un cúmulo de palabras sin sentido, pues son ellos los que le han otorgado a mi obra verdadero significado y me han impulsado a mí a superarme.

A todos ellos, infinitas GRACIAS.

Afectuosamente, Mary.



©Mary Schechtel

Red Apple Ediciones 2018
www.redappleediciones.com

^[1] Los testículos.

^[2] Del inglés americano *to flip*, sacudir.